

SARA MESA

Cicatriz



Sonia conoce a Knut en un foro literario de internet y, a pesar de los setecientos kilómetros que los separan, establece con él una particular relación marcada por la obsesión y la extrañeza. Entre la atracción y la repulsión, no puede evitar sentirse fascinada por este personaje insólito y perfeccionista, que vive fuera de toda norma social y que la corteja a través de suntuosos regalos robados. «Le gustaba ir siempre bien vestido, incluso para ir a robar una simple lata de conservas. Tan joven y hablando de escritores del XIX. Filosofando. Cuestionándolo todo. Teorizando sobre el individuo y el grupo, y la hipocresía social, y los chivos expiatorios, y Dios y el destino, la virginidad y el sexo. Solía decir que no hay placer comparable a pensar. Y no, no era petulante ni vanidoso. Era simplemente... exhaustivo.» Su necesidad de poner distancia cuando Knut se vuelve demasiado absorbente, pero también su irrefrenable curiosidad y el ansia de vivir experiencias más allá de una existencia excesivamente reglada, llevarán a Sonia a una doble vida secreta en la que quedará atrapada durante años sin posibilidad de exculparse. En esta inusitada historia, Sara Mesa recupera

temas que ya aparecieron en sus primeras obras narrativas, dándoles forma a través de un estilo conciso y eléctrico en un mundo —frío, escasamente comunicativo— cuyas reglas establecen únicamente los propios personajes que lo habitan. *Cicatriz* no es sólo una inquietante historia de amor descompensado protagonizada por dos seres muy distintos pero a la vez complementarios, es también una reflexión sobre la sociedad de consumo y los robos a gran escala en grandes almacenes, la sumisión y el poder, la anulación del deseo y la carnalidad, el refugio de la infancia, la fantasía como alternativa, la culpa y la expiación, la escritura y la vocación literaria.

La autora de la celebrada *Cuatro por cuatro* (que fue finalista del Premio Herralde de Novela) se confirma con *Cicatriz* como una de las voces más singulares e imprescindibles de su generación.



Sara Mesa

Cicatriz

ePub r1.0

Titivillus 31.10.15

Sara Mesa, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El coche es extremadamente veloz, y las cicatrices se generan con la culpa y la culpa es una forma, más bien insípida, de enfrentarse al mundo.

MARTA SANZ

Amor fou

0. CICATRIZ

Ahí está, dice él. Señala el edificio más alto de la avenida, un bloque de dieciséis plantas viejo y rojizo, con desproporcionados alerones y pequeñas ventanas que espejean bajo el sol.

Se detienen en la acera de enfrente y alzan la cabeza para mirarlo.

Junto a las señales del abandono —cristales rotos, persianas descabalgadas, antiguos anuncios de alquiler—, se distinguen carteles de oficinas aún en funcionamiento: un bufete de abogados, dos auditorías, dos asesorías fiscales, una academia de idiomas.

Como te dije. Está casi vacío, murmura. Ella asiente en silencio. Cruzan la calle.

El interior es oscuro y está recalentado. En el vestíbulo flota una especie de polvo en suspensión que les hace carraspear. El color del enlosado palidece en el centro, donde debido al uso ha perdido el brillo. Tras su mostrador de madera, el portero no les pregunta adónde se

dirigen. Los observa inmutable, masculla un saludo y enseguida vuelve a bajar los ojos hacia un folleto de publicidad que escruta con detalle.

La pareja se monta en uno de los ascensores y pulsa el botón de la última planta. Ella mira hacia el suelo y los lados; él, casi inmóvil, la mira de frente.

El ascensor chirría y traquetea como un viejo montacargas. Se concentran en el chisporroteo del fluorescente del techo, que se enciende y apaga intermitentemente. El indicativo luminoso está fundido; no pueden saber por dónde van hasta la brusca sacudida final.

Salen a un distribuidor sin luz.

Huele a humedad; en las esquinas se acumulan los residuos. Un tramo más de escaleras conduce a una azotea a la que no puede accederse en ascensor. La pareja sube con lentitud; él va delante, abriendo camino. Una ventana con los cristales casi opacos por la mugre vierte algo de claridad en el último espacio, un cuadrado de cuatro por cuatro metros por donde no ha pasado nadie en mucho tiempo.

Enfrentan sus miradas, se observan de arriba abajo.

Ella lleva una falda negra de seda, una sencilla camiseta verde y unas sandalias del mismo tono. Él viste un pantalón de lino, polo de manga corta, una americana

también de lino, zapatos de piel con la puntera levemente estrecha. Hace mucho calor; los dos están sudando. Sonríen azorados.

Él le entrega una bolsa.

Ella la coge, mete la mano y saca una camiseta estampada en tonos grises y azules. Titubea, dándole vueltas a la prenda entre los dedos. Luego, con rapidez, se quita su camiseta y se pone la que él acaba de darle. Tarda tan sólo unos instantes, lo suficiente como para que él otee su torso desnudo, el sofisticado sujetador de encaje negro.

Mueve un poco la mano hacia su cuerpo, sin llegar a rozarla.

¿Cómo la ves?, pregunta ella.

Bien. Te queda muy bien.

Vuelven a sonreír. Él se aproxima, la besa en la boca. Ella se deja, con los brazos caídos y la espalda ligeramente arqueada hacia atrás. Él la toma por la cintura. Ella continúa sin moverse, sin corresponder.

La suelta.

¿Vas a dejártela puesta? Te va mucho mejor con esa falda que la otra.

En otro momento, responde ella. *Prefiero llevar la mía.*

Ahora las dos son tuyas.

Ella se muerde los labios; insiste. *La estrenaré otro día.*

Se cambia de nuevo. Él la observa. Se le agita la respiración. Un estremecimiento le recorre las piernas.

¿Por debajo llevas también algo... mío?

Ella afirma con un movimiento de cabeza y baja unos centímetros la cinturilla de la falda hasta que puede verse el filo de una blonda color perla, por encima del pubis.

Es suficiente, dice él. Gracias, añade.

La chica dobla la camiseta con cuidado, se sube de nuevo la falda hasta su sitio. Guarda otra vez la prenda en la bolsa y se la devuelve. Permanecen callados, sin moverse, unos instantes. El rumor del tráfico les llega tan amortiguado que el silencio entre ellos se adensa, se hace irreparable.

Al salir del edificio, justo antes de cruzar el paso de cebra, él se vuelve hacia ella. *Se te nota una marca,* le dice. Los ojos le brillan al hablar. Ella incluso puede notar el movimiento de las pupilas, que se le agrandan y empequeñecen por momentos. *La cicatriz de la cesárea,* añade.

Sí, supongo que sí, admite ella.

Ambos se ruborizan. Luego ella susurra: *qué observador.*

No me importa, tartamudea él. Hace el ademán de

tomarla por el brazo, pero luego congela el gesto, como
electrizado. *En serio, créeme. No me importa en absoluto.*

1. SIETE AÑOS ANTES

Por encima de todo, se impone mi visión estoica de la vida: pase lo que pase, vaya como vaya el mundo, unos han de estar arriba y otros abajo, unos han de sufrir injusticias y otros han de provocarlas incluso aunque no quieran. Lo único que podemos hacer es confiar en que haya una justa proporción entre las alegrías y las penas. Sí: creo en la predestinación. ¿Qué interés tiene entonces vivir, si nunca seré el dueño de mis actos, e incluso estas palabras que ahora escribo, y la relación que tengo contigo, hace mucho que están escritas? Cuando se llega a tal conclusión, el fardo de penas disminuye, o se hace más ligero de llevar.

Una mesa metálica y unas cajoneras. Junto al ordenador, tres o cuatro filas de ficheros manuales. La sala estrecha, sin ventanas, con las paredes moteadas de manchas de humedad y un profundo olor a amoníaco y lejía. Un macetón en la esquina con un ficus de plástico y un chicle pegado que nadie se preocupa de quitar. Colgado en un pilar, el almanaque de una asociación benéfica, del año anterior, con algunas fechas rodeadas en rojo. El timbre de los teléfonos, el ronroneo del climatizador, la vida fuera que nunca, jamás, se cuele dentro. El mensajero que trae los paquetes ni siquiera se quita el casco de la moto al entrar. Rechoncho, basculante, deposita la mercancía, extiende el albarán para

la firma y se marcha sin que nadie le pueda ver el rostro. Hay un murmullo constante en las mesas del fondo. Dos mujeres cuchichean entre ellas; no detienen su cháchara ni para teclear o atender una llamada —la una descuelga, la otra continúa—. Conversan desganas, flemáticas, como cumpliendo con una obligación o un rito.

Tu hija, entonces, en la universidad...

De todos modos teníamos que reformar la cocina, los grifos monomando...

Es que a veces compensa financiar, porque te ofrecen un seguro a todo riesgo...

El mío quiere estudiar Veterinaria...

... con queso Emmental y huevo batido, mucho, mucho mejor.

Frente a ellas, balanceándose en su sillón giratorio, Sonia arranca abstraída la espuma que sobresale de la piel rota del reposabrazos. Su rutina está perfectamente pautada. Cada día desprende una hojita del calendario de mesa, teclea en su ordenador los datos de unas decenas de fichas y luego se entretiene navegando por internet, mordiéndose las uñas y ahondando en la herida del reposabrazos.

Su trabajo —que considera un despropósito— consiste en volcar la información de las antiguas fichas de papel en una base de datos. Como las categorías rara vez

coinciden, tiene que modificarlas, o deformarlas, o distorsionarlas, cueste lo que cueste, para que encajen. Al principio le atormentaban las dudas, se sentía paralizada por la responsabilidad. Preguntaba a sus compañeros y no tenía respuestas, salvo expresiones mudas, transparentes, miradas huecas y quizá —le parecieron— levemente ofendidas. Un día oyó decir que en breve plazo la base de datos sería sustituida. Por un sistema nuevo, dijeron. Más racional, más moderno. ¿En breve plazo? ¿Qué significa *breve plazo*? ¿Mañana? ¿Dentro de unos meses, de unos años? Encogimiento de hombros. Bocas entreabiertas, abúlicas. Silencios que no ocultan absolutamente nada. Así que, además de tediosos, sus esfuerzos estaban siendo completamente inútiles. ¿Para qué la hacen trabajar así?, se pregunta. Nadie supervisa sus tareas, nadie controla sus horarios de entrada o salida, o los días de permiso que de vez en cuando se toma por su cuenta. Lo que están haciendo con ella, piensa, es entretenerla. Simplemente mantenerla ocupada para que no moleste. Una beca en el archivo municipal no da para mucho más. Es capaz de entenderlo.

La apatía se extiende como un cáncer, piensa. Como una enredadera, agarrándose firme en cada curva. Cada día mete menos fichas en la base de datos. Cada día falsea menos información. Cada día se dedica a tontear más y

más tiempo. Encuentra en internet horas de distracción y juego, sobre todo en los chats, a los que muchos están empezando a aficionarse en esa época: diálogos, discusiones, mascaradas, un entretenimiento estimulante que le permite coger aire y ampliar las dimensiones de la sala.

Una vez entra en un foro literario. Le parece que los participantes son más interesantes que en otros sitios: hablan de libros, de películas, intercambian opiniones políticas y chistes revestidos de un sarcasmo que la hace sonreír. Se da de alta con un seudónimo masculino y enseguida recibe, con un aviso acústico y una señal roja, un mensaje privado en la parte inferior de la pantalla. *Eres nuevo, ¿no?*, pregunta alguien que se identifica como «Clarice». *Sí, dice, hoy es mi primer día. ¿De dónde eres? Vivo en una choza, como Walden.* Clarice ríe. *Qué ocurrente... ¿No quieres decirlo? ¿Cuántos años tienes? Treinta y cinco,* responde. *Hum, la mejor edad para un hombre,* dice Clarice.

Sí, se divierte. Claro que se divierte. Siempre le gustó enmascararse. De niña solía contar en el colegio que era bailarina, que su padre había muerto en la guerra, que en su casa tenían un piano de cola, que llevaban cristales antibalas en el coche, que su madre era rusa, que tenía de mascota un loro que recitaba la Biblia de memoria.

¿Mentirosa? Se lo dijeron muchas veces, y ella se quedaba incómoda, contrariada, con una espesa sensación de culpa rondándole durante días. No pretendía engañar a nadie, piensa ahora. Sólo vivir otras vidas. Su curiosidad era —es— demasiado grande para ceñirla a una sola existencia.

Hipatia, Sr. Pez, Venus Posmoderna, Ignatius J., Fray Angélico, Gatita Melosa, Knut Hamsun, Chris Pante, Elfriede, Mo Xi Co. Los seudónimos de los participantes corresponden a hombres y a mujeres, jóvenes y mayores, personas que dicen ser de esta o de otra ciudad, que afirman dedicarse a esto o a lo otro. Sonia lo pone todo en duda. Hay gente que entra a diario, a todas horas, y gente que casi nunca se deja ver; hay locuaces y parcos, previsibles y enigmáticos, agresivos y sumisos, clásicos y esnobs. Hay también muchos solitarios que buscan seducir, personalidades extrañas que se encelan, se ofuscan, presionan y luchan por el liderazgo en el grupo.

La percepción confusa de aventura se desvanece tan pronto como apaga el ordenador.

Menuda estupidez, se dice.

Y sin embargo decide sumarse a una cena que algunos de los miembros del foro organizan en Cárdenas, a unos setecientos kilómetros de su ciudad, ella, que no tiene dinero, que no tiene tiempo y que tendrá que inventarse

una mentira para poder ir hasta allí sin que nadie en su familia censure ese capricho.

Se mira en el espejo una vez más. Vestido negro, medias tupidas de rayas, zapatos planos porque odia los tacones y porque sería absurdo gastarse el dinero en unos zapatos que sólo sirven para ser usados en ocasiones. Para Sonia no existe el concepto de *ocasiones*. Su vida no ofrece *ocasiones*. Tal como está montada —y ella no tiene la seguridad de haber elegido ese montaje—, no necesita tener ropa distinta para momentos distintos. Se vuelve ante el espejo en la habitación —en el hostel más barato que ha podido encontrar por la zona— y se inspecciona detenidamente, morosamente, pensando en que quizá así está bien para una noche. Una *ocasión*, se dice. Nadie va a darse cuenta de que tiene el mismo vestido desde hace años.

En el camino al restaurante se demora. Va mirando los escaparates e incluso sopesa la idea de comprarse otras medias distintas y cambiárselas antes de llegar. Para ella, Cárdenas significa bullicio y estridencia. Es capaz de apreciar los contrastes con su ciudad, mucho más provinciana y previsible. En Cárdenas late la violencia de la rapidez y la amalgama. Siente curiosidad por los

inmigrantes, por los negocios callejeros, las pandillas de adolescentes que recorren las calles, los puestos de comida rápida.

Todo lo nuevo la atrae.

Se le va acelerando el corazón según se acerca al lugar donde han quedado. En las calles cercanas fantasea con el desenmascaramiento. Algunos han intercambiado previamente sus fotos, pero nadie la ha visto a ella, ni ella ha visto a nadie. Piensa que así es más intrigante.

Mira alrededor. Personas que cruzan en todas direcciones, que avanzan con rapidez con la mirada clavada en el pavimento o que esperan a alguien tecleando en sus móviles para hacer tiempo. Un tipo que fuma. Dos mujeres que conversan; una lleva un chihuahua entre los brazos. Una ecuatoriana que empuja la silla de ruedas de un anciano. ¿Ese hombre que camina apresurado por la acera de enfrente será quizá Ignatius J., será Fray Angélico? ¿Será en realidad el Sr. Pez —tan simpático, tan afable— un chaval superdotado, tímido y con acné? ¿Será La Musa tan seductora e irresistible como siempre insinúa? ¿Será Wallace S. el señor entendido en poesía que aparenta ser, o únicamente un frustrado profesor de secundaria que busca una aventurilla extraconyugal con alguna aspirante a poeta? Ella intuye que los más enigmáticos, los anormales, los excéntricos y marginales,

aquellos que en realidad despiertan su curiosidad, no van a aparecer por allí. Los que tienen algo que ocultar, los inestables, los que se avergüenzan de sí mismos, aquellos que se sienten superiores o inferiores al resto, no, éstos no estarán. Como mucho, se quedarán apostados en la puerta, sin identificarse, o se recostarán en la barra del bar haciendo cábalas sobre los que pasan al salón reservado. Una mesa para veinte, habían calculado, aunque al final sólo son dieciséis los que se presentan, y Sonia entra la última, aturdida, titubeante, tensa, ligeramente defraudada porque casi todos son mucho mayores de lo que ella había esperado y más convencionales y lo suficientemente aburridos como para darse cuenta de que una vez más ha vuelto a perder el tiempo.

Es ridículo, piensa, pero después, según avanza la noche, y el vino, y las copas, deja de pensarlo por puro desconcierto.

Hola, soy el Sr. Pez..., ¿tú eres...? Se le acerca un tipo de unos cuarenta años, achaparrado, con los ojos vidriosos ocultos tras unas gafas de culo de botella y unas manos peludas que no puede dejar quietas ni un momento. Inclinado sobre la mesa, le pasa un brazo por encima del hombro, le da un pellizco en la mejilla. *¡Pero qué joven*

eres!, dice.

Sonia huye de él en cuanto puede. Todos los hombres que se le han presentado son decepcionantes. Era mucho mejor por internet, piensa. Mucho más ingenioso y ocurrente. Las caras que ahora ve son caras sorprendentemente ordinarias. Son lo que son, no hay nada más detrás: ojos, narices, pómulos, frentes, labios que sonrían, lenguas que chasquean y dentaduras que mastican. A una mujer se le cae una lentilla en mitad de la cena. Otra, la que se hacía llamar *Clarice* —bajita, regordeta, apocada—, se marcha bruscamente tras recibir una llamada telefónica. Un tipo canoso se dirige con superioridad a un chaval de apenas dieciséis, sin duda el más joven de todos los presentes. Le sirve vino una y otra vez; el chico se emborracha sin rechistar, sin sonreír siquiera.

En los postres son muchos los que se levantan y cambian de lugar. Sonia se sienta junto a La Musa, una treintañera que le elogia el vestido y las medias. Parece ser el alma de la reunión: todas las conversaciones que se cruzan en la mesa pasan a través de ella, que las encauza con solvencia. Sonia los oye hablar de aquellos que no están. Rumorean. Quiénes son, por qué no han aparecido. ¿Acaso alguien los ha visto alguna vez? La Musa maneja más información que nadie. Arroja sus hipótesis. Los

demás asienten, preguntan, ríen a carcajadas. Risas falsas, histriónicas, piensa Sonia. La Musa se vuelve hacia ella. *¿Y cómo es que tú, viniendo de tan lejos...?*

De paso, está de paso, dice. Sonríe y se deja servir otra copa sin dar más explicaciones. Nadie más le pregunta, y ella bebe en silencio, aburriéndose. Tras la cena se organizan en grupos y cogen varios taxis para ir a una discoteca. De camino, Sonia contempla la ciudad nocturna y se deja invadir por una extraña melancolía. Está en el lado incorrecto de la historia, piensa confusamente. Siempre en el lado incorrecto, se repite. No sabe bien qué quiere decir eso, pero la idea la acompaña unos minutos, hasta que el taxi se detiene ante la entrada del local y alguien abre la puerta para que baje. El portero, un mulato embutido en un traje de chaqueta con hombreras de purpurina, los inspecciona a todos antes de entrar. Mira fijamente los zapatos de Sonia y sonríe para sí, haciéndole un gesto con la cabeza para que pase. Ella se da cuenta de que está fuera de lugar; todas las mujeres van mucho más arregladas, muy maquilladas y con tacones. Por suerte, en el interior del local su atuendo pasa desapercibido. La oscuridad y las luces que se deslizan por la pista falsean una imagen a ráfagas. Sonia se mezcla con el resto, baila con unos y con otros. Pierde la noción del tiempo. Recuerda vagamente que intentan besarla —

quizá accede—, que le ofrecen cocaína —la rechaza—, que se monta en otro taxi —un camión está al lado, regando la calzada— y que, finalmente, se mete en la cama sin desvestirse. Por la mañana, vendrán el martilleo en la cabeza, los labios agrietados y la vuelta interminable en el tren.

Con la frente apoyada en la ventanilla, contempla el paisaje desenrollándose a su paso, siempre igual, idéntico a sí mismo. Campos y pastos secos, amarilleados. Suaves elevaciones de terreno. El cielo con sus cirros. Las excrecencias de las periferias, postes y más postes con sus cableados, ganado a lo lejos, indefinible —¿vacas, ovejas?—. Horizonte borroso, jirones de niebla. Todo igual, siempre igual todo el tiempo, durante kilómetros y kilómetros, así hasta setecientos.

Justo cuando decide abandonar el foro recibe un mensaje privado de Knut Hamsun. Conciso, inesperado, lo lee varias veces sin saber bien qué debe responderle. Sonia no ha hablado nunca con él. Tampoco lo conoce. No llegó a presentarse a la cena aunque, al parecer, vive en Cárdenas y estaba en la lista de los posibles asistentes. En el mensaje no da ninguna explicación a su propuesta. Un intercambio, dice. *Tú me envías una foto para que*

pueda verte. Yo a cambio te envío los libros que me pidas. Puedes pedirme varios. No hay problema.

¿Qué sabe Sonia de él? Muy poco, en realidad. Casi nunca interviene en las charlas, pero cuando lo hace siempre resulta incómodo, sin que ella pueda determinar exactamente el motivo. ¿Su tono seco, aséptico? ¿Su suficiencia? ¿Esa impresión de desapego, o de que posee claves o conocimientos a los que los demás jamás tendrán acceso? Provocador, pero también educado. Solitario, pero siempre con interés por analizar el comportamiento de los otros. En la cena se comentó que es un chico muy joven que se jacta de hurtar en grandes almacenes, probablemente un tipo peligroso o, al menos, alguien de quien no habría que fiarse demasiado. Sin embargo su forma de expresarse —con una corrección un tanto arcaica, totalmente fuera de contexto— no encaja con la de un simple ladrón de videojuegos.

Sonia se pone en pie, da unas cuantas vueltas por el pasillo. Ninguno de sus compañeros levanta la cabeza de la pantalla. Sonia tiene la sensación de que todos están enfrascados en foros similares, en sus chats, en páginas de compras o de subastas. Hace mucho frío en la oficina. Algunos ni siquiera se han quitado el abrigo. Sonia los contempla unos instantes antes de volver a su mesa. Cuando el mensajero llega, resoplando a través del casco,

ella está respondiéndole a Knut Hamsun. *¿Por qué ese interés por verme?*, le pregunta. También le reenvía el mensaje a La Musa. Quiere saber qué piensa ella de la propuesta.

El mensajero espera a su lado, frotándose las manos.

¿Qué? ¿Mucho trabajo?

Sonia se disculpa, le firma el albarán. Cuando mira de nuevo, en su buzón parpadean ya las dos respuestas. La de Knut: *Mi interés es muy simple. Alguien que estuvo en la cena me habló de ti. Se dice que eres una chica muy guapa. Por eso quiero verte. Para tu tranquilidad, te diré que no pretendo nada más —y nada menos— que eso.* La de La Musa: *Yo no le mandaría nada. Ni le contestaría. Seguro que los libros que te está ofreciendo son robados. Mejor mantente aparte de ese tío.* Sonia le agradece los consejos a ella y le escribe de inmediato a él. *De acuerdo, dice. Veré qué foto encuentro. Supongo que te vale una normal. En cuanto a los libros, añade, déjame pensar qué títulos me interesan.*

Un álbum familiar escueto y triste. Las fotos están metidas en desorden, pegadas al plástico con pedazos de cinta adhesiva que se han comido el color de las imágenes. La abuela agita nerviosamente la cabeza, como

si quisiera preguntarle algo. Sonia le acerca el retrato en blanco y negro de una mujer muy joven sentada sobre una manta en el campo, con las piernas cruzadas y la misma tonalidad pálida y lechosa de la hierba. La anciana sonríe, coge la foto con su mano pecosa. Mece su cuerpo al mirarla, como consolándose. Sonríe de nuevo; babea un poco. *Así eras*, dice Sonia. Le acaricia la mano y continúa rebuscando. Se detiene en la imagen de un hombre también joven, casi de su edad. Un hombre con bigote, gesto adusto, el entrecejo fruncido con una profunda arruga vertical. Un hombre guapo. Ni siquiera puede hacerse a la idea de que haya podido ser su padre. Luego la boda —su madre sonriente—, y apenas unas cuantas fotos más: imágenes puramente testimoniales de encuentros familiares en los que todos posan con rigidez. Fotos a la antigua usanza, mirando a cámara, serios, guardando distancia entre unos y otros. Huecos en los lugares donde no están los que ya no deben estar. Silencios, lapsos de tiempo que nadie se atreve a mencionar. Pasa rápidamente hasta llegar a las fotos más recientes. Las últimas tienen al menos cuatro años. Ella con Lucas de la mano; Elena a un lado, sacando la lengua a alguien que se quedó fuera del encuadre. Su madre y ella en un cumpleaños —¿de quién?—; el plato que hay sobre el mantel de cuadros, con restos de una tarta

destrozada, tiñe la imagen de un matiz grotesco.

Cierra el álbum casi con brusquedad, quitándole a la abuela la foto de la mano, y coge una carpeta con documentos, formularios, tickets caducados, postales de amigas que ya casi no recuerda —las mira con extrañeza, las devuelve a su sitio, sin cuidado—. Encuentra finalmente la foto de carnet que se hizo para la solicitud de la beca en el archivo. Tiene los labios apretados y la mirada fría, pero se ve atractiva. La deja aparte.

Al día siguiente la escanea en el archivo y se la manda a Knut Hamsun junto con tres títulos de libros, para que elija el que le sea más fácil de conseguir. *Gracias*, contesta él. Su respuesta es brevísima y aséptica. No le dice qué le parece la foto, salvo que había esperado una digital, no un escaneo. *Pero no te preocupes. También me vale. Sólo dame una dirección para hacerte llegar los libros.*

Ella le explica que no tiene cámara digital ni ninguna foto en formato digital. No tiene ordenador en su casa. Sólo recientemente se acaba de comprar un móvil; el modelo más barato y más rudimentario que encontró —esto no se lo dice—. Tampoco que ni siquiera dispone de un buen reproductor de música, ni de unos auriculares decentes. No, no va a contarle ahora toda su vida a un desconocido. Le da su dirección y queda a la expectativa,

simplemente.

Dos días después, al volver del archivo, le espera en su casa un paquete compacto, cuidadosamente preparado. Sonia se lo lleva a su cuarto sin dar explicaciones a su madre, que la mira de soslayo y sin pestañear. La dirección está escrita en mayúsculas en una etiqueta adhesiva, con una caligrafía infantil y pulcra. El remitente aparece por detrás, en otra etiqueta. Un nombre normal, un apellido normal. Un barrio de las afueras de Cárdenas. Un bloque de muchos pisos, una letra que no es la A ni la B, sino otra que hace entender que el edificio debe de ser un avispero enorme de viviendas. Ése es Knut Hamsun: uno más de los cientos de miles de habitantes de la gran ciudad.

Es obvio que el paquete contiene mucho más de lo que ella ha pedido, pero aun así se sorprende al abrirlo y ver no tres sino doce libros, dispuestos ordenadamente para aprovechar cada hueco de la caja. Pidió uno de Onetti: hay cinco de Onetti. Pidió uno de Clarice Lispector: hay tres de Clarice Lispector. Pidió uno sobre interpretación de los sueños: hay cuatro sobre interpretación de los sueños. Hay también una pequeña nota. La misma caligrafía aniñada y limpia. *Los gastos de envío son 12,95 euros, ha escrito. Cuando puedas, ¿me haces el ingreso?* Un número de cuenta y una carita

dibujada con un guiño.

Lucas se acerca a husmear, pero ella lo espanta. *Métete en tus cosas*, le dice. No le resulta fácil estar sola, ni siquiera un momento. Pega un portazo y hojea los libros durante un buen rato. Los sopesa, sorprendida, preguntándose de dónde han salido, si realmente son robados. Nueve de ellos vienen con la etiqueta de El Corte Inglés, el resto tienen la de Casa del Libro. No puede evitar hacer la suma. Incluso descontando los gastos de envío, se da cuenta de que es un gran regalo. Se pregunta si de verdad el escaneo de una foto de carnet, un archivo tan pixelado en el que apenas se distinguen sus rasgos, puede valer todo eso.

Continúan escribiéndose. Pero Knut Hamsun no quiere más fotos, o al menos no las pide. Knut sólo quiere saber sobre ella, hablar con ella. Al principio establece el contacto a partir de los libros enviados. *¿Qué te pareció La ciudad sitiada? ¿Cuáles de los de Onetti prefieres? Por favor, en cuanto lo leas, me gustaría comentar El astillero contigo.* Al final de sus mensajes siempre desliza otro tipo de preguntas: *¿Cuántos años tienes? ¿Vives con tus padres? ¿Cómo es el lugar donde trabajas? ¿Por qué decidiste ir a la quedada de Cárdenas? ¿Te pareció*

atractivo alguno de los hombres que estuvo allí? Abandonan el foro, por el que ya no sienten interés, y se comunican por correo electrónico. Los de Knut, que llegan a diario, son extensos, concienzudos, sin puntos y aparte, sin encabezamientos ni despedidas. Sonia se da cuenta de que resulta imposible cerrar las conversaciones. Cada nueva respuesta que ella le da genera a su vez nuevas preguntas.

¿De verdad crees que la atracción de Larsen por la mujer de Gálvez es en realidad una muestra más de su desprecio? ¿Podrías profundizar en eso que has dicho del desasosiego que te crea Juntacadáveres? ¿En serio te ha defraudado Jung? ¿Sabrías explicarme por qué? No digas simplemente que te defrauda algo sin profundizar en ello. Has de intentar siempre bucear en tus afirmaciones. Si no sabes de dónde vienen, si no sabes sostenerlas con un razonamiento, entonces deberías revisarlas. Haz caso a Proust y adéntrate siempre en tu intuición.

A Sonia le resulta mucho más sencillo contestar las preguntas que le hace sobre su vida. Sí, le cuenta, tiene veintidós años y vive con su madre, sus hermanos, su abuela. Su padre murió cuando ella era una niña, apenas es capaz de recordarlo. Sus hermanos en realidad son medio hermanos, hijos de otro tipo que desapareció de un

día para otro. El archivo donde trabaja es aburrido, plano, menos mal que es ahí donde tiene internet para escribirle. Fue a Cárdenas porque le pillaba de paso; iba a visitar a una amiga. No, ninguno de los hombres que encontró en la cena le pareció atractivo; a ella casi ningún hombre le parece atractivo.

Sin embargo, Sonia sigue sin saber gran cosa sobre él. Un extraño orgullo le impide preguntar. ¿Quién es en realidad Knut Hamsun? Ha de creerse a pies juntillas lo que él diga. Por ejemplo, cuando afirma haber nacido el mismo día que ella. *¡Eso ha de significar algo por fuerza!*, dice. Knut cree en el destino, cree en Dios. Todo está escrito de antemano, afirma, incluido todo lo que pueda pasarles a los dos en el futuro: el nacimiento coincidente no es ninguna casualidad. En ese reloj tan perfecto que es el universo, dice, cada movimiento tiene una razón de ser. *A veces no puedo evitar mirarme las manos, escuchar los ruidos de la calle e hilvanar un sinfín de hechos que conforman irreductiblemente nuestra existencia. Entonces pienso que todo es tan perfecto, tan maravilloso, es tan sublime estar vivo...*

Poco a poco le va contando cosas de sí mismo que a Sonia le resultan deslavazadas y, a veces, incoherentes. Knut vive con sus padres; no se dedica a nada en especial; hace años que abandonó los estudios. *Y sin embargo,*

reflexiona ella, *sabes un montón de cosas*. ¿Qué tiene que ver?, responde él con arrogancia. Se siente satisfecho de su autodidactismo. La escuela, dice, es el campo más peligroso de socialización. La enseñanza en grupo aniquila por completo al individuo. Él prefiere ir por libre. Lee y escribe continuamente, incluso cuando camina por la calle. Y sí, admite, consagra gran parte de su tiempo al arte del hurto: libros, pero también otros bienes si es preciso. Nunca utiliza la palabra *robar*, sino *coger*, *pillar*, *adquirir* o incluso *comprar*. ¿Le parece a ella mal?, le pregunta. Sonia se apresura a responder que no. Le parece bien, añade. Ojalá ella supiera robar libros. Le encanta leer, pero apenas tiene dinero. El escaso importe de la beca se lo entrega a su madre para poder llegar a fin de mes. No debe preocuparse, responde Knut. ¿Quiere Sonia más libros? No tiene más que pedírselos.

Hay más envíos en los siguientes meses. Títulos que ella pide, pero sobre todo títulos que él sugiere o que piensa que ella debe leer de inmediato. *Eres la única persona que conozco a la que considero mi igual en el terreno del intelecto*, le dice. *La única con la que me apetece compartir mis lecturas*. Él asume el papel de guía literario y ella se deja conducir con complacencia.

Acumula sus nuevas pertenencias en la pequeña estantería de su cuarto. Para que su madre no sospeche, le pide a Knut que haga los envíos al archivo municipal, y va trasladando los libros a su casa poco a poco. Disfruta con la llegada de los paquetes, que abre a toda prisa, rasgando los precintos que él parece haber colocado con extremo cuidado. Una noche, tumbada en la cama, mirando los lomos de los libros que aún no ha tenido tiempo de leer, intenta averiguar si es la codicia lo que está enganchándola o quizá otra pulsión más difícil de definir. Reconoce que se siente halagada. Hay algo seductor en esa conquista paulatina —que gana cada vez más y más terreno— a través del regalo. Pero está confusa. En realidad, no tiene un interés especial por esos libros; tampoco siente una verdadera curiosidad por Knut. Lo que la atrae es sentirse destinataria de su atención. Su modo de acercarse es radicalmente diferente a todo lo que había conocido hasta ahora.

Adquirir libros es muy fácil, insiste Knut. Tan fácil que no puedo dejar de preguntarme cómo la gente no arrasa con ellos. Asegura que lo único que se precisa es perseverancia. ¿Eres tú perseverante cuando deseas lograr algo, cuando lo deseas de verdad? Sueles quejarte de tu trabajo en el archivo, que describes como frustrante o muy por debajo de tus capacidades e intereses. Pero

¿crees que has luchado con verdadera perseverancia para cambiar las cosas, o simplemente te has dejado llevar y ahora te quejas? Hay que tener perseverancia siempre, paciencia de hormiguita, no rendirse jamás, tomarse el tiempo necesario para alcanzar las metas. Bajo estas premisas, cualquiera puede adquirir libros y casi cualquier otro artículo que haya en los grandes almacenes. Él lo hace cada día, dedica su vida a ello y regala parte de su botín simplemente por el puro gusto de hacerlo, aunque jamás ha obtenido tanta satisfacción al regalar algo como con ella. Piensa en la felicidad que te supone abrir un paquete y encontrar en él, no sé, diez, quince libros para ti que ni siquiera esperabas. Pues eso no es nada, absolutamente nada, comparado con el placer que yo siento al enviártelos.

Siempre le cobra los gastos de envío. Da igual que sean pequeñas cantidades: si son 4,13 euros, ella le ingresa exactamente 4,13 euros. Orgullosa de sus habilidades, no les quita las etiquetas del precio a los libros, para que ella pueda hacer sus cálculos. El mensaje no es *todo lo que le regala*, sino *todo lo que consigue para ella*. No lo que le compra, sino lo que se arriesga a hacer por ella. Para comprar las cosas basta tener dinero. Para robarlas, dice, son precisas otras cualidades.

Pero ¿por qué a mí?, le pregunta. Ella no le da nada a

cambio. No puede ser por haberle pasado una simple foto de carnet. Por supuesto que no, dice él. La foto fue el inicio, el detonante. En sí misma no significa nada. No es la foto, sino el hecho de que ella accediera a enviársela. Es la confirmación de una intuición. *Aceptaste el primer intercambio sin pensarlo. Donde otras se habrían echado las manos a la cabeza o habrían desconfiado, tú avanzaste con pie firme.* Por otro lado, no es cierto que ella no le dé nada. Sonia le escribe, comparte opiniones, le cuenta cosas de su vida; a cambio, él le manda algunos libros. Casi podría entenderse como un trueque. *Llegando incluso hasta las últimas consecuencias, diríamos que te mando libros simplemente como pago por tu existencia.*

Días antes una amiga a la que se atrevió a contarle una versión descafeinada de la historia se plantó con firmeza. *Si de verdad quieres saber mi opinión,* le dijo, *creo que debes dejar de escribirle de inmediato.* ¿Por alguna cuestión moral?, preguntó Sonia. ¿Le parecía mal a su amiga que los libros fueran robados? Él no los coge de casas ajenas ni de librerías pequeñas, se apresuró a aclarar. Los pilla en grandes almacenes, cadenas como la Fnac, el Vips, sitios así. No, dijo su amiga, no era eso, o no era sólo eso. Es porque nadie regala cosas así porque

sí. *Algo está buscando, y si no me haces caso, algún día esta historia te salpicará en la cara*, sentenció. Pero no son regalos estrictamente hablando, explicó Sonia. Hay establecido una especie de acuerdo. A él le gusta que ella le escriba, busca hablar de libros, compartir opiniones generales sobre la vida. Su amiga inclinó la cabeza, la miró achicando los ojos. *Venga ya*, susurró. *¿De verdad crees que tus opiniones sobre la vida valen tanto?*

También se lo cuenta a un amigo, aunque esta vez exhibiendo una coqueta vulnerabilidad. *¿Crees que es peligroso?*, le dice bajando la voz. No, responde él, pensativo. Luego se ríe. Le acaricia el pelo. *No seas peliculera*, dice. A su amigo le parece muy bien que se robe en las grandes cadenas comerciales. Después de todo, explica, su riqueza proviene del expolio. *Es un proceso legítimo de reapropiación de los bienes que nos han sido robados a nosotros previamente*, le dice. Sólo muestra curiosidad por conocer los detalles: cómo roba Knut, qué técnicas utiliza, qué hace si alguna vez lo descubren, cuánto tiempo dedica a esa tarea, cómo tiene montado su negocio —el *negocio*, dice—. Si él no tiene trabajo y es cierto que vive con sus padres, ¿no se dan cuenta ellos de que almacena demasiadas cosas? ¿No se preguntan nunca de dónde salen? Sonia no sabe qué contestar. Tampoco le importa demasiado. Los

pormenores no tienen interés para ella. ¿Para qué buscar la raíz lógica al asunto? Se da cuenta de que los demás no comparten su fascinación. No alcanzan a intuirlo. En parte, piensa que ni siquiera se lo creen del todo.

¿Y si le pide una foto desnuda?, pregunta su amigo. ¿Se la dará también? *No va a pedirme eso*, ríe ella. *No seas bruto*.

¿*Nunca te han pillado?*, le pregunta. *Oh, sí, alguna vez*, responde Knut. Pero no pasa nada, absolutamente nada. *Uno no debe desfallecer por eso*. En esos casos, explica, te llevan al *cuartelillo*, te toman los datos, te dan algún sermoncito más o menos amenazador y te ofrecen que pagues lo hurtado, o bien, si no tienes dinero, que lo devuelvas y no aparezcas nunca más por allí. ¿El *cuartelillo?*, pregunta ella. ¿Qué es exactamente el *cuartelillo?* Una dependencia aparte, normalmente bastante pequeña, bastante cutre, donde te piden que vacíes los bolsillos o te quites el abrigo, donde los encargados de poca monta juegan a hacer el tercer grado a los que han descubierto en plena faena. *El nivelito es de pena*, asegura. Según él, es muy fácil engañarlos. Una vez que lo pillaron les dijo que no tenía el dni encima y les hizo creer que se llamaba Knut Hamsun. «*¡Nut Jámsun!*!»,

repitió el vigilante, fascinado. «¡*Qué nombrecito!*!», rió. *Pero lo peor es cuando intentan dialogar para sacarte del error de robar.* Otro día que lo descubrieron con un par de libros de Salinger metidos en el bolsillo, el encargado, en tono conciliador, le pidió que se sentara y que le hablara de Salinger. Quién era ese escritor, por qué quería leerlo, a qué se debía tanto interés por él que hasta llegaba a robar sus libros. «*A ver si me convences y así no tengo que denunciarte*», decía. Knut respondió que Salinger era un amigo de infancia de su padre, un tipo que había tenido que emigrar a América y que ahora había triunfado en la literatura, y el encargado movió admirativamente su cabeza, creyéndolo a pies juntillas a pesar de tener frente a él la solapa con la biografía. *Nunca van más allá: les basta con disfrutar de su pequeña cuota de poder.*

A él lo han descubierto pocas veces, sobre todo en comparación con todos los años que lleva robando, y cuando lo han hecho normalmente sólo ha servido para redoblar sus energías. Si le descubren en una punta de la ciudad se va a la otra para compensar el desliz. En Cárdenas, donde hay decenas de centros comerciales, no escasea el campo de acción. Además, tanto los vigilantes de seguridad como los de incógnito tienen contratos cortos y son sustituidos con rapidez, e incluso los más veteranos son incapaces de acordarse de la cara de todos

los que pillan cada día. ¿Pero acaso son muchos?, se sorprende ella. Son legión, dice él. Todas las mañanas montones de personas salen de sus casas a hacer acopio. Centenares de ellas pululando aquí y allá, invadiendo las tiendas como termitas: libros, cds, dvds, videojuegos, pero también perfumes, bebidas alcohólicas, gafas de sol, comida, juguetes, ropa. Muchas son descubiertas, está claro, y se vienen abajo, lloriquean, jamás vuelven a intentarlo. Pero otras son tenaces, continúan, dan ejemplo a las que aún están aprendiendo. Y siempre hay nuevas camadas dispuestas a intentarlo. La rueda gira y gira, nunca se detiene. *Siempre hubo cazadores y cazados, vigilantes y ladrones, control y descontrol*, sentencia Knut. *Así es como funciona el mundo.*

Knut se siente cómodo contándole sus expediciones. Lo hace con todo detalle. Le describe su técnica preferida —invalidar los sistemas de alarma con pegatinas especiales— y otras que existen pero que a él no le convencen —uso de alicates, de imanes, de bolsas para congelados—. En el caso de los libros, la mayoría de las veces es suficiente con metérselos con discreción entre la ropa, cuidando, eso sí, de hacerlo fuera del alcance de las cámaras. Si uno sigue los sutilísimos brillos de la lente, se

puede saber hacia dónde enfocan. Ciertas cadenas comerciales incluyen además sistemas de seguridad bajo la etiqueta del precio —ella puede darse cuenta del relieve al pasar el dedo por encima—, o en una fina tira magnética en el interior de las páginas. Basta con conocer los sistemas que se utilizan en cada sitio para aprender a desactivarlos. A veces es necesario entrar y salir del mismo comercio, ir acumulando lo *adquirido* fuera del centro comercial de que se trate —por ejemplo, en una bolsa en el contenedor de una zona poco transitada, o en la taquilla de algún supermercado—. No es posible llevarse ocho libros gruesos de una sola vez, pero sí tres, y luego dos, y luego otros tres. No es tan complicado si se hace con paciencia y profesionalidad. En los momentos decisivos es cuando no se debe fallar. Darwinísticamente, le dice, el cuerpo se adapta a la tensión que requieren las circunstancias.

Nunca usa su nombre real, aunque tampoco lo oculta. No firma sus cartas de ningún modo. Su cuenta de correo está también a nombre de su seudónimo. Para ella es Knut Hamsun. O simplemente Knut. El nombre real no es nada. No significa nada. Tampoco él la nombra a ella. Nunca *Querida Sonia*. Nunca *Hola, Sonia*. Las cartas empiezan

bruscamente, retomando el tema de la última, y finalizan siempre con preguntas. Al principio ella cree que trata de evitar problemas en el caso de que sus comunicaciones electrónicas sean rastreadas. Llega incluso a preguntarse si también podrían investigarla a ella por complicidad en delitos de hurto. Pero enseguida desecha la idea. No deja de ser un sinsentido, teniendo en cuenta que en los paquetes que le envía aparecen todos sus datos como remitente. ¿O quizá también son datos inventados?

Nunca ha visto una foto suya. Él ni siquiera ha hecho el esfuerzo de describirse y ella es incapaz de imaginarlo. Knut es una abstracción. Una abstracción que le sigue enviando periódicamente —cada mes, cada dos— un paquete con libros. Últimamente también incluye algún disco. *Me hace ilusión mandártelos*, casi se excusa él. Ella los agradece fervorosamente, aunque no tiene un equipo de música donde escucharlos.

Los correos de Knut son cada vez más largos, más detallados, contienen más preguntas y más retos. Recibe varios al día, que ella se siente obligada a responder aunque sea con dos o tres líneas. Alguna vez se inventa excusas para no escribirle con más detenimiento —reuniones que no tiene, trabajos que no hace—, pero,

aunque él no la presiona, siempre persiste la impresión de que queda una deuda por saldar. Sonia le pregunta cómo a él le da tiempo a escribirle tanto y tan largo. Knut le cuenta que nunca duerme más de dos o tres horas seguidas. Se desvela a menudo en mitad de la noche y luego, durante el día, duerme largas siestas que lo dejan en vela el resto del tiempo. Muchas veces le escribe de madrugada, para que ella tenga su carta lista en cuanto llegue al archivo. Se despierta a media mañana para ver si ya tiene su respuesta. Si es así, contesta de inmediato. Si no, le escribe igualmente con más cuestiones que se le ocurrieron durante el sueño, para cuando tenga ocasión de responderle. Insiste en que no hay prisa, pero si algún tema se queda por cerrar siempre se lo recuerda. *No me dijiste nada del Ella de Onetti, sólo que te había gustado bastante, pero yo te pedí que profundizaras más. No te olvides, tengo mucho interés. O: Acuérdate de aquella pregunta que te hice: ¿cómo crees que sería tu vida hoy día si tu padre no hubiese muerto? O: El otro día me dijiste que también sueñas con hormigas, pero no me contaste las variaciones del sueño. Me encantaría conocerlas.*

Y así.

No es sólo la cantidad lo que sorprende a Sonia, sino también su forma de expresarse. Sus correos no son

improvisados: están escritos con esmero y jamás contienen imprecisiones ni errores. El resultado, sin embargo, resulta anticuado, incluso farragoso. No se lo dice, pero a menudo los lee sólo por encima. Le cansan su rigidez, las repeticiones, los razonamientos y el constante tono persuasivo con el que se dirige a ella. Knut le cuenta que siempre tiene sobre la mesa varios diccionarios: de definiciones, de dudas, de sinónimos, de redes... Y le dice que ella también debería acostumbrarse a utilizarlos. *Pero sólo se trata de correos*, responde Sonia. *Si me pusiera a revisarlo todo, tardaría mucho más en responderte. Al fin y al cabo, sólo lo vas a leer tú, no va a ser publicado.* Precisamente por ello, argumenta Knut, porque es sólo para ellos, hay que tratar de hacerlo lo mejor posible. Es justo en lo privado, en lo más íntimo de cada uno de nosotros, donde hay que combatir la dejadez, la pasividad y la indolencia.

Hablan bastante de su infancia. Vivieron experiencias similares. Se entusiasman sacando sus recuerdos, como si intercambiaran cromos. La escuela pública. El barrio obrero. Los estuches Pelikan, Barrio Sésamo, los chándales azules con rayas blancas, las meriendas con paté La Piara. Sonia escanea para él una foto de cuando

era niña, esperando quizá otra a cambio en la que pueda rastrear sus rasgos actuales. Knut sólo le remite un fragmento de su cuaderno de religión de sexto de EGB. Tiene una letra redonda y limpia, sorprendentemente similar, tantos años después, a la de las etiquetas en los paquetes que le envía. Se extiende a lo largo de la página ocupando los márgenes:

Deseo un mundo sin guerras donde ningún niño pase hambre.

Deseo que mis padres vivan siempre y que nunca se mueran.

Deseo que me dejen en paz cuando estoy cansado.

Deseo que el rey (tachado y sustituido por «Papa») sea muy feliz y haga el bien por todos sitios.

¿Tú fuiste a algún campamento de verano?, le pregunta un día. Él sí, dice. Apenas tenía doce años. *Mis padres me enviaron a aquella sierra seca, fea e inclemente, para quitarme de en medio y poder hacer un viaje los dos solos.* Él pidió que lo llevaran con ellos. Lloró, suplicó, prometió portarse bien. Pero la decisión ya estaba tomada. Los días previos Knut enfermó; ni la fiebre ni los vómitos lograron doblegar la voluntad de sus padres. *Sí, fue una experiencia dolorosa, dice. De pronto uno descubre que Dios le ha otorgado un lugar en el mundo y que de ahí difícilmente se puede salir, por*

mucho que lo intente.

Lo que más recuerda era que el sexo lo impregnaba todo. O más que el sexo, el impulso del sexo, aún sin comprender, sórdido y triste, ese primer contacto, golpeándole sin aviso, en plena infancia. Los chicos se masturbaban en sus sacos de dormir. Todo el tiempo y sin el menor reparo. Incluso había un monitor que les preguntaba constantemente si ya lo habían *hecho* y se jactaba de *hacerlo* todos los días con su novia. «*Ya veréis, ya veréis*», les decía. *Yo sólo sentía asco*, cuenta Knut. *Asco y pena. De pronto, como a través de una grieta, el sexo me enseñaba una parte de la realidad mucho más cruda de lo que yo había conocido hasta entonces.*

Había sufrido muchísimo en aquel campamento. Se encerraba en los servicios y lloraba hasta la extenuación. En el llanto encontraba cierto placer físico que le hacía sentir superior al resto. Sin embargo, no era el único en pegarse llantinas: a veces, al salir, se encontraba con otros chicos que también tenían los ojos enrojecidos. Avergonzados, se evitaban la mirada.

Aunque se producían peleas a todas horas, lo que a él le atormentaba no era que le golpearan, sino la posibilidad de que le estropearan sus cosas, o simplemente de que se las tocaran. Se decía que por las noches los mayores entraban en los dormitorios de los más pequeños para

robar lo que se les antojaba. También que les pringaban de dentífrico los sacos de dormir o incluso que los utilizaban para masturbarse dentro de ellos, delante de todo el mundo. Él nunca vio nada de aquello, pero los rumores bastaban para que se sintiera en un constante estado de alerta. No es que no tuviera amigos: es que no podía fiarse de ellos. Incluso el compañero con el que mejor se llevaba, un muchacho silencioso y reflexivo que sabía escuchar con atención, terminó defraudándole el último día. Knut estaba tumbado leyendo en su litera cuando él llegó, se metió en el saco y empezó a jadear. Knut no apartó la vista del tebeo. El calor se le subió al rostro y las manos le temblaron de indignación, pero no dijo nada. Tras unos minutos, mientras se limpiaba con un pañuelo de papel, el chico trató de explicarle por qué se masturbaba, qué significaba la masturbación para él. Le dijo que hasta hacía muy poco no lo había hecho porque no le salía *leche*, y ante la mirada de estupor de Knut se apresuró a aclarar: *lefa*. Con una expresión triste, quizá arrepentido, intentaba justificarse para demostrar que aquello que repugnaba a Knut tenía para él un sentido. Pero Knut no le contestó ni una sola palabra.

Aprendió muchas cosas en ese campamento. Su desconfianza innata al conjunto, a la globalidad, a la generalización y la uniformización, a todo tipo de

manifestación grupal, nació aquel verano. *Siempre me río de los que afirman defender a las minorías, puesto que la primera minoría es el individuo.* El grupo apareja inevitablemente un precio moral e intelectual que, una vez que se paga, jamás puede recuperarse. El mal es el grupo en sí. El sentido de pertenencia a un grupo siempre genera violencia. *Hay algunos que piensan que, para evitarlo, la solución es que el grupo se amplíe lo más posible. Pero otros creemos que para ir por la vida no hace falta ningún paraguas. Vamos mucho mejor solos.*

Tras contarle la historia del campamento, el sexo se convierte en otro tema más de sus correos, aunque con muchísimas cautelas. Knut reconoce que es extremadamente tímido en este ámbito —él dice *puritano*—, y Sonia sobrentiende que aún es virgen. Evita escribir ciertas palabras, que sólo insinúa con las iniciales: *f... p... c...* Admite que su cuerpo lo desea, pero su cabeza rechaza la idea. Para él, el sexo es una aberración; el ideal estriba en huir de su impulso. A Sonia le divierte su postura. ¿Aberración? ¿Por qué una aberración? ¿Significa eso que ella le parece aberrante? Porque ella sí ha tenido y tiene relaciones, y piensa que es algo absolutamente natural. *Ya no somos unos críos,* dice. No,

claro que no, responde él. Ella no es aberrante, pero sí lo es el hecho, por muy natural que sea. *No personalices el debate*, le pide. Lo que ella hace es lo mismo que hace todo el mundo, no hay nada especial en su conducta. Quien está rompiendo la norma es él. *Supongo que soy prisionero de algo que es más grande y más fuerte que yo, pero quiero luchar todo lo que pueda. El sexo es el distintivo más claro de un mundo del que no quiero formar parte, aunque el instinto actúe en sentido contrario a mi voluntad. Por eso no tengo más refugio que mi fidelidad a la infancia.*

Frente a sus circunloquios, Sonia suele expresarse con ligereza y despreocupación. Le habla de su primer novio. También de un chico brasileño al que quiso mucho pero que finalmente tuvo que regresar a su país. De un profesor bastante mayor que ella, casado, con el que se veía a escondidas y que la grababa con su cámara cuando estaban en la cama. Le habla de su actual amigo. ¿Amigo?, dice él. ¿Qué significa *amigo*? Que no es nadie importante, responde Sonia. Demasiado inmaduro, demasiado inconstante, añade. ¿Pero a qué se refiere exactamente al mencionar la inconstancia? ¿En qué rasgos se manifiesta su inmadurez? ¿Sabe su amigo de su existencia? ¿Qué opina de los envíos? ¿Le parece bien robar? ¿Se lo imagina arriesgándose por ella, como él

hace, para conseguirle un libro?

A Sonia le hacen gracia sus celos, lo aplaca, le regala los oídos. No, claro que no, él sería incapaz de pillar nada. Eso sólo se lo imagina en él, en Knut, el servicial, entregado, constante, amoroso Knut.

En su cumpleaños —el de ambos— Sonia recibe un paquete mucho mayor que en otras ocasiones. Sus compañeros del archivo miran la caja con curiosidad; las mujeres del fondo hacen un comentario jocosos que ella no alcanza a oír. Sonia aprovecha cuando todos se van a desayunar para abrirlo con nerviosismo e ir sacando los regalos. Hay libros, muchos libros (¿quizá veinte?). Hay varios cds de música (¿diez, quince?). Hay dos cuadernos, una agenda, una caja de lápices (Sonia le dijo recientemente que le encantaban los útiles de papelería). Y hay un frasco de perfume. Perfume del caro, del tipo que Sonia jamás ha podido permitirse. Se pulveriza un poco en el cuello, en las muñecas. Tiene un olor pesado y persistente. Sonia no está acostumbrada a oler así, no está segura de que le guste. Vuelve a guardarlo todo en el paquete, apresuradamente. Ahora ni siquiera cabe bien en la caja. Un cd se le cae y la carcasa se rompe. Dobla el lomo de un libro al presionarlo. Una de las compañeras,

que ya está de vuelta, la observa de reojo. Sonia vuelve a sentarse, disimula con su base de datos y sus eternas fichas inservibles. En cuanto puede le manda a Knut un emotivo mensaje de agradecimiento. Se detiene especialmente en el perfume. Él no le había enviado nunca algo tan personal, le dice. Se siente conmovida. Knut la estaba esperando impaciente. *Llevo toda la noche sin dormir*, le dice. *Se me cierran los párpados, pero aun así era incapaz de meterme en la cama. Por pura ansiedad, deseoso de saber tu reacción.* Se alegra de que esté tan contenta, pero, ya lo sabe, no tiene que agradecerle nada. Sólo la posibilidad de comentar con ella esos libros, dice, es más que suficiente para compensar todos los esfuerzos que empleó en hacerse con ellos. Ése será su propio regalo de cumpleaños. Así lo celebrarán ambos.

Luego le pide que le haga un ingreso con los gastos de envío. *Esta vez el importe es de 32,30 euros*, indica. Sonia traga saliva. Es más de lo que esperaba. Ciertamente que el paquete pesa demasiado. Ciertamente que su contenido supera con creces ese gasto —nada más que en libros hay ahí unos trescientos euros—. Pero desprenderse de pronto de ese dinero no es fácil para ella.

Aun así, no se atreve a negarse. Le dice que lo ingresará en cuanto pueda.

Cierra el correo. El entusiasmo ha dado paso ahora a una incómoda sensación de pérdida de control. A sus pies, bajo la mesa de oficina, el paquete medio abierto muestra el lomo brillante de uno de los libros. Alrededor flota todavía el aroma del perfume que acaba de pulverizarse.

2. SIESTA

El timbre del teléfono rompe la calma de la tarde. Sonia se despierta sobresaltada. Todavía no se ha acostumbrado a los sonidos de su nueva casa. Verdú suelta un gruñido, recoloca la almohada y masculla algo ininteligible al darse la vuelta. Sonia se levanta aturdida y avanza tambaleante por el pasillo, completamente desnuda. Fuera de la habitación la temperatura es varios grados mayor. Es mediados de agosto; la flama acecha tras los muros del piso. El suelo está templado; la luz, anaranjada, se filtra por los resquicios de las ventanas y las puertas. Contesta a la llamada todavía somnolienta, frotándose las sienes. Teñida de tensión, con sus característicos altibajos nerviosos, la voz al otro lado es perfectamente reconocible para ella. *Soy yo, dice. Llevo días llamándote sin parar a tu móvil. Nunca lo coges. ¿Por qué no me lo coges?*

Sonia sisea. Un momento, dice. Deja el auricular boca abajo, cierra la puerta, vuelve a coger el teléfono. Habla

en voz baja. No puede llamarla allí, dice. ¿De dónde ha sacado su número? Está en la guía, responde Knut. ¿En qué guía? ¿De qué habla? Las páginas amarillas. Las de toda la vida, repite. Disponibles en internet. *Consúltalas si quieres. ¿Te das de alta en una línea telefónica y ni siquiera sabes eso?*

Sonia se impacienta. Coge aire al hablar. No quiere que la llame ahí, insiste. No quiere que busque su teléfono en internet. *Deja de espiarme*, le ordena. Knut ríe. ¿Espiarla? Eso es lo que ella querría. *En el fondo lo estás deseando*, dice. Vuelve a reír. Entre el sollozo y la carcajada, su voz se quiebra unos instantes. *Sólo de imaginarlo te pones orgullosa. Para sentirte aún más importante, ¿verdad? No, no te espío. ¡Sólo he buscado tu teléfono en la guía! ¡Lo más normal del mundo si nunca me coges el móvil! ¿Qué te he hecho tan malo para que ni siquiera quieras hablar conmigo?* Ella pega la boca al auricular para contestar. Silabea. *Nada*, dice con rabia. No le ha hecho nada. Pero ahora tiene otra vida. *Lo que quiera que hubiese entre nosotros ya no existe.* Se disipó, le dice. *Evaporado, finished.* ¿No es capaz de entenderlo?

Knut grita. Le pregunta por qué se otorga ella el derecho de decidir. ¿Acaso su opinión no cuenta? *Te lo he dado todo durante tres años, ¿y ahora me despachas así, como si nada?*

Al otro lado de la puerta Sonia oye pasos y luego la cisterna del baño. *Escucha, susurra. No estoy sola. ¿Entiendes? Está aquí mi marido y va a venir en cualquier momento.* Knut lanza otra risa ronca. *¡Su marido!, dice. ¿Qué le importa a él eso? Ni que yo fuese tu amante. ¡Yo no tengo nada que esconder! ¿O quizá tienes tú algo que esconder?* Ella se apresura. *Va a tener que colgar de inmediato, dice. Tiene que caberte en la cabeza que no quiero hablar contigo. No puedes obligarme.*

La puerta se abre. Una cabeza se asoma, protesta. *Que vuelva a la cama, por favor. Que no son horas de atender el teléfono.* Sonia tapa el auricular. *Ahora voy, dice, ahora voy.* Está sudando. Se le inflaman las aletas de la nariz y en las mejillas aparecen salpicadas manchitas de rubor. Siente el calor por dentro, subiéndole hasta las orejas, la urgencia de acabar cuanto antes. Vuelve a hablar al teléfono. *Ahora es ella quien grita.*

Escucha, dice. Me has interrumpido. Estaba follando con él, ¿entiendes? En pleno lío, ¿me oyes? ¿Eres capaz de imaginarlo? ¿No? Bueno, pues imagínalo. Es lo que pasa cuando se llama a estas horas a un teléfono que nadie te ha dado. Así que no vuelvas a llamarme de aquí en adelante. Nunca. Nunca. ¡No te atrevas a hacerlo!

Cuelga.

Verdú la mira perplejo, enmarcado por la puerta que

ya ha abierto del todo. ¿Quién era?, balbucea. ¿Cómo es capaz de hablar de esa manera? Sonia se acerca a él, le acaricia la nuca, sonrío. Un pesado, dice. Un tipo que conoció hace tiempo que no la deja en paz. Le pide disculpas. Siente haberse comportado así. Demasiado grosera, sí, ordinaria, pero no había forma de cortar de otro modo. La contundencia a veces se hace necesaria, ¿no cree él?

Vuelven al dormitorio. Las sábanas están frescas. El aire acondicionado, las persianas echadas, motitas de luz que iluminan tenuemente el cabecero de la cama. Otra cosa mejor, piensa Sonia. Se abrazan. Verdú ríe.

Con lo que le has dicho, no creo que te dé más la lata en mucho tiempo. Menuda fiera.

Ojalá, responde ella.

Una imagen le cruza la cabeza, algo parecido a un pájaro con un pico afilado, un aleteo. Enseguida la desecha, apretando los párpados para espantarla.

Se duermen otra vez de inmediato.

3. DOS AÑOS ANTES

No, no me veo feliz, ni siquiera junto a ti. Ni siquiera en la más optimista de mis ensoñaciones me veo teniendo contigo una relación feliz, provechosa para ambos, sólida, cotidiana; burguesa, en suma. Nunca me la creería y siempre trataría de ponerla a prueba, de ir más lejos, hasta que un día terminara violentándote.

Los envíos prosiguen. La estantería de su cuarto está completamente llena; Sonia no sabe qué hacer ya con tantos libros. Su madre podría extrañarse si los viese, intentaría averiguar cómo ha podido comprarlos. Quizá, piensa ella, la acusaría de estar escamoteándole dinero. Decide almacenarlos en un armario vacío del archivo, bajo llave, y allí se quedan durante meses, sin que ni siquiera sea capaz de recordar todos los títulos. Cuando Knut le pregunta, finge haberlos leído o se excusa por no haberlo hecho todavía. También esconde los frascos de perfume que en los últimos meses él ha tomado por costumbre añadir en los paquetes —ya lleva cuatro—. Los coge de vez en cuando y se pulveriza un poco en las muñecas. Su olor le resulta demasiado fuerte. Sonia prefiere su colonia de siempre.

Es sorprendente todo lo que eres capaz de leer, le

dice. Knut le habla largo y tendido de Proust; no para de insistirle en que lo lea ella también, pero no una parte, no un solo libro, sino su obra al completo. Le sugiere que lo estudien juntos, que lo analicen a fondo. *Nada me gustaría más en esta vida*, dice. En cinco días asegura haberse leído *Los Buddenbrook*; en cuatro *Los hermanos Karamázov*. En otro correo le copia largos fragmentos de *Al revés* y le pregunta qué le parecen a ella los planteamientos de Des Esseintes. *Intuyo que hay en ti mucho talento*, le dice. *Si fueras más constante —y menos perezosa— serías una gran escritora*. ¿Por qué cree ella que le manda tantos libros? Debería lanzarse a escribir, aprender de su mano, leyendo a los grandes junto a él. Le encantaría ayudarla.

Un día le pide el teléfono, asegurándole que no la llamará. Sólo lo quiere para mandarle mensajes según le vaya consiguiendo sus regalos. Es tanta la emoción que siente a veces, le explica, que no puede contenerse y esperar a la mañana siguiente para contárselo. Sonia le da su número y, en efecto, él respeta lo dicho y no la llama nunca. Se limita a enviarle largos sms, perfectamente escritos, sin abreviaturas, del tipo... *Acabo de adquirirte los diarios de Pavese. Toda la obra de Virginia Woolf, en bolsillo, ya es tuya. Un disquito más de Prince y las Gymnopédies de Satie*. Ella lo agradece, pero empieza a

insinuarle que tiene ya más que suficiente. *Mi ritmo de lectura es mucho más lento que el tuyo*, le dice. *Apenas tengo tiempo.*

Siente cada vez con más apremio el deseo de frenar, pero no hace nada. Incorpora a Knut a su cotidianidad como una rutina más, a veces pesada, a veces incómoda, otras beneficiosa. ¿Qué trabajo le cuesta seguir escribiéndole?, se pregunta. En el archivo le sobran horas, se muere de aburrimiento. ¿Por qué acabar así, por qué perderlo todo? No se conoce a alguien como Knut todos los días. Su inteligencia. Su sensibilidad. Su excentricidad. Su generosidad. Su entrega. Además, los regalos, cómo no, aunque no siempre los quiera. ¿Podría encontrar algún modo de continuar, tal vez con más cuidado, con más reservas, para que la situación no se le termine desbocando? ¿Podría al menos lograr una tregua por un lapso de tiempo?

Se inventa que habrá restricciones en el uso de internet. Nuevas medidas que van a implantarse en el archivo, le explica. *Aquí la gente abusa. Casi todo el mundo se pasa el día enganchado a los chats o navegando por páginas de tiendas.* Han quedado registros incluso de visitas a sitios porno, añade, así que el jefe de

personal los ha reunido a todos esa misma mañana y les ha anunciado que instalarán en los ordenadores un sistema de control. *No podré mandarte más emails por el momento*, le dice. *Quizá más adelante, cuando la situación se tranquilice*. Ahora además le han hecho un contrato. No es gran cosa: un contrato temporal para que siga realizando el mismo trabajo absurdo que hasta entonces. Pero si todo va acorde a lo esperado, podría ser la antesala de algo más prometedor. No, no debería estar utilizando internet toda la mañana. Ha de dar buena imagen. Con todo su dolor, tendrán que dejarlo por un tiempo.

La artimaña no sirve. Knut enseguida plantea la posibilidad de escribirse cartas postales. Su relación ha nacido gracias a internet, dice, pero ya sobrepasa con creces ese ámbito. Si no puede ser por correo electrónico, que sea por correo ordinario. El problema —para Sonia, la ventaja— es que ahora tendrán que esperar días para saber el uno del otro. El aliciente —para Sonia, el peaje— es que así podrán reflexionar más —¡más aún!, piensa ella — sobre lo que escriben, y podrán enviarse cartas más largas —¡más aún!, teme ella—. Pero se muestra de acuerdo y finge alivio. *Está bien no perderte*, le dice.

Knut se pone a la tarea incluso con más entusiasmo que antes. Sus cartas ocupan cuatro, cinco, seis hojas

cuadriculadas escritas por ambas caras con una letra infantil y apretada, casi sin interlineado, de trazo redondo. Utiliza sobres alargados en los que delinea cuidadosamente la dirección en mayúsculas, del mismo modo que hace —que sigue haciendo— con los envíos. En cada trazo Sonia adivina su voluntad de perfección, o más bien la testarudez, el empecinamiento de la constancia. Sus cartas tardan poco en llegar —prácticamente a vuelta de correo—, mientras que las de Sonia se hacen esperar una o dos semanas. Él le dice que se tome su tiempo. Sólo con saber que ella le está escribiendo, o que una carta suya está en camino, ya se siente por completo feliz. Muchas veces no puede ni dormir pensando cuánto falta para que llegue el cartero. Estas expectativas también lo conducen a la ansiedad, pero no puede evitarlo. *Realmente me asola la impaciencia.*

Sonia, sabiéndose importante, se muestra cariñosa y generosa, a la vez que expone con sutileza mil excusas para explicar por qué le escribe tan poco —una o dos hojas a lo sumo— o por qué tarda tanto en responderle. Él le sugiere que cuando esté ocupada anote sus ideas sumariamente para desarrollarlas luego con más calma. O que le escriba por tandas, a intervalos, aunque el resultado final sea algo inconexo. Lo importante es seguir, añade, y

así lo hacen, hablando de libros, sobre todo, pero también de la vida de ambos —lo que cada uno de ellos quiere revelar al otro—. Knut se centra en sus expediciones por los centros comerciales, llenas de toda la cadena habitual de estrategias y desenlaces. Sonia le describe su rutina en el archivo, sus amores, sus salidas y entradas, una existencia que maquilla y disfraza para que sea liviana, encantadora e incluso ligeramente desconcertante.

La primera vez que él menciona su aspecto físico es para hablarle de su tendencia a engordar. *No te haces una idea de lo que supone tener que estar siempre pendiente de la báscula*, le dice. Mide 1,65 y suele pesar unos 75 kilos, aunque si se descuida alcanza los 80 o incluso más. Últimamente ha adelgazado un poco, porque no come casi nada y en sus peregrinaciones por centros comerciales camina muchos kilómetros diarios. Su dieta consiste en tazones de leche azucarada con muesli, bollitos de chocolate, galletas y tartas que encarga en *Lacrèm*, una pastelería de lujo que hay en el centro de Cárdenas. No come carne y nunca bebe alcohol. *No por ninguna razón de tipo moral*, explica. *Simplemente no me interesa*. Ahora le ha dado por ir a restaurantes caros, en ocasiones muy caros, donde pide directamente la carta de postres —

Sonia se pregunta cómo puede pagarlos—. Ante el desconcierto de los camareros, argumenta que va a gastar más dinero sólo en postres que en un menú completo. Acostumbrados a las excentricidades de sus clientes, no es habitual que le pongan pegas. Así que se sienta, pide cuatro o cinco postres —a veces la carta completa—, y los paladea lentamente mientras observa alrededor a los otros comensales.

Casi siempre va solo. *Suelo avergonzarse a mis acompañantes, así que lo prefiero así.* Quizá con ella haría una diferencia, matiza. *Sí, creo que me encantaría ir contigo.*

Pocos días antes se habían negado a servirle. El camarero, visiblemente incómodo, se inclinó para susurrarle al oído: «*Señor, aquí se viene a tomar una comida normal.*» Le recomendó el jabalí, el venado, la carne de caza. Sus arroces —murmuró frotándose las manos— también eran deliciosos. Knut insistió en que sólo quería pedir postres. Aquello no era una pastelería, dijo el camarero. «*Ya sé que no es una pastelería*», respondió él. «*En una pastelería venden pasteles. Yo vengo aquí a tomar postres. Postres elaborados, de restaurante.*» El camarero entró en la cocina a deliberar con el chef y salió al rato sin ponerle ya más obstáculos. Le sirvieron, sí, pero con condescendencia. *Precisamente*

por eso me he prometido a mí mismo volver a ese sitio muchas más veces.

¿Cuánto azúcar es capaz de soportar?, le pregunta Sonia. Ella no cree que sea demasiado sano lo que él hace. ¿No es sano porque no es normal?, responde él. A Knut el asunto de lo sano o insano le trae sin cuidado. Lo único que le preocupa es perder el control, el hecho de incurrir en la veleidad. Cuando se siente apático, o triste, lo único que le apetece es comer postres, y esto es algo contra lo que le cuesta luchar. Si sobrepasa la línea —esto es, si se atiborra—, él mismo se impone un castigo. Por ejemplo, se fuerza a abotonarse los pantalones aunque le opriman la cintura hasta cortarle el aliento, como en una especie de ejercicio de resistencia mental. También le gusta exponerse a tentaciones para luego vencerlas. Recientemente había estado en la inauguración de un local de comida rápida en el que regalaban una bebida o un helado a todo aquel que se presentara de ocho a diez. Se había formado una larguísima cola de jóvenes e inmigrantes y él se puso también a esperar, durante casi una hora. Cuando le llegó su turno, se dio la vuelta y se fue. En el momento de volverse, golpeó sin querer al mexicano que se encontraba detrás. El otro lo tomó como un desafío e intentó enfrentarse a él. Ahuecando el pecho al hablar le decía cosas como: «¿*Para qué esperas aquí*

toda la cola y ahora te largas? Estás provocándome, ¿verdad? Ahorita estamos aquí dos varones y qué pasa si nos agarramos. Porque si tú tienes un huevo, yo tengo tres.» Knut se rió en su cara, lo que ofuscó aún más al mexicano. *Al final me dijo, como si fuese él quien dominara la situación: «Venga, vete, huevón, cabr...»* Y yo me fui victorioso, pero no por haberle dejado sin su pelea, sino por no haber sucumbido a la tentación del helado.

Otro de los temas recurrentes en sus cartas sigue siendo el hecho de escribir. Sonia debería escribir, repite él una y otra vez. Debería leer más y tratar de montar sus propias historias. Puede empezar con relatos o con pequeñas estampas narrativas, para probarse. *No te imaginas cuánto me va en esto,* insiste. ¿Por qué no escribe él?, pregunta Sonia. Él lee mucho más, cuenta con tiempo de sobra, seguro que lo hace mejor que ella. ¿Qué le lleva a pensar que ella va a ser buena? Knut reitera sus argumentos: se conocieron en un foro literario, ¿no? Pidió libros de Onetti y de Lispector, ¿no? ¿Acaso no es cierto que alguna vez ha escrito poemas? Ella misma se lo ha contado. No, no debe echarse atrás. Él la ayudará a que coja confianza.

Le confiesa que con frecuencia siente nostalgia de una imagen que nunca ha existido. Knut y Sonia, como si hubiesen sido alguna vez compañeros de clase, sentados en el césped, intercambiando libros y apuntes, como los grupos de estudiantes que él ve a diario congregados en torno a las facultades universitarias de Cárdenas. *No creo que me hubiese adaptado jamás a ese tipo de vida: horarios y normas..., nada más alejado de mi naturaleza. Ni siquiera creo que la hubiese disfrutado. Pero mi relación contigo es una forma de rescatar esa existencia que no tuve. Llevar adelante un plan de escritura conjunto representaría, de alguna manera, el rescoldo sentimental de esa añoranza.*

Finalmente Sonia se anima y escribe un relato. Lo escribe de un tirón, por la noche, garrapateando nerviosamente en un cuaderno escolar de Lucas, apenas cuatro hojas en las que narra el encuentro azaroso de dos antiguos compañeros de estudios. A pesar de que fueron grandes amigos, escribe, habían pasado unos diez años sin tener el más mínimo contacto. En la conversación, Sonia intenta crear una especie de tensión especular —lo piensa en esos términos—: ambos son capaces de reconocerse en los errores y en las traiciones ajenas. Por supuesto, ninguno de los dos lo admite. Se despiden cordialmente y con resentimiento. El relato acaba con el diálogo de uno

de ellos con su mujer, justo antes de irse a dormir. «*Era un tío con talento*», dice el personaje. «*Un tío tenaz, inflexible, ambicioso. Pero lo ves ahora, ves adónde ha llegado, y te das cuenta de que todos los esfuerzos que hizo para medrar fueron inútiles. La juventud está sobrevalorada. Da igual lo queelijamos. Todo preexiste de algún modo.*»

Ahora te darás cuenta de que no debías depositar tantas esperanzas en mí, bromea al mandárselo a Knut. Su excitación se desinfla cuando recibe sus comentarios. El relato es buenísimo, le dice él, no le defrauda en absoluto; es más, confirma una por una todas las predicciones que había hecho sobre ella. Sin embargo, quiere señalar un *gran error*: la historia sólo está encaminada al impacto de la frase final. Ninguna pareja conversa así, dice, y mucho menos antes de meterse en la cama. Además, no entiende qué pretende decir con la reflexión «*todo preexiste*». ¿La ha escogido sólo por su sonoridad o por su pretendida profundidad —que él no encuentra por más que lo intente—? Para él no tiene ningún sentido. Le desgrana también otras apreciaciones parciales. *Ese «suscribir» de la segunda página es incorrecto; no se puede suscribir una escena, sino que se suscribe lo que dice alguien (en dicha escena); en la página 3 dices «es por eso que no pudo callarse», pero lo*

correcto es «es por eso por lo que no pudo callarse», y tienes que corregir una repetición en esa misma página: «CON la esperanza de alternar CON algún compañero». También le reprocha el exceso de retórica. Cree que hay escritura innecesaria y vacía. Abuso de metáforas. Un mal enfocado estilo literario. Está copiando modelos, con el único resultado de ahogar su propia voz. Recuerda lo que decía Proust: cuando nos ponemos a escribir debemos sacrificar el estilo de las obras que más amamos en aras de esa verdad única que habita sólo en nosotros.

Debería leer la biografía de Flaubert que escribió Herbert Lottman. En el siguiente envío incluirá ese libro, y algún otro. Lo comentaremos juntos, dice. No dejaré que te desmoralices. Esto, aunque no lo creas, ha sido un buen comienzo. No sabes cuánto te lo agradezco. Acuérdate: algún día te llegarán los elogios, y entonces deberías recordar que el primero que destacó tu valía fui yo.

Sonia siente el escozor de la humillación durante días.

*¿Por qué no hace anotaciones cuando lee? ¿Cómo es que aún no ha acabado *El gran Meaulnes*? ¿Pero si son apenas trescientas páginas, descontando el prólogo, y lo empezó hace más de tres semanas! ¿Qué le parece si,*

entretanto, comentan los relatos de Richard Ford? Los leyó hace un par de meses y aún no le ha hecho ninguna observación. Sonia dice que le encantaría, pero que ya no los recuerda bien. *¡Soy tan olvidadiza!* Le cuenta que alguna vez ha llegado a empezar un libro sin percatarse hasta treinta o cuarenta páginas después de que ya lo había leído. Knut muestra su sorpresa. ¿Leyó los relatos de Ford hace sólo dos meses y ya los ha olvidado? No puede dar crédito. Ella no debería excusarse apelando a la mala memoria. No es cuestión de *buena* o de *mala* memoria. Se trata de voluntad y esfuerzo. La memoria no es un don divino. Nace de la disciplina; si se quiere, se tiene. *Recuerda lo que le decía Proust a Céleste Albaret: el verdadero viaje parte de la memoria.* Justamente por eso nunca hay que dejar de ejercitarla. *Ahora mismo, fíjate, yo no sabía dónde iba la tilde en «Céleste». He tenido que levantarme e ir a comprobarlo. Hoy intentaré repetirme a lo largo del día que va en la primera «e». Tú dirás que es una tontería, que tampoco hay que ser tan perfeccionista, que no se puede saber cómo se escriben todos los nombres y, finalmente, que qué más dará. Pero es un ejercicio de tenacidad. Lo contrario es la actitud más común: dejarse llevar. Y sí. La veleidad tiene mucho que ver con ello. Con no recordar lo que se hizo anteriormente. Supongo que para vosotros los olvidadizos*

es una forma de protegernos de las inclemencias del mundo.

Knut apunta todo lo que pasa por su cabeza. Si perdiera sus cuadernos, dice, se moriría. Es una lástima que ella no haga nada por corregirse y mejorar. *Tienes ideas brillantes, pero como las olvidas demasiado pronto eres incapaz de tender un puente entre ellas. Sigue el consejo de Tolstói: antes de dormir, trata de recordar todo lo que has hecho durante el día, cada detalle.* Es posible que esa actitud conduzca a la obsesión, pero siempre será preferible a la amnesia.

La noche anterior, le pone como ejemplo, él mismo había olvidado algo que llevaba en su cabeza desde el verano. Eran, por una parte, tres datos, y por otra, dos. *No cinco, sino tres más dos; algo muy diferente,* remarca. Del grupo de los tres le faltaba uno de los datos. Ese hueco en la serie mental lo martirizaba, lo sentía como una falla en la que podía caer y arruinarse. *El vacío, en el sentido más terrorífico del término,* dice. Se había pasado toda la noche haciendo memoria. Se durmió a las tres, se despertó a las cinco y hasta las ocho y media no había conseguido reunir fuerzas para levantarse e ir a orinar. A media mañana se metió otra vez en la cama y continuó esforzando la memoria hasta que, de puro agotamiento, se durmió de nuevo. Cuando llegó la tarde, aún no había

recordado aquel dato y su ausencia lo estaba machacando cada vez más y más. Se tumba —le cuenta—, intenta concentrarse en el momento en que se le ocurrió lo que olvidó —una fría noche de sábado, en un andén solitario de metro, una escena casi de *film noir*—, piensa insistentemente en los otros cuatro datos que le quedan — dos del primer grupo y dos del segundo—, pero de inmediato la mente se desvía y debe luchar para recuperarla.

Y así pueden transcurrir varias horas, una tras otra, con el consiguiente dolor. De verdad, no entiendo cómo puedes mencionar tan alegremente tus olvidos. Para mí son verdaderas torturas.

Sí, admite estar estresado, pero no se imagina situación alguna en la que pudiera escapar de sus nervios. *Todo lo que me pasa a mí desde hace años —foliculitis, granos, necesidad perentoria de ir al servicio, inflamación de las encías, incapacidad para dormir bien — es debido al estrés. Con frecuencia me siento al borde de un colapso. Robar es un remedio. Al poner su tensión al servicio del robo logra neutralizar todos estos síntomas negativos. El éxito en el robo se basa en ser metódico y obsesivo, en comprobar una y mil veces las cosas: que*

nadie te mira, que no hay vigilantes de incógnito, que las cámaras no te están apuntando, que las alarmas están desactivadas. En definitiva, en anular o minimizar la contingencia del error. *Una de las felicidades del robo es que, como en el juego, puedes enfrentarte a tu ansiedad tanto si triunfas como si sucumbes. Cuando la ansiedad llega a ser insoportable, no tienes más que lanzarte a la acción: es una forma de catarsis.*

Quienes tienen manías como comprobar si han cerrado bien la ventana, si han olvidado las llaves, apagado el calentador o cerrado los grifos, en realidad — le explica—, están tratando de recuperar una seguridad perdida, de dar fe de que el universo está en su sitio. *Experimento terror ante el futuro, pero aquello que está a mi alcance —o al alcance de mi mano, nunca mejor dicho— lo intento solucionar cuanto antes, a fin de ver que al menos esos flecos sí han quedado atados.*

He conocido a un chico, le cuenta ella unos meses después. Un chico que me gusta bastante. No se lo está inventando. Se apellida Verdú. Ella lo llama así: Verdú. Todos lo llaman así. Es sociable, cariñoso, divertido, de una simpleza encantadora. Sonia no escatima elogios al hablar de él; Knut se interesa de inmediato. ¿A qué se

dedica?, le pregunta. ¿Dónde lo ha conocido? Es biólogo, explica ella. Trabaja en una estación ornitológica. Anilla aves, alimenta polluelos, toma muestras de excrementos..., *ese tipo de cosas*, resume. Se lo presentaron unos amigos comunes en una manifestación pacifista. Los dos habían congeniado desde el primer momento. Charlaron de multitud de asuntos y coincidían en casi todas las opiniones. Verdú la llamó al día siguiente y, tras tomarse un par de cervezas, se estuvieron besando en la barra del bar. Sonia está eufórica. Le confiesa incluso que, a pesar de que pueda sonar precipitado, ellos están ya planeando vivir juntos.

Knut reacciona con frialdad al principio, y con sorna después. ¿Lo conoció en una manifestación? ¿Desde cuándo va ella a manifestaciones? Imagina que se trata de una de tantas que hay contra la guerra de turno en el país asiático de turno. *Oh, sí, aquí en Cárdenas también se ha echado la gente a la calle a la persecución de un mundo más justo*, ironiza. ¿Se siente mejor persona por corear lemas contra la guerra? A él, dice, las manifestaciones le parecen una solemne tontería. Ya sabe lo que piensa de todo tipo de afirmación grupal. *Ah, la presión del grupo, qué dictadura...* Pero lo que más le desconcierta es ese enamoramiento súbito. *¿Has leído a Proust para esto?*, le reprocha. *Al final, tu filosofía es como la del*

Cosmopolitan, *exactamente igual*. Debería darse cuenta de que todas las cualidades que le atribuye ahora a ese tal Verdú las verá en el futuro en otros hombres. El amor no es más que una proyección de las propias carencias, una entelequia, como lo eran Odette y Albertine para el joven Marcel. Lo de vivir juntos —*en pareja*, dice— puede sonar muy bien, aunque en su caso parece más una huida de su familia que una verdadera independencia. Sonia va a salir de una cárcel para entrar en otra. *La independencia verdadera sólo se consigue cuando uno vive solo*. Lo único que Sonia está viendo en Verdú es la oportunidad para la fuga: así lo cree él y así se lo expone, con toda su crudeza.

Sonia comprende que son celos, pero se siente atacada y, en consecuencia, ataca. Le reprocha que le dé lecciones de independencia, él, que vive con sus padres, no trabaja, no hace nada. Le reprocha que la acuse de oportunista, cuando lo que siente por Verdú es auténtico. Le reprocha que ridiculice las manifestaciones contra la guerra, cuando están muriendo cientos de inocentes. ¿O es que él está a favor de la guerra? ¿No le preocupa la matanza de niños? Sus cuerpecitos destrozados se ven a diario en televisión, ¿cómo puede ser insensible a eso?

Knut responde ordenadamente, punto por punto. Es cierto: no hace nada. Pero no por ello es menos independiente. Mientras que Sonia está sujeta a las imposiciones del grupo —tan profundas que ni siquiera se da cuenta de su existencia—, él, en cambio, va por libre —robar es quizá la muestra más palpable de ello—. *El trabajo no es nada. El trabajo sólo vale para trabajar más. Yo no trabajo, claro. Me dedico a adquirir cosas y a la contemplación del universo, que no es poco.* Al fin y al cabo, ¿cuál es la diferencia? Todo lo que ella obtiene con el trabajo, lo obtiene él más fácilmente saltándose la escala de mando del sistema burgués. Ella es mucho más dependiente y, por supuesto, mucho más conservadora, vaya a las manifestaciones que vaya. *Aunque te desgañites coreando lemas contra la guerra, no creo que seas más pacifista que yo.* Y no, en ningún momento la ha llamado oportunista. ¿Ha usado él esa palabra? ¿*Oportunista*? No. Se ha limitado a decir que para ella Verdú es *una oportunidad*, lo cual es sustancialmente distinto. *Ah, el subconsciente..., ¿no será que tú misma te sientes un poco... oportunista?*

En cuanto a la guerra, sí, le preocupan los niños muertos, pero del mismo modo que a Sonia, ni más ni menos. *Sólo que yo no voy pregonándolo. Lo pienso un momento, me parece fatal y luego me olvido. Como tú.*

Como el resto. ¿O acaso estáis todos sin dormir pensando en esos niños? En Cárdenas, le dice, los días de las manifestaciones, los McDonald's, los Burger King y los Starbucks se llenan más que nunca. Todos los que argumentan que estas multinacionales son las representantes del capitalismo más atroz son los mismos que engullen sus hamburguesas y sus capuchinos en vasos de cartón, salen y acto seguido comienzan a vociferar consignas pacifistas. A cualquiera de ellos, si le robas el móvil, se pondrá a gritarte, te golpeará y si me apuras le parecerá bien hasta que te torturen en la comisaría. Písale a uno de ellos, verás como le duele más el pisotón que todos los niños del mundo mutilados por bombas de racimo. A él mismo, admite, le mortifica mucho más la suciedad en las calles que la existencia de armas nucleares. La escala de sus preocupaciones comienza en lo individual y, allá a lo lejos, termina en lo colectivo. Pero, en fin, esto no lo digo para convencerte ni cosa parecida. Si tú quieres que yo diga lo contrario pues lo diré y santas pascuas.

Dobla la hoja cuadriculada y la vuelve a meter en el sobre. Tiene un leve cosquilleo en el estómago. Qué cansancio, piensa, qué pereza. Junto a ella está el tomo de

La prisionera con un marcador que sobresale por la mitad. Lo coge, lee dos páginas, lo deja boca abajo de nuevo, abierto, descuidadamente, con una hoja doblada por la esquina. Le manda un mensaje a Verdú. Recibe respuesta. Manda otro. Nueva respuesta. Un lugar, una hora. Permanece unos momentos pensativa. *Ok*, responde, *allí estaré*. Después se adormila. La voz de su madre llamándola desde el cuarto de la abuela la saca del sopor.

¡Ven aquí y échame una mano!

Sonia se acerca resoplando. Entre las dos levantan a la anciana de la cama, la sientan en su raído sillón orejero. Lucas merodea por la habitación, saltando entre una y otra. Sonia se frota la barbilla con preocupación.

Se le ha arrugado la bata por debajo. Le va a hacer rozaduras.

No pasa nada, dice la madre. *Está perfectamente*. Se le acerca, la agarra del brazo. ¡El pelo!, piensa Sonia. ¡Si al menos se arreglara de una maldita vez ese pelo pajizo y estropajoso! *Quédate aquí esta tarde, por favor*, susurra la madre. La tutora de Lucas la llamó esa misma mañana. Tiene que ir al colegio a verla. Le ha contado que últimamente no hace los deberes y que pega a otros niños. *Se comporta con rencor, como si estuviese enfadado por algo. Eso me ha dicho. No podemos dejarlo pasar.*

¿Podemos?, piensa Sonia. *No me aprietes*, protesta. Se

endereza, se zafa de su mano. Ella no puede estar ahí siempre, dice. Algún día se marchará, vivirá en otro lado, tiene derecho a hacerlo. ¿Y entonces qué? ¿Qué va a pasar entonces? ¿Cree que podrá impedirselo?

¡Somos una familia!, grita la madre.

Lucas deja de saltar. Las mira a ambas, girando la cabeza velozmente. Luego sonrío. Los dientes le brillan. *¡Quiero un perro!*, chilla. Sonia siente un hueco en el pecho, la necesidad repentina de rasgar o romper algo. Sale de la habitación sin decir nada. No, piensa. Una familia no. Son un lastre. Un escollo. Un freno. Una jaula. Piensa también en Knut y en sus palabras sobre Verdú.

Escapar de la jaula.

Oye cantar a la abuela lenta, desafinadamente, su voz casi inaudible entremezclada con el traqueteo insistente y rítmico de un martillo neumático en la calle. Baja corriendo las escaleras. Se detiene en el portal, mira hacia el suelo, observa sus viejas zapatillas. El martillo neumático se frena también unos segundos, luego continúa, un ruido más fuerte aún que antes, como redoblado por la rabia. Sonia sale a la calle, mira al hombre taladrando la acera. Parece concentrado en su tarea. Está sin camiseta. El sol le da de lleno en la espalda. Suda.

Mientras lo mira, se va apaciguando poco a poco.

Sube de nuevo a su casa; arrastra los pies por los peldaños. Uno, dos, tres. Los va contando. Cuarenta y cuatro. Cuarenta y cinco. Cuarenta y seis, y ya.

Ni siquiera sabe por qué sigue escribiéndole, pero lo hace. De hecho, se excusa por haber tardado tanto en contestar. Sí, está el desánimo instalado tras sus últimas palabras, que ella considera un ataque injustificado. Muchas veces tiene la sensación de que bromea. Su afirmación de que le preocupa más la suciedad en las calles que las armas nucleares, ¿va en serio? Cuando se expresa así, ella no sabe qué decir. Pero no es sólo eso. Es que... ¿de qué hablar ahora? Ya sabe lo que piensa de su historia con Verdú. Y de libros, bueno, no es el momento. Quizá le defraude, pero últimamente no lee ni escribe. Con tantas novedades en su vida, apenas saca un hueco. Así que ¿para qué seguir escribiéndose? ¿Por qué no dejarlo, al menos por un tiempo?

Su carta ocupa apenas media carilla. Se despide con sequedad.

¿Por qué dejarlo?, responde Knut. *Yo no quiero dejarlo. Lo que me gustaría es comprender la razón de tus contradicciones. Por más que lo pienso, te juro que no llego. No es que le defraude su actitud —defraudar no es*

la palabra—, sino que no entiende por qué la falta de tiempo. La única novedad en su vida, según ella misma admite, ha sido la aparición de Verdú. *No me hables ahora de tu madre, de tu abuela o de tu trabajo. Lo demás es igual que era antes.* Y si va más allá, dice, ni siquiera Verdú supone un cambio, porque antes que él estuvieron otros. El caso es que ni lee ni escribe. Ha pasado al estado de aquellos que creen que la literatura es un entretenimiento prescindible que no merece la pena cuando surgen otras cosas mejores en la vida. *A Verdú también le parecerá un hobby más, ¿no?*

Y no, él nunca bromea. Cuando le dice que la suciedad le atormenta, es totalmente cierto. Se figura que ese horror está relacionado con el fin de la carne y de lo material, o con algún tipo suyo de neurosis. Desde niño tiene la costumbre de mirarse las suelas de los zapatos a cada momento. En los restaurantes inspecciona a fondo los cubiertos antes de utilizarlos y se levanta a lavarse las manos al menos dos o tres veces en mitad de la comida, y también al acabar. A menudo tiene pesadillas con retretes atascados y desbordados. La otra noche también había soñado que limpiaba bajo la cama trozos de hierro, papeles húmedos y fragmentos de rebaba. Casi podía sentir un áspero polvillo metálico que le quemaba la garganta. Se despertó tosiendo y con arcadas. La suciedad

le perturba de forma casi metafísica. Cuando pasa por algún sitio con frecuencia y ve que nadie lo ha limpiado, siente que la vida no vale nada. *Las armas químicas me traen sin cuidado. Pero cada vez que me encuentro restos de basura allí donde no debieran estar, no puedo menos que pensar en el fin de nuestra existencia.*

Sonia se marcha unos días a París con Verdú. Cuando regresa, vuelve a escribir a Knut sumariamente, como si tuviese la obligación de informarle de las novedades. Le explica que ha decidido casarse. Por qué no, razona: será una boda modesta, ellos no pretenden mucho más. También el viaje ha sido modesto. Durmieron en una pensión de las afueras y se mantuvieron a base de kebabs. *Gracias a dios, sentarse junto al Sena era gratis, añade. Y luego: No quiero que lo tomes a mal, pero para mí empieza una nueva vida.*

En su respuesta, Knut se mofa de su viaje. La caligrafía parece esta vez más apresurada, con trazos picudos, nerviosos, fuertes, que han dejado marcas en el papel. Él, dice, prefiere no moverse de su barrio de Cárdenas antes que visitar París de esa manera. *Tú sabes, aunque no lo quieras reconocer, que ir allí para terminar comiendo kebabs frente al Sena es ridículo, aunque creas*

que mientras masticabas el cordero te llegaba algo parecido a L'Air du Temps que, como todo el mundo sabe, es la fragancia que recorre las calles allí. También supongo que en la Fnac parisina te sentías más culta y que, a tu modesto entender, los croissants de cualquier café de París son diferentes a los del resto del universo. ¡No me seas cateta!

Deduce que, con tanto ajetreo, sigue sin escribir. *¿No llevabas una Moleskine, como hace ahora todo el mundo, para ir recogiendo fragmentos de inspiración? Es una verdadera lástima que pierdas el tiempo así, tomando tan alegremente la ruta hacia la nada. Pero él no va a desfallecer por eso. Recientemente le ha adquirido el volumen de los cuentos completos de Cheever, así como tres de sus novelas, que acaban de ser reeditadas. Dentro de unos días irá a la estafeta a enviárselo todo, junto con un par de discos. Si no es mucho esfuerzo para ti, dime por sms si hay algo más que te interese para rellenar el paquete. Concluye sin despedidas. Sin firma. Sin cierre.*

Mira por la ventana de su habitación. En mitad de la calle dos perros ladran furiosos, agarrados por sus dueños respectivos, que tironean con esfuerzo de las correas. Los ladridos retumban en el aire, altos y agudos. Sonia

observa a una viejita que cruza entre ellos con indiferencia, muy despacio, arrastrando sus alpargatas y un desvencijado carro de la compra. Pasa y los perros, al verla, enmudecen. Los dueños se relajan, vuelven a tomar las riendas de la situación, se marchan en direcciones opuestas.

Sobre su mesa se extienden varios folletos de agencias de viaje. La costa norte, pueblos encantadores enclavados entre el mar y la sierra, casas de madera, naturaleza. Demasiadas cosas todavía por hacer, piensa. Cierra la ventana, coge el teléfono y marca un número con lentitud, dubitativa, cotejándolo con el que hay escrito en un impreso. Le atiende un funcionario con un acento norteño muy marcado.

Faltan aún las partidas de nacimiento, usted dirá.

Sonia balbucea. *Van de camino, dice.*

¿Y la documentación de los testigos?

Eso tampoco tardará mucho.

El funcionario arranca a reír —o a toser— al otro lado.

La verdad, le pregunto, ¿qué saca usted casándose tan lejos?

Sonia no dice nada. Agradece la atención y se despide. Llama luego al hostel y finalmente a una amiga.

... no, no, algo sencillo... una celebración civil... dos

testigos elegidos al azar... no, no, sin trajes, sin familia, sin gastos, un solo fin de semana... ¡atrácarnos de marisco nosotros dos solos!... ¿mi madre?... no, nada, aún nada... sí, sobre todo Lucas... claro que me echará de menos... luego, vuelta a casa... claro, sin duda... una nueva vida... deseando...

Últimamente le gusta repetir esa expresión. Se la dice a todo el mundo que puede, como buscando aprobación o consentimiento: *una nueva vida*. En ella se turnan ahora la culpabilidad y el ansia. Siente que las paredes de la casa se están comiendo poco a poco sus días.

La última carta de Knut ha quedado olvidada bajo la montaña de folletos. No es ahora una preocupación para ella.

Empiezan las llamadas. La primera vez sucede por la noche. Sonia está desvelada cuando siente el teléfono vibrar en la mesilla. Mira la pantalla con estupor, su nombre parpadeante entre la oscuridad del cuarto, y lo deja sonar una y otra vez hasta que él se cansa. Luego recibe un mensaje. Le pide que lo llame. Se lo pide por favor, con urgencia. Sonia no lo hace. Hay dos o tres llamadas más en los siguientes días, varios mensajes —en tonos que van de lo suplicante a lo agresivo— que

tampoco contesta. Después, un silencio de varios días hasta que le llega uno más, cuando está sentada en su mesa del archivo.

Quedó pendiente el envío de los libros. No me dijiste si querías algo más, así que te enviaré lo que tengo. No puedo estar guardándotelo hasta que a ti te plazca responderme.

Sonia se queda pensativa. Le zumban los oídos. Es el estrés, se dice. Dos días más y se marcha de casa. Todo es apresurado y conflictivo. ¿Por qué tiene que ser siempre así?, se pregunta. Agarra su teléfono. Lo mira fijamente antes de teclear con rapidez. *¿Por qué no me dejas en paz?*, escribe. Levanta la cabeza. Hay un rumor como de insectos alrededor. Alas de insecto chamuscándose en algún lado. Frunce el ceño. Trata de averiguar de dónde procede el sonido. Su compañera la mira con una media sonrisa displicente. Ella lee lo escrito. Borra y cambia. *¿Por qué quieres seguir enviándome regalos?* Con el pulgar en alto, flexionado, nota que el rumor continúa, quizá ahora más veloz que antes. *¿Oyes eso?*, pregunta a su compañera. *¿El qué?*, dice la otra. Nada. Nada. Borra de nuevo lo escrito. No debe preguntarle nada. Si le pregunta está perdida: habrá una respuesta con una nueva pregunta, y vuelta a empezar. No. Debe dar una orden. Tajante, clara. *No me envíes nada. No quiero nada.* Ahora

sí. Envía el mensaje. El ruido ha cesado.

Knut la llama de inmediato. La llama tres veces, insistentemente. Ella lo coge a la tercera y se sale al pasillo para poder hablar. Le sorprende la discordancia, la aspereza de su voz. El tono alterado. Torrencial, imparable, con un sutil trasfondo femenino. ¿Está gritando? Quizá es su timbre habitual. Habla fuerte, sí. Y parece nervioso. Muy nervioso. *Desagradecida*, la llama. Ella despega el oído del teléfono. Se aleja un poco más, pasillo abajo. Él continúa hablando sin tomar aliento. ¿Por qué lo trata así? ¿Qué ha hecho él para que lo desprecie de esa forma? ¿Negarse a recibir sus envíos es la manera de hacerle ver cuánto lo odia?

Ella consigue interrumpirle, también a gritos. No, dice. Tiene libros de sobra, más música de la que puede escuchar en muchos meses. Hasta tiene perfumes para largo —sobre todo, aunque eso se lo calla, porque no los ha estado utilizando—. *Está muy claro que no nos entendemos. No vamos a entendernos nunca, ¿para qué seguir?* No quiere que se moleste más por ella, no quiere que pierda más tiempo en agasajarla, ni que se arriesgue a que lo lleven al *cuartelillo* por algo que ni siquiera le ha pedido.

Pero ¿qué más te da a ti?, insiste él. *¿No te importa humillarme cuando no me coges el teléfono y ahora te*

preocupa que me pillen robando?

Siempre ese tono inquisitivo, piensa Sonia. En las cartas y también, ahora, por teléfono. Avanzando siempre a través de la interrogación. La inflexión de la voz que se adapta a ellas, subiendo y bajando por sus curvas, chirriante, inarmónica. ¿Por qué no se están entendiendo? ¿A qué se refiere con eso? ¿Podría explicárselo con más detalle? ¿Disentir en algún asunto —el de las manifestaciones contra la guerra, los kebabs, o lo que sea — es motivo suficiente para olvidarse de una relación que alcanza ya casi los tres años? ¿Ésa es su idea del pacifismo, del consenso y del diálogo? ¿Él no significa nada para ella? Claro, está Verdú, ha habido y habrá otros, pero ¿con cuántos se ha escrito como con él? ¿Y qué ventaja le supone prescindir de los envíos? ¿Se cree más decente, más honesta, por eso? ¿O es una cuestión de orgullo? ¿De verdad no quiere los libros de Cheever? No puede entender qué gana rechazándolos. Si no tiene tiempo, no tiene por qué leerlos ahora. Puede guardarlos y hacerlo más adelante.

Al fondo del pasillo un compañero de departamento está mirando a Sonia con curiosidad. Para esquivarlo, ella se aleja hacia un recodo y baja la escalera. Cuando vuelve a estar sola coge aliento y responde tajante. *El día en que quiera leer esos libros, dice, ya los compraré yo. Es mi*

última palabra. Knut se detiene unos segundos, da la impresión de estar reflexionando. Ella oye la agitación de su respiración al otro lado. *¿Y no has pensado en comprármelos a mí?*, dice finalmente. *Me parecería una estupidez que te gastases tanto dinero. Si no aceptar el regalo te hace sentirte más digna, te los vendo por la mitad de precio.*

Sonia resopla. *¿No entenderá nunca lo que le está diciendo? ¿No se da cuenta de que está molestándola?*

Knut ríe. Una risa entrecortada, casi un grito. Lo que faltaba, dice. *Así que ahora soy un acosador, poco menos que te estoy hostigando. ¿Eso es de verdad lo que te parezco?*

Sonia cuelga. Le tiemblan las manos. Vuelve a su mesa, desconecta el teléfono y lo deja a un lado, sin mirarlo. Su compañera le señala el suelo. *Tenías razón,* le dice. *Era un bicho que estaba achicharrándose dentro de la lámpara.* Sobre el enlosado, un saltamontes se retuerce lentamente. Reseco, moribundo.

Sonia se levanta, lo pisotea sin asco.

Pobrecillo, murmura.

Mira el paisaje por la ventanilla, los campos hostigados por la sequía, la reverberación del sol en la

autopista, el ritmo que pautan los postes de telefonía, el norte acercándose con lentitud, desvelando quizá que no es más que otro espejismo, la línea de un futuro inalcanzable. Sonia tiene un regusto amargo en la boca. Se recorre los dientes con la lengua, pensativa, una y otra vez.

¿Es eso lo correcto?, se pregunta.

Cuando están parados en una estación de peaje, el teléfono suena. Verdú está ocupado con el cambio y ella cree que no se da cuenta. Silencia el móvil. Verdú la mira después con expresión interrogante. Ella se encoge de hombros.

Nunca lo cojo si no conozco el número. Siempre es publicidad.

Entre medias, la nueva casa, la ruptura —sorpresa de la madre, el sangrante pecado del abandono, *qué falta de confianza, Sonia, debiste decírmelo antes*—, una mudanza corta interrumpida por llamadas que se repiten durante días y días, hasta que Knut acaba desistiendo. Pero apenas una semana después de contratar una línea de teléfono fijo, cuando Verdú y ella están echando su primera siesta, recibe otra más, la última, esta vez sí la última.

Escucha, dice ella. Me has interrumpido. Estaba follando con él, ¿entiendes? En pleno lío, ¿me oyes? ¿Eres capaz de imaginarlo? ¿No? Bueno, pues imagínalo. Es lo que pasa cuando se llama a estas horas a un teléfono que nadie te ha dado. Así que no vuelvas a llamarme de aquí en adelante. Nunca. Nunca. ¡No te atrevas a hacerlo!

Sonia está sola cuando llega el cartero. El paquete pesa más de veinte kilos. Está envuelto en algo similar a un papel de regalo. Al acercarse, ve que son fotocopias de un montaje en el que se reproduce en mosaico el rostro de un hombre mayor, canoso, de piel abotargada y con grandes bolsas bajo los ojos. Decenas de caritas de este hombre repetidas una y otra vez, y las consabidas etiquetas escritas en mayúsculas, pero esta vez con la dirección de su nueva casa, que él también ha debido de conseguir a través de la guía telefónica. El cartero le extiende el justificante de recibo.

Vaya regalito, chica. Me acabo de deslomar subiéndolo.

Sonia le da las gracias, firma y arrastra el paquete con esfuerzo hasta el salón. Destroza los precintos con unas tijeras de cocina. Lo primero que encuentra, colocado

sobre todo lo demás, son los libros de Cheever. Bajo ellos, otro montón de libros, varios diccionarios, algunos cds. También manuales de aprendizaje de la escritura — *Cómo escribir cuentos, La técnica del relato, Todos llevamos dentro a un escritor*—, un tratado de ornitología, dos frascos de perfume. Al fondo, una pequeña nota manuscrita: *Te juro que es lo último. Son 14,50 euros de gastos de envío. Lo de los pajaritos, si me lo permites, es un pequeño obsequio para el amigo Verdú.* Sonia mira su precio. 85 euros. Láminas a todo color, de gran formato. Un buen regalo. Una pesada broma de humor negro.

Se apresura a guardarlo todo. Algunos libros más no se van a notar demasiado. En las nuevas estanterías del comedor aún hay bastantes huecos. Los cds también ocupan poco. Pero esos diccionarios tan voluminosos van a ser un problema. Los mete en una bolsa de deporte al fondo de un armario, junto con los perfumes. ¿Y el embalaje? Tiene que darse prisa. Con las tijeras corta la caja en pedazos y baja al contenedor a tirarlos. En el último momento se queda mirando el papel del envoltorio. Arranca un pedazo y se lo guarda en el bolsillo.

Durante la comida se lo muestra a Verdú, que lo inspecciona detenidamente unos segundos.

Me suena mucho, dice al fin. Mastica con lentitud,

pensativo. La mirada se le ilumina de pronto. *¡Ya lo sé! Éste es el tipo de El Corte Inglés. Isidoro Álvarez. El dueño o el director general de la empresa. Mira qué cara de bruto tiene. Con esa cara y multimillonario.*

Sonia sonríe.

¿Por qué lo tienes?

Ella se sobresalta. *¿Qué?*

Por qué tienes esa foto.

Ah, no, por nada, vacila. Encontró el recorte en la calle, le dice. Le llamó la atención, simplemente.

Los dos se quedan mirando el pedazo de papel sobre la mesa. Verdú suelta una carcajada.

¿Te llamó la atención? ¿A quién puede llamarle la atención algo así?

Sonia se encoge de hombros.

A mí. ¿Por qué no? Sonríe. Por cierto, tengo un regalo para ti. Te lo daré en cuanto recojamos la mesa. Un libro de pájaros. Lo encontré muy barato. Es muy divulgativo, pero creo que te puede gustar.

Él le acaricia una mano. *Seguro que sí, dice. Y la besa.*

4. PERRO

Entonces, no me hiciste caso cuando te aconsejé, ¿no? Entrecierra los ojos con severidad. Seguiste escribiéndole y él te siguió enviando cosas.

Sonia sonrío para sí y asiente lentamente. Hace un gesto con el brazo abarcando las estanterías.

Gran parte de estos libros y estos discos. Baja la voz. Casi todos, en realidad. Es imposible no acordarse de él. En cualquier lugar donde ponga la vista hay un regalo suyo.

Se levanta y saca un tomo de una de las baldas.

Fíjate. Una edición bilingüe. Con láminas. Una edición seriada. Solamente esto ya cuesta más de cien euros.

¿Y para qué lo necesitas? ¿Lo has leído acaso?

Ella devuelve el libro a su sitio.

No. Ni siquiera he llegado a abrir muchos de los libros. Y no estoy segura de que los vaya a leer nunca.

¿Por qué los aceptabas entonces?

Sonia contesta atropelladamente, alternando silencios, titubeos, miradas perdidas.

Yo no se los pedía. Alguna vez sí, aisladamente, al principio. Pero enseguida él empezó a mandarme títulos según sus intereses, como siguiendo un plan determinado. Lo que él pensaba que yo debía leer. Igual que los discos. Lo que a él le parecía que debía escuchar. Después había que comentarlo todo. A veces teníamos conversaciones muy interesantes. Aprendí cosas de él. Aseguraba que yo tenía talento literario. Que si quisiera, si me pusiera a ello en serio, podría sacar algo bueno de mí. Y también decía que estaba orgulloso de ser el primero en verlo. Pero otras veces, la mayoría, escribirle se convertía en una obligación. Un engorro. Porque era tan... Vacila, mueve los labios en silencio, buscando la palabra. Exhaustivo. Eso es. Tan exhaustivo. Con él había que analizarlo todo al detalle. No podías dejarte llevar simplemente por una impresión: siempre debías profundizar en ella, racionalizarlo todo, explicarlo todo. Se molestaba si no seguías su ritmo. No lo decía directamente, pero de algún modo te hacía ver su decepción. Cuando todo parecía que marchaba bien entre nosotros, le surgía la necesidad de presionar, de probarme e incluso de violentarme, hasta que yo terminaba cansándome y poniendo distancia. Después me

sentía culpable y regresaba.

Pero no has respondido. ¿Por qué aceptabas los regalos si no te interesaban a ti? ¿Qué sentido tenían?

Sonia vuelve al sofá, flexiona los brazos hacia atrás y recuesta la cabeza sobre ellos, pensativa.

No sé. En parte, supongo, por no defraudarlo, por no hacerle daño. Lo veía tan ilusionado mandándomelos... Cómo iba a rechazárselos. Hubiese sido cruel. Y otro motivo es... Se detiene unos instantes. La vanidad. Es tentador sentirse el centro de atención de alguien hasta ese extremo. Imagina que un tipo te regala todo eso sin que tú se lo pidas. Sin exigirte nada a cambio. Porque sí. Simplemente porque quiere halagarte. Porque se lo aceptas. Eso es: simplemente porque estás ahí para recibirlo.

Puf, Sonia, yo no entiendo nada, de verdad... Yo nunca dejaría que nadie...

Baja la voz y mira de reojo al niño que, arrodillado en una esquina del salón, levanta una torre con piezas de madera.

Eran cosas robadas, Sonia. ¿Te daba igual eso?

Ella se encoge de hombros; apura su bebida.

Francamente, sí. No era un problema que yo me plantease. Él no robaba a nadie en su casa. No allanaba propiedades privadas exigiendo libros, no amenazaba

con navajas a desvalidas viejecitas para quitarles sus Prousts y sus James Joyces. Es ridículo verlo en esos términos. Él sólo entraba en grandes almacenes, en cadenas comerciales enormes. Eso no supone ni un mínimo rasguño para esas multinacionales. No le hacía daño a nadie.

Su amiga suspira.

¿Y de verdad se puede robar tanto, así como así, cada día?

Al parecer, sí.

¿No sería un enfermo? ¿Cómo se dice? ¿Un... cleptómano?

¡Claro que no! Por favor. No tiene nada que ver.

Las piezas forman un gran estrépito al caer. El niño se levanta y lloriquea. Corre hacia Sonia, se abraza a sus piernas.

Oh, vamos, vamos. Ella le acaricia la nuca. No pasa nada. Mamá te ayudará ahora a construir otra torre. Haremos juntos una mucho más alta, ¿verdad?

¿Ya ha cumplido dos años?

El mes que viene. Pero ha crecido tanto...

Lo besa, le enjuga las lágrimas. El niño regresa a su esquina. Su amiga mira alrededor, parece fijar la atención en la lámpara del techo, que acumula ya varios dedos de polvo.

¿Nunca pensaste que quizá te mentía? ¿Que no eran artículos robados? A lo mejor era un tipo con mucho dinero, uno que se obsesionó contigo y compraba las cosas para ti.

Sonia se humedece los labios, agita la cabeza.

Eso es absurdo. ¿Por qué iba a decirme que robaba cosas que compraba? ¿Qué sentido tendría?

Pero, Sonia, es que nada tiene sentido. En realidad, piensa que... Es difícil creer que no te pidiera a cambio algo más que una simple foto de carnet. Pero si hasta te regaló perfumes...

¿Qué estás insinuando? Sonia eleva la voz. El niño se queda inmóvil, con una pieza a medio colocar. Gira su cabecita y la mira.

Eh, no te enfades. No insinúo nada. Sólo me sorprende. ¿Nunca te pidió quedar? ¿Nunca te propuso una cita? ¿Hablasteis por teléfono al menos? Ya sé, ya sé. Te estoy preguntando demasiadas cosas. Perdóname. Estoy desconcertada, eso es todo. Dices que ni siquiera lo viste en foto pero recibías sus cartas a diario. ¿De verdad no sentías curiosidad? Es todo tan raro...

No pasa nada. ¿Quieres otra copa? Esto va a ser largo de contar.

Mientras desmolda el hielo en la cocina, oye a su hijo tartamudear. Su amiga le está preguntando algo, pero es

incapaz de entender la respuesta. El pequeño se desespera, repite la misma frase cada vez más alto. Sonia respira con agitación. No quiere regresar aún. Da un sorbo a su copa y se asoma a la ventana del lavadero. En el patio interior distingue la enorme mole de pelo castaño.

Ehhh... Estás ahí... Pobre.

El perrazo alza la cabeza y clava en ella sus ojos húmedos y suplicantes. El sonido de su rabo golpeando el enlosado consigue que le arda la garganta.

Pobre..., ¿cómo pueden tenerte ahí metido?

El perro extiende sus pesadas patas hacia adelante, baja la cabeza, babea. Sonia lo observa. Sigue bebiendo y le susurra de vez en cuando. *Pobre, pobre.* Antes de volver al salón rellena su copa y cierra la ventana. Sentado ahora al lado de su amiga, el niño todavía está esforzándose en hacerse entender.

Te está diciendo que ayer hizo la torre más alta del mundo con su papá. ¿Verdad, cariño? Sonia coloca las dos copas en la mesa y se queda mirando el suave movimiento de los cubitos de hielo. *Anda, vuelve a tu juego.*

El niño corretea hacia su sitio, canturreando. Sonia se recuesta.

¿Crees que bebo demasiado?

¡Sonia! ¿A qué viene esa pregunta?

A veces lo pienso. No sé qué es «demasiado». No sé cuánto se supone que puedo beber. No sé si se puede beber lo mismo cuando vives sola o con alguien, cuando eres libre o tienes un trabajo estable y un niño pequeño al que cuidar. Muchas de mi edad... Tú misma... No sé. Agita la cabeza. Son vidas tan distintas.

La amiga ríe.

Te estás desviando del tema principal. Quieres darme largas, ¿verdad?

No, en absoluto. Te lo iba a contar. Pregúntame lo que quieras; te lo contaré todo. No tengo nada que ocultar.

Pero a Verdú no le has contado nada.

Claro que no. Si ni siquiera tú me entiendes, ¿acaso iba a hacerlo él? A nadie le resulta creíble. Pero sucedió. Sucedió de verdad. No lo he soñado.

Beben en silencio durante unos minutos. Su amiga la mira de reojo. Sonia se balancea levemente, casi sin darse cuenta. Se agarra el pulgar con un puño; con la otra mano tamborilea en el filo de su copa, rítmicamente. Al cabo de un rato comienza a hablar, arrastrando las palabras con pesadez. Su voz flaquea, se quiebra.

Tenía un cerebro extraordinario. No le quedaba otra que comportarse así. Estaba fuera de toda norma. Eso es lo que pienso. De verdad que lo pienso. Actuaba así

porque necesitaba salir de la vulgaridad. Imagínate: nacer con ese cerebro y no tener más que eso. Tu cerebro y todo alrededor es vulgaridad. No te queda otra que rechazarlo todo, minarlo desde dentro, destruirlo. Hasta rechazaba su nombre, un nombre normal, como el que tienen, no sé..., ¿millones de personas? Se hacía llamar de otro modo, ¿te lo expliqué?

Carraspea antes de continuar. Deja la copa vacía a un lado y habla con la mirada hueca.

Knut Hamsun. Un escritor noruego de la primera mitad del xx. Uno que quedó relegado porque apoyó a los nazis. A él no le gustaba especialmente. No al menos que yo sepa. Nunca me habló de sus libros. Nunca me explicó por qué escogió su nombre. Quizá porque era un maldito, una figura considerada durante mucho tiempo abominable, un outsider, un raro, yo qué sé. Le gustaba coquetear con estas cosas. Se juntaba con tipos indeseables. Él me lo contaba con todo detalle. Gente con juicios pendientes, gente que incluso había estado en la cárcel. Cocainómanos que se pagaban su dosis diaria vendiendo videojuegos robados. Adolescentes pillándose lo que podían, con sus gorras, sus pantalones de raperos, sus botes de aerosol. Y él, al lado de estos personajes, imagínalo. Trajeado, su ropa cara, los zapatos de marca. Le gustaba ir siempre bien vestido, incluso para ir a

robar una simple lata de conservas. Tan joven y hablando de escritores del XIX. Filosofando. Cuestionándolo todo. Teorizando sobre el individuo y el grupo, y la hipocresía social, y los chivos expiatorios, y Dios y el destino, la virginidad y el sexo. Solía decir que no hay placer comparable a pensar. Y no, no era petulante ni vanidoso. Era simplemente... exhaustivo.

Levanta la cabeza. Su amiga la está escuchando atentamente con los labios entreabiertos. En su esquina, el niño parece más concentrado que nunca en su juego.

Sí, sé lo que te estás preguntando. Lo de siempre. Cómo sé que era quien decía ser. Cómo sé que era de mi edad, por ejemplo. Por qué me lo creía todo de él si nunca llegué a verlo. Pero en serio, te digo: verlo o no verlo era lo de menos. Una cara, o un cuerpo, ¿qué más da? Me cuesta darle consistencia de persona real. Más bien lo sentía como un personaje; yo misma actuaba como un personaje. Creía en lo que me decía como se cree en lo que dice un personaje, en otro plano diferente al de la vida... Y yo misma lo prefería así. Haberle visto hubiese roto buena parte de mi fascinación. No creo que me entiendas...

El ruido de la llave en la puerta interrumpe el monólogo. Se sobresalta un poco, parpadea.

Oh, ya estás aquí. Se encamina hacia la puerta. *Hola,*

cielo.

Verdú suelta la mochila a un lado, la besa y saluda a la amiga. Luego coge al pequeño en brazos, lo voltea sin dejar de reír. Las mujeres observan el espectáculo en silencio.

Voy a cambiarme. Ahora estoy con vosotras. Guiña un ojo. ¡Yo también quiero una copa!

Sonia lo mira alejarse por el pasillo. Un extraño, piensa. Últimamente le sobreviene esa expresión cuando lo ve caminando de espaldas. Los hombros caídos, la espalda ancha y encorvada, su paso ceremonioso y lento: *un extraño*. El niño trota tras él alegremente. Sonia sacude la cabeza y continúa.

No hay mucho más que contar. Creo que el movimiento natural de todo esto era crecer, ir hacia algún lado, ¿pero adónde? Él seguía sin pedirme nada, sólo mi atención. Hasta que empezó a ser excesivo incluso para mí. Me faltaba energía para corresponderle. Se me quitaron las ganas de escribirle. Dejó de sorprenderme. Y me cansé. Me casé y me cansé. Ríe con tristeza.

Lo echas de menos, ¿verdad?

La pregunta se queda flotando unos instantes entre ellas. Sonia frunce las cejas y exclama:

¿Echar de menos? ¡Claro que no! ¡Qué tonterías

estás diciendo!

5. CUATRO MESES DESPUÉS

No me considero inocente. ¿Cómo iba a poder serlo? La senda del conocimiento es la senda de la corrupción espiritual desde el día en que se mordió la manzana. La simple práctica de pensar ya conlleva una caída en esa corrupción. ¿Se es más puro sólo por no hacer lo que sí se ha pensado? Cualquiera que piense con cierta profundidad está expuesto a desazonarse.

Un clic de ratón. *Enviar mensaje*. Lo ha escrito impulsivamente, antes de empezar con ningún otro asunto. En sus nuevas oficinas la gente tiene la costumbre de merodear entre las mesas; no hay tanta intimidad como había en el archivo. Es mucho mejor hacer este tipo de cosas muy temprano o muy tarde, cuando los demás aún no han llegado o ya están recogiendo. Ella siempre remolonea un poco antes de irse; no está bien que se marche de las primeras. Ahora tiene responsabilidades. Sobre su escritorio se amontona el trabajo: expedientes, certificaciones, cartas. Todos los documentos carecen de importancia; sólo cuenta el hecho de tenerlos ahí, acumulados. Una foto de su hijo sonriendo a la cámara es toda la concesión que puede permitirse ante sus compañeros. Coge el marco, mira la imagen con detenimiento. Cuando se tomó, el niño sólo tenía los dos

dientecillos de abajo. La barbilla húmeda, los ojos fruncidos, rientes. Ella era feliz en aquel tiempo. Se acuerda perfectamente. Habían ido a pasar un fin de semana a la playa. Sentaron al niño en la orilla y cada vez que le llegaba el borde de las olas, calmadas y frescas, se estremecía suavemente, sin miedo. Todo era nuevo entonces. Pero ahora la novedad pasó. Eso es todo. La novedad pasó, se repite. Se retuerce las manos y vuelve a la carpeta de enviados. Relee el texto que acaba de mandar.

Hoy me he acordado de ti. Debo reconocer que me acuerdo de ti con frecuencia. Durante todo este tiempo me he preguntado cómo estabas, qué estarías haciendo. También me preguntaba si pensabas en mí, en nosotros, y en lo que nos pasó. Yo guardo buenos recuerdos. Éramos incompatibles, pero tuvimos momentos luminosos. Últimamente he escrito más relatos. Pensé que te gustaría saberlo.

Soy el mismo que era, dice él, no he cambiado. Al leerlo, Sonia se contagia de la misma sensación, como si los más de tres años sin contacto hubiesen transcurrido en una sola tarde. La única diferencia es que en todo ese tiempo Knut ha estado saliendo con muchas mujeres.

Sonia se siente desilusionada. ¿Qué clase de mujeres?, pregunta. Muchas que ha conocido en internet, casi todas mayores que él; mujeres de todo tipo y toda condición. *Sí, soy un gran amante*, ironiza. Ella piensa que ha perdido inocencia. ¿Dónde quedó aquel rechazo visceral del sexo? ¿No le resulta frío conocer gente así? Knut se muestra asombrado. ¿Por qué iba a ser más frío entablar una relación con alguien a quien se conoce en internet que, por poner un ejemplo, tras un encuentro casual en una manifestación pacifista? ¿No son el azar y el riesgo los mismos?

De lo que pasó entre ambos no se habla. Ni un reproche siquiera. Él se confiesa feliz por el reencuentro, mucho mejor ahora que ella tiene otra vez acceso a internet. Las cartas postales tenían su encanto, dice, aunque tardaban demasiado, los distanciaban. Pero ¿qué ha sido de ella? ¿Cambió de trabajo? ¿Sigue con Verdú? Ahora escribe, sí, pero ¿qué ha estado leyendo en los últimos tiempos? ¿Le mandaría a él algunos de sus relatos? Nada le gustaría más que leerlos.

Sonia le muestra sus reservas. Sabe que es un juez implacable. Su opinión puede ser determinante, le dice. Precisamente por eso, responde él, ¿no querrá conocerla? ¿No cree que es a través de la crítica más dura como un escritor crece y se curte? Si ella le manda lo que ha

escrito, él le enviará más libros a cambio. Hace meses que le tiene guardada una antología de escritores norteamericanos que es excelente. La *adquirió* en cuanto se puso a la venta, sabiendo que tarde o temprano tendría de nuevo la posibilidad de regalársela. Pilló dos, una para él y otra para ella, de modo que pueden comentar juntos los relatos a medida que los lean. Además, tiene los cuentos completos de Bellow, de Nabokov, de Faulkner, de Dinesen. Puede mandárselos si quiere. Los cogió también para ella, cuando los encontraba a mano durante sus incursiones. *Espero que no te moleste, dice. No podía evitar pensar en ti y confiar en poder regalártelos algún día. Además de una compensación por todo lo ocurrido, será un intercambio justo. Tanto nosotros como la literatura saldremos beneficiados.*

Entonces, durante todo este tiempo, pregunta Sonia, ¿ha seguido robando?

A Knut le hace mucha gracia su pregunta. Todo el mundo considera que robar es una actividad transitoria, propia de adolescentes o de quien no ha encontrado aún su camino en la vida. Le sorprende que Sonia también lo vea así. ¿Por qué iba él a dejar de hacer lo que ha estado haciendo durante años? ¿Únicamente por cumplir más años?

Robar, razona, ofrece más beneficios que perjuicios.

Beneficios tanto directos —en tu caso o en el de otros que lo merecían infinitamente menos que tú— como indirectos —el mullido colchón de Isidoro, y los que son como Isidoro, ayuda a la magnanimidad—. Y no perjudica a nadie. Todo eso son hechos objetivos, dice, irrefutables. Sin embargo, no convencen al prójimo. El robo supone siempre la marginación dentro de la comunidad. A esas alturas, él prefiere decir que roba porque Greta Garbo también robaba, y preguntarle a su interlocutor si él se considera mejor que Greta Garbo. Alguno hay que me dice que si Greta Garbo se tirara a un pozo... y yo siempre digo que ella nunca se hubiera tirado a un pozo habiendo otras cosas mejores que hacer... como por ejemplo robar.

¿Y el asunto de los envíos? ¿Le ha contado él a las mujeres con las que trata ahora los intercambios que tenía con ella? ¿Les hace también regalos similares? Knut admite que sí. De vez en cuando, dice. Dvds, videojuegos y perfumes, fundamentalmente. Ya lo hacía antes y seguirá haciéndolo mientras pueda. *Aunque como contigo... no.* Conoció a una de otra ciudad a la que también le mandaba libros por correo. No tantos como a Sonia, pero sí bastantes. Ella misma le indicaba los títulos que le apetecía leer. Confiesa que era una mujer muy atractiva, razón que lo mantuvo enganchado algún

tiempo. Pero luego sus fuerzas habían decrecido. Sencillamente, dejó de encontrar los ánimos suficientes para patearse los centros comerciales de Cárdenas buscando lo que ella le pedía. Lo acabaron dejando. *Todo era muy diferente. ¡Pero si hasta perdí dinero!* Ella nunca terminó de creérselo. Pensaba que Knut era librero o periodista y que le enviaba los ejemplares de promoción, adornando todo aquello con historias sobre robos. *Como si robar fuese algo heroico*, dice. Knut piensa que pidiéndole títulos concretos estaba tratando de ponerlo a prueba.

No, la gente no lo comprende, y las mujeres todavía menos que los hombres. Recientemente había tenido una discusión con una francesa, una profesora divorciada bastante mayor que ellos. Habían quedado directamente en el hotel. Estuvo bien, dice, aunque le había costado *hacerlo*. Tuvieron que dejarlo a la mitad y luego proseguir a media noche. La francesa insistía en que no pasaba nada. «*¡Ya sé que no pasa nada!*», decía él, aunque su ansiedad crecía. Ella había pagado el hotel y él quería compensarla por el gasto, así que le propuso que le esperara en alguna cafetería mientras le cogía uno o dos perfumes en El Corte Inglés. Ella se quedó muy sorprendida. «*Tienes un aspecto muy normal, nunca hubiera imaginado que te dedicas a “eso”*», le dijo. *No sé*

cómo se pensaría que hay que ir vestido para robar. El éxito se basa justamente en pasar desapercibido. Pero el grupo, que ha ideado un atuendo tipo para el «mangante», dicta sus normas mucho antes de que podamos reflexionar. La francesa había tratado de convencerlo de su error. Le dijo que sus argumentos a favor del robo eran los de un sofista. A ella robar le parecía mal porque a las injusticias no se las combate con más injusticias, porque hacer un regalo robado convierte en cómplice al que lo recibe, porque la dignidad no se cifra en lo material... Ese tipo de razonamientos, resume Knut. Se cansó de escucharla. Con todo, le había parecido una mujer inteligente. Si la hubieses visto..., tenía una elegancia que no encuentro en las mujeres de aquí. Toda una señora. Llevaba un vestido de Prada y se notaba que su lencería era carísima. Cuando le habló de Sonia y de sus intercambios, juzgó la historia con severidad. «No es aceptable», le dijo. «¿Bajo ninguna circunstancia?», insistió él. «No, en ningún caso.» En los tiempos en que ella era joven y tampoco tenía dinero para comprarse libros y discos, si alguien le hubiese propuesto algo parecido, jamás habría aceptado. ¿Acaso se lo ofrecieron?, pregunta Sonia desdeñosa. Es fácil opinar desde fuera.

Además, dice Knut, el suyo es un argumento

inconsistente. *Moralmente hablando, a lo largo de un día cualquiera de la vida, cualquiera de nosotros cae hasta simas mucho más indignas que las que entrañaban nuestros trueques de entonces. Es más, añade, a mí aquellos tratos siempre me parecieron muy bonitos.*

Sonia piensa lo mismo y se lo dice.

Finalmente le envía los relatos para que le dé su veredicto. En todos los casos, la respuesta de Knut es similar: alaba el conjunto, pero se ensaña con los detalles. Su análisis de cada frase, de cada palabra, es despiadado. La mayoría de las expresiones son imprecisas, o repetitivas, o pobres, o directamente sobran. Le pide que los reescriba de acuerdo con sus pautas. Las indicaciones que le da para ayudarla tienen más extensión que los propios relatos. Sonia discute, se deja invadir por el desánimo. Se da cuenta de que ha sido ella misma, por su propio pie, quien ha vuelto a enredarse en la maraña de sus pequeñas exigencias. ¿Por qué hay que mirarlo todo con una lente de aumento?, le pregunta. Así se pierde la perspectiva, se llega a la parálisis. Pero él es implacable. No, dice. Hay que perseverar, ser constante, como en todo en la vida. Sólo así se consigue sacar lo mejor de uno mismo. Cuando todos los argumentos se agotan, se lo

pide como un favor: ¿no lo va intentar por él? ¿Tanto trabajo le cuesta complacerle?

Aunque reescribir los relatos le parezca una tarea ímproba, larguísima, casi una operación de cirugía, el resultado va a notarse. Ojalá le dejara ayudarla. Él comentaría su labor a medida que la llevara a cabo, para que no decayese. Ella podría, por ejemplo, centrarse en una página cada día, enviársela y mientras él se la revisa, continuar con la siguiente. Luego volvería otra vez a la primera mientras él trabaja en la segunda. Avanzarían así, de dos en dos páginas cada vez. ¿Será capaz ella de seguir el ritmo? *Te ayudará también leer a Hemingway y a Perutz. La semana que viene iré a la estafeta y te mandaré varios libros suyos, junto con los que ya te había comentado. Si se te ocurren algunos más que quieras tener, dímelo. Me harás muy feliz aceptándolos.*

Ella le manda una foto actual, esta vez ya sacada con cámara digital, una imagen de buena calidad en la que aparece sentada al pie de un árbol, durante una de las excursiones campestres a las que Verdú es tan aficionado. A Sonia esa foto le recuerda la de su abuela en la manta: el mismo gesto, la flexión de las piernas, las manos entrelazadas sobre las rodillas, el pelo ondulado que cae

desordenadamente sobre los hombros. *Así soy ahora*, le dice a Knut. Él se fija en su ropa. Pantalón corto de deporte, una camiseta amplia y botas de montaña con calcetines gruesos. *No vas así normalmente, ¿no? Dime que es sólo porque estás en el campo...* Analiza la fotografía con minuciosidad. *Me detengo en tu sonrisa y me pregunto en qué estás pensando. Pareces distraída. También replegada en ti misma; apenas puede intuirse cómo es tu cuerpo. Disculpa la pregunta, pero ¿qué talla de sujetador usas?* Con las prendas que lleva apenas se le marca el pecho. Por otro lado, ha oído que, además de la medida del contorno, hay otra de la copa que se codifica con letras: A, B, C... ¿Cuál es la suya? A Sonia le desconcierta y halaga ese interés. Responde sin problemas: 90B. ¿Por qué quiere saberlo? Sólo por curiosidad, le dice Knut. La pregunta sobre su talla, o cualquier otra que le haga en relación con su intimidad, sus costumbres o su aspecto físico, no tienen más motivación que su irrefrenable entusiasmo por ella. *Todo lo que se refiera a ti me interesa. Y ahora que te he recuperado me siento más dispuesto a preguntarte.*

Quiere saber también su número de pie y su talla de ropa, y de ahí, en pocos días, pasa a otras cuestiones más privadas. Dado que él siempre tiene relaciones esporádicas, le dice, desconoce los pormenores de la vida

cotidiana. ¿Cómo es eso de dormir todas las noches con la misma persona? ¿Con qué frecuencia *lo hacen*? ¿Hay una progresión en sus prácticas, o todo es una mera repetición de sus comienzos? Como años atrás, sigue eludiendo las palabras que considera malsonantes. *Reconozco que soy un mojigato*, le dice, *pero en lo referente al sexo prefiero la represión y, a partir de ahí, la consiguiente perversidad.*

Sin embargo, una vez difuminado el lenguaje, él no parece tener inconveniente en hablar de sus escarceos. No hay alardes ni adornos. Le ofrece detalles con asepsia, sin ocultar el desapego o la sordidez de algunas escenas. *Siempre esa tristeza final*, dice, *de una añoranza vaga, o de una imagen. En ocasiones, cuando ya he saciado el impulso primero, siento como si pudiese ver tu rostro —o más exactamente, como si tu rostro se acercara hasta mí—, y pienso que es así como debería imaginarte siempre: a mi lado, mirándome.* A veces tiene problemas de impotencia. *Tengo que ejercitarme*, le explica. *Cuando voy a quedar con alguna, me masturbo antes pero sin alcanzar a c..., así varias veces, para llegar completamente cargado de tensión.* Así lo hacía con una mujer a la que estuvo viendo en las últimas semanas. Era una de cincuenta que vivía sola, directora de una oficina de banco, sin hijos. La visitaba en su dúplex de lujo en

una de las avenidas más caras de Cárdenas; quedaban dos o tres veces por semana. Después de *hacerlo* cenaban pizza y helado, y veían la televisión. Knut se encontraba cómodo en aquella casa; ella no le preguntaba nunca sobre su vida, ni siquiera tenían por qué hablar si no les apetecía. Pero un día, al despedirse, apoyada con indolencia en el marco de la puerta, ella le había anunciado que no lo vería nunca más. *Entonces me di cuenta de que iba a echar más en falta la pizza y el helado que f...*, le confiesa.

Sonia le pregunta cómo ha podido un moralista como él convertirse en alguien tan impasible. ¿No enfoca el sexo con una apatía que raya la crueldad? Pero Knut no ve contradicción en su actitud. *A mí lo que me gustaría es pasar totalmente*, dice. *El impulso del sexo termina siempre adquiriendo una raíz social detestable, formada por aprensiones morales, impulsos burgueses y la ausencia de ambiciones más intelectuales. Yo aspiro a dejarlo sólo en el impulso, sin revestirlo de nada más. ¿Eso es crueldad?* El alma, o la espiritualidad, o comoquiera que acuerden llamarlo, debería quedar fuera del sexo, intocada. *Detesto ese tono triturador con el que algunos hombres hablan de las mujeres, como si estuvieran en la guerra y, en nombre de la patria, presumiesen de haber matado a alguien, pero también*

odio esa visión del sexo como algo falsamente lúdico, un juego propio de la modernidad, como el rafting o el puenting. El sexo es tormento, dolor y soledad, una rémora animal de la que no se puede escapar. Además, por muchos disfraces que se le pongan, el sexo es... sexo.

Acuerdan que ella recoja el paquete directamente en la estafeta. Así podrá evitar que lo vean tanto Verdú como sus compañeros de trabajo. Knut le advierte que esta vez la caja es más grande y pesada de lo normal. *Ten en cuenta que hay libros que cogí para ti hace años. La mercancía se ha acumulado.*

Sonia llega apresurada. No se atreve a aparcar en doble fila: la simple idea de que otro coche pueda pitarle siempre le ha resultado intolerable. Mira el reloj mientras circula por las calles aledañas, vueltas y vueltas hasta encontrar un hueco. Luego tiene que hacer cola durante un buen rato. La mujer que va delante de ella se demora dando las instrucciones para un giro. Sonia la mira por detrás, apoyada en el mostrador, su cuerpo fofo, la melena larga y sin forma. Un giro postal. Sonia no comprende qué sentido tienen todavía los giros. ¿No es mucho más rápido hacer una transferencia por internet? Si la mujer no acaba pronto, va a tener que llamar a la guardería para

avisar. La ve oscilar su peso entre una pierna y la otra; la ve rascándose la nuca con desidia. Se impacienta. *¿Por qué sólo hay una cola?*, protesta un anciano tras ella. *Señor, ésta es la única oficina que abre a mediodía*, dice desde su mostrador una de las empleadas. La mujer del giro saca la cartera, paga, firma, se marcha taconeando al fin. Sonia se arrima al mostrador y entrega su dni. La empleada imprime un código, se dirige hacia la parte trasera y se queda parada un momento, inmóvil. Después rebusca entre los paquetes, dudosa. Sonia le habla de lejos. *Debe de ser un paquete más grande que éstos*, dice. La empleada no da señal de oírla. Desaparece tras una puertecilla al fondo y sale con otro empleado con uniforme distinto, quizá el encargado. Los dos murmuran entre sí, la miran con severidad, revuelven en torno a los sobres y las cajas. *¿Hay manera de que ellos sepan que eso que ha ido a buscar es robado?*, piensa Sonia de pronto. *¿Es eso lo que está pasando? ¿Van a avisar a alguien? ¿A la policía?* Siente una profunda presión en el pecho y comienzan a temblarle las manos. Los empleados siguen hurgando aquí y allá, moviendo paquetes e inspeccionando direcciones. De vez en cuando levantan la cabeza para mirarla a ella. El anciano continúa protestando. *¿Por qué no hay más gente atendiendo?*, grazna. Le temblequea la barbilla; con el bastón da golpes

en el suelo. Sonia se vuelve y se fija en sus puños azulados, marcados por las venas y las manchas. *Como huevos de codorniz*, piensa. Cuando mira otra vez hacia adelante, la empleada se está acercando hasta ella, tambaleándose por el peso de la caja que lleva entre los brazos. La coloca con esfuerzo sobre el mostrador y, con un gesto ambiguo, mira las etiquetas escritas en mayúsculas, con su caligrafía infantil y bien perfilada. Sonia firma el recibo y trata de levantar la caja. Pesa demasiado; los filos se le clavan en las muñecas. Se encamina con trabajo hacia la puerta. Está comenzando otra vez a llover. Ahora se arrepiente de haber aparcado tan lejos; no podrá llevar el paquete hasta el coche ella sola. Lo deja en el suelo, mira de nuevo el reloj. Un hombre menudo, con bigotito, fuma en el soportal de la entrada con los ojos entrecerrados. Ella le pide que le cuide el paquete mientras acerca el coche. *Claro, chica*, dice él, y la observa de arriba abajo con una media sonrisa. Luego la ayuda a meter la caja en el maletero. *¿Qué llevas aquí dentro, chica? ¿Un muerto, o dos?* Ríe. Sus dientes son menudos; tiene los labios finos y morados. Sonia ríe también, le da las gracias. La lluvia le ha mojado el pelo; lo siente pegado en sus mejillas. Se monta en el coche y arranca a toda prisa. Es tarde, es demasiado tarde, y sin embargo, dos manzanas más

adelante, se detiene —ahora sí— en doble fila, sale y abre el maletero bajo la lluvia que le está empapando ya la ropa y los zapatos.

El embalaje es firme, como siempre. No se puede abrir sin un cuchillo o sin una tijera, pero aun así Sonia mete las uñas, rasga un lateral, tira del cartón hasta hacer un agujero, lo agranda y consigue, con dificultad, romper una parte de la caja. Puede ver dentro libros, muchos libros, colocados entre hojas de periódico que amortiguan su peso y evitan que se dañen unos con otros. Pero hay algo más. Antes de verlo, Sonia ya es capaz de saberlo. Mete la mano y toca una bolsa de tela. La saca. La palpa unos segundos antes de abrirla. Ahí está. Justo su talla. Copa B, de tacto suave, con aros, negro y con detalles en color rojo sangre. De Calvin Klein. Lleva puesta la etiqueta del precio: 55 euros. Lo devuelve apresuradamente a la caja, sin guardarlo en la bolsa de tela, y regresa al interior del coche. Su móvil está sonando, pero ella ni siquiera lo oye. Arranca el motor y sonrío.

Me queda perfecto, le dice. ¿De verdad? Calvin Klein clasifica con el tallaje americano y él tuvo algunas dudas al cogerlo. Una 90B, le explica, es para ellos una 34B. Al

principio Knut no lo sabía. La equivalencia no venía claramente indicada en la etiqueta. Luego la vio en otra más pequeña, interior. Le había dado muchas vueltas antes de pillarlo, y eso que no tenía *clavo* —ese tipo de alarma de plástico con un depósito interior de tinta que mancha la prenda si a algún audaz se le ocurre romperla—. El sujetador debía de pertenecer a una remesa nueva y, por algún error incomprensible, estaba ahí colgado todavía sin alarma. Si se fija con atención, le dice, verá que en El Corte Inglés toda la ropa interior de mujer lleva *clavo*, desde la de Dim hasta la de Jennifer Lopez, pasando por la de Calvin Klein o Simone Pérèle. Toda excepto la de La Perla, a la que le ponen unas pegatinas plastificadas mucho más discretas.

¿Conoce Sonia esa marca de lencería, La Perla? Es italiana, sofisticadísima, bastante cara. Quizá consideran que el *clavo* afecta a la belleza de las prendas y es la misma empresa la que se niega a que se los coloquen. La Perla la fundó una tal Ada Masotti en Bolonia allá por los años cincuenta. Llamó así a la empresa porque al principio transportaban las prendas en pequeños cofres forrados de terciopelo rojo, como los maletines de los joyeros. *Fíjate qué delicadeza*, remarca Knut. *Probablemente la Masotti hizo bastante más por la liberación de la mujer que muchas feministas.*

Ese de Calvin Klein le había sido fácil de coger. Simplemente se cercioró de que los dependientes estaban entretenidos y de que las cámaras no lo vigilaban. *Como siempre, una cuestión de paciencia.* Cuando llegó el momento, cruzó rápidamente por la sección y, sin detenerse, lo echó a la bolsa. Con la misma velocidad enfiló la zona de los perfumes y bajó por las escaleras mecánicas. Ninguna cámara se movió. Junto a la puerta por la que salió, uno de seguridad bostezaba mirando en dirección contraria, y otro más, con el mismo uniforme rojo, mascaba chicle con desgana. *Como ves, muy sencillo, y eso que no llevaba chaqueta donde ocultarlo...*

¿De verdad le queda bien? ¿Realza su pecho? En la etiqueta indicaba que ese modelo, el «Naked Glamour», tiene efecto *push-up*. ¿Es así realmente? Pensaba tanto en ella cuando lo llevaba en su bolsa y bajaba las escaleras mecánicas... Pensaba en ella intensamente. Recordaba lo que ella le había dicho sobre el perro que tienen encerrado sus vecinos en el patio interior, y la imaginaba mirando al perro con tristeza. Recordaba también lo que le había contado años atrás, cuando accedió a que aquel profesor mucho mayor que ella la grabase en un vídeo. La imaginó por último reescribiendo sus relatos, esforzándose para vencer el sueño, en casa junto a su hijo al que acababa de dormir. Por todo eso, y por mucho más que sólo él sabe,

piensa que Sonia se merece ese sujetador, y todos los libros, y todos los regalos del mundo que él pueda hacerle. *De verdad, salí de allí contentísimo. Plenamente feliz. Por ti. Gracias a ti.*

¿No has pensado nunca dejarlo todo para dedicarte sólo a escribir?, le pregunta él un día. Ya sabe lo que opina sobre la vida familiar. La familia es incompatible con la escritura; esto no es una opinión, sino un hecho objetivo. Ella debería vivir sola, consagrar todo su tiempo —su libertad— a leer y escribir. Tampoco debería trabajar. Mientras no se desprenda de todas esas imposiciones burguesas, sus resultados siempre serán mediocres, o quedarán muy por debajo de su talento. Al principio Sonia cree que bromea. ¿Cómo va a ser eso posible? ¿Está loco? ¿De qué viviría ella? ¿Y su niño? ¿Cómo va a renunciar a él? Además —añade orgullosa— no quiere separarse de su marido. No ve por qué hay que ser tan drástico. ¿Acaso no hay escritores con familia? ¿Y no trabajaba Kafka también en una oficina, como tantos otros? No, no se está comparando con Kafka, pero igual que hay ejemplos de una cosa, los hay de la contraria.

Knut le asegura que habla completamente en serio. Le irrita que ella se lo tome tan a la ligera *Comprendo que la*

idea te resulte extraña, pero poco a poco irás viendo que no es tan difícil como crees. De hecho, es muy fácil, sólo hay que querer hacerlo. Pero eres demasiado perezosa y sólo te dejas guiar por tu instinto burgués. La drástica es ella: el hecho de vivir sola no significa que tenga que dejar de ver a su hijo o a Verdú. Puede ir a visitarlos de vez en cuando, por qué no. Lo que pasa es que ella, que presume de ser una mujer moderna e independiente, jamás se detiene a considerar los hechos desde otro ángulo. En el fondo, su actitud es muy conservadora. Seguro que para ti las madres han de cuidar a sus hijos de la misma manera que en la vida lo más importante son los amigos, los caballos comen alfalfa y el Volga desemboca en el mar Caspio, ¿no? Además, es curioso cómo te traiciona el lenguaje: siempre que quieres dar un tono victimista a tu discurso no dices «mi hijo», sino «mi niño»; no dices «Verdú», sino «mi marido».

Lo que a Sonia le hizo gracia al principio empieza ahora a molestarle. Sobre todo, le dice, le duele que la califique de perezosa y de aburguesada. ¿Qué sabe de ella en realidad? ¿Sabe que se levanta temprano para darle el desayuno a su hijo, lavarlo, vestirlo, llevarlo a la guardería, ir a trabajar, hacer la comida, cuidarlo hasta que llega «su marido» o «Verdú» o como él prefiera que lo llame, ir luego a visitar a su madre y ayudarla con la

abuela enferma y los hermanos, y más tarde, además, leer y tratar de escribir algo acorde con sus expectativas? *Ahora me dirás que mi tono es victimista, pero realmente me ofende la visión que tienes de mí. Instinto burgués, dices... Pero si eres tú quien se burlaba de mí por tomar kebabs, tú quien se vuelve loco con los restaurantes de lujo y se conoce todas las marcas de ropa, tú quien se jacta de vivir sin trabajar...*

Knut insiste en que ella no debería molestarse ni sentirse insultada: él se limita a describir las circunstancias con imparcialidad. ¿Acaso el trabajo y la familia no son los pilares del sistema burgués? ¿Por qué le da tanto miedo salirse del paraguas? Cuando le plantea esos interrogantes, asegura que no lo hace por provocar, sino para ayudarla. *Pero estás demasiado acostumbrada al halago. Me dices que estoy loco, que exagero las cosas. Pero cuando te explico, por ejemplo, lo que sentí al bajar por la escalera mecánica después de haber adquirido para ti ese sujetador, entonces no soy exagerado ni estoy loco. Te limitas a fingir timidez aunque, obviamente, te encanta oírme. De la misma manera deberías sentirte halagada cuando señalo tus errores, porque el impulso bajo el que actúo es exactamente el mismo: mi enorme amor por ti.*

Escapar del sistema burgués pasa en primer lugar por cambiar el paradigma de la propiedad. ¿A quién pertenecen los bienes? ¿Quién tiene derecho a poseerlos o incluso a exigir su posesión? Cuando Knut le relata sus robos, ella aparenta mostrar curiosidad, pero también, a veces, incredulidad. Dice que lo aprueba —o no dice nada—, pero él es consciente de que lo que le cuenta le es totalmente ajeno. ¿Podría aventurarse ella a robar, sólo por probar? El robo abre la mente más que cualquier otra experiencia. Por mucho que Sonia asegure que entiende sus principios, la única manera de saber que realmente la ha convencido sería que ella lo intentase, al menos una vez. Ésa sería también la vía más directa de acercamiento a él. ¿Quiere saber cómo es cualquiera de sus tardes? Pues que se meta en El Corte Inglés a robar libros. Y que luego le cuente lo que ha sentido. Sólo a partir de ahí podrán hablar de aburguesamiento, trabajo y libertad.

Sonia no lo hace en El Corte Inglés, sino en la Casa del Libro. No lo planifica. Sencillamente sale a buscar ropa para su hijo y, al pasar por delante de la librería, recuerda las palabras de Knut, siente el impulso de intentarlo y entra. Al principio, sólo coge los libros, los palpa con lentitud. Con un sencillo roce sobre la etiqueta puede notarse si hay alarma o no. Localiza una cámara en la esquina más alejada de la tienda. La ha visto al entrar,

pero ahora le da pánico mirarla. Siente que lleva la culpa escrita en el rostro mucho antes de haber cometido el pecado. ¿Desactivar alarmas? Knut le ha explicado cómo hacerlo, pero ni se lo plantea. Tendrá que escoger entre lo que está *limpio*. Empuja la sillita infantil hacia la sección de narrativa extranjera y rebusca un rato entre los tomos, fingiendo interés. Entresaca dos libros. Tobias Wolff, Peter Stamm. Knut le habló bien de los dos. ¿Le interesan a ella? Ni siquiera lee las contraportadas. Pasa el dedo sobre las etiquetas. Están lisas. ¿Y la alarma interior? ¿Llevarán esa horrible cinta magnética entre las páginas? No sería lo normal. Él le explicó que cada establecimiento utiliza un sistema en exclusiva. *Son libros, no joyas*, dijo. Con todo, hojea los dos tomos con cuidado. Amarrado a su silla, el niño patea impaciente. *Ya vamos, ya vamos*, susurra ella. Se agacha un poco y desliza el de Tobias Wolff en la bolsa que cuelga de la silla. Al levantar la cabeza ve a su lado a un hombre revolviendo entre los anaqueles, gordo, sudoroso, con la camisa arrugada en torno a un cinturón que le aprieta más de lo necesario. El hombre farfulla algo inaudible, como si estuviese muy contrariado. ¿Vigilante de incógnito?, se pregunta Sonia, y enseguida desecha la idea. ¿Cómo van a tener un vigilante de incógnito en una librería? ¿Uno además de esa edad, con esa pinta? El hombre pasa a su lado, la mira

a los ojos con fijeza. Ella sonríe nerviosamente y se disculpa apartando la silla para que él cruce. Abandona el otro libro sobre un estante y se marcha apresurada. ¿Qué ocurrirá si pita al pasar por las antenas de seguridad? Siempre puede decir que estaba distraída; llevar un niño pequeño es la excusa perfecta: *metí el libro aquí sin darme cuenta*. Tiene razón Knut: cuanto más *normal* sea el aspecto de uno, cuanto más adaptado parezca a las normas, más fácil será pasar inadvertido. Intenta tranquilizarse. Se detiene un momento en la entrada para enseñarle al niño unos lápices de colores. *Son como los que tienes en casa*, le dice. Luego sale. El corazón le bombea frenéticamente; siente que las mejillas se le enrojecen de golpe. Pero no ocurre nada. No suena nada. Acelera el paso. Mira alrededor. Sigue avanzando entre la multitud que se agolpa en la calle. Cae la tarde.

Sólo al llegar a su casa, y no antes, es capaz de sacar el libro de la bolsa. Con una copa en la mano, lo observa satisfecha. Vacía la copa y vuelve a llenarla, victoriosa. Escribiría a Knut de inmediato para contárselo, pero no quiere que él sepa que ahora tiene internet en su casa. Le manda un sms. *He pillado un libro. Uno de Tobias Wolff. Te contaré mañana*. Knut responde al instante. *Estoy orgulloso de ti. ¡Y deseando saber más!*

Lo que le extraña, le dice, es que cogiera un libro que ya le había regalado él. *Cuando me dijiste que era uno de Wolff, lógicamente pensé en otro título.* Sonia se siente abochornada. Se disculpa. Tiene que perdonarla, dice. Su mala memoria se la ha vuelto a jugar. Ahora sí entiende por qué la ilustración de la cubierta le sonaba tanto. Pero él tiene que comprender..., ¡le ha mandado tantos libros! Hay muchos que aún no ha leído, a los que hay que añadir los del último paquete, lleno hasta los topes. Ella piensa que debe de haber incluso alguna razón genética que explique su problema. Su madre también es desmemoriada y su abuela, bueno, prefiere no hablar de en qué estado tiene ya la cabeza. *Pero tú estudiaste una carrera,* dice él. *Algo debiste de memorizar para hacer los exámenes, ¿no?* Sí, pero lo olvidaba de inmediato. Debe creerla, por más que lo intente se le olvidan las cosas. *Bueno, ya hemos hablado mil veces de la memoria,* responde Knut. *Está claro que todos mis consejos no sirvieron de nada.* Para él no es un detalle. Es una muestra —una más— de la veleidad de Sonia. A ella es posible que, más allá del apuro que le produzca la situación, no le parezca tan grave. Pero lo es.

Esa tarde, le cuenta, tuvo una discusión con la chica de la tintorería por un motivo similar. Había llevado a lavar un pantalón manchado de helado. Recordaba que

tenía al menos cuatro manchas: dos grandes y dos pequeñas, aunque cuando se secaron no se distinguían con claridad. La chica rodeó con una tiza dos de ellas y le hizo su ticket como si nada. Pero ¿y las otras manchas?, preguntó él. ¿No las rodeaba? No, no era necesario, adujo ella. Se quitarían lo mismo. ¿Entonces por qué señalaba unas y otras no? La chica se limitó a asegurarle otra vez, con una sonrisa, que lo lavarían todo perfectamente. *Pero mi preocupación era legítima, ¿no? Pues a pesar de llevarme cerca de una hora discutiendo, no se movió ni un milímetro de su postura. Ni siquiera accedió a que yo la ayudase a encontrar las manchas que no había rodeado.*

Por la noche apenas había podido dormir. Además del incidente de la tintorería —que ya de por sí había acrecentado su estrés— intentaba conciliar en su cabeza dos realidades, como en una balanza. Por un lado, el hecho de que Sonia se hubiese atrevido a robar libros, el mensaje que le envió después, la alegría que quiso compartir de inmediato. Por otro, el error, la desmemoria, el desinterés de fondo que había demostrado. *Me parecían hechos de dimensiones diferentes, irreconciliables.* Más tarde, se despertó de golpe al oír un chasquido como el que hacen las bombillas cuando estallan. Pensó que se habría fundido alguna de la lámpara del techo y trató de

dormirse de nuevo. El segundo chasquido llegó poco después, y entonces comprobó que no se había fundido nada. ¿Dos chasquidos producto de su imaginación? Sí, es posible, o más bien producto de sus nervios. Es lo que le sucede cuando algo le genera tanta inquietud. *Todo a causa de tu desmemoria. ¿De verdad no comprendes lo terrible que puede llegar a ser?*

Sonia se asoma por la ventana del lavadero. El perro duerme en una esquina del patio interior, junto a un tendedero plegable en el que ondean unas sábanas tendidas con desaliño. Ella lo mira mientras bebe una cerveza. El lomo del animal sube y baja pausadamente. Hace calor y no hay ninguna sombra donde pueda tumbarse. Aun así, parece tranquilo. La última vez que se lo mencionó a Knut, él dudó de su preocupación por el animal. ¿Era realmente sincera?, le dijo. Llegada la ocasión, ¿se atrevería a hacer algo? ¿Iría a hablar con el vecino para exponerle razonadamente por qué piensa que no puede dejar ahí a su perro día tras día? Y en el caso de que su vecino no la escuchara, ¿sería capaz de denunciarlo por maltrato? *Por tu forma de ser, incluso por tu actitud conmigo, me doy cuenta de que siempre evitas el conflicto. Por eso, cuando algo no te gusta,*

optas por el silencio.

Sonia cierra la ventana y abre otra cerveza que toma apoyada en la encimera de la cocina. Se siente ligeramente mareada. Amortiguada. Borrosa. Piensa en Knut. Bebe cerveza, cierra los ojos, piensa en Knut. Esa mañana ha recibido en el trabajo un nuevo paquete, esta vez más pequeño y mucho más liviano. Por primera vez no contenía libros, sino tres conjuntos de La Perla y dos frascos de perfume. Todo con su etiqueta. Sostuvo las prendas entre sus dedos largo rato, sin creerlo, aun a riesgo de que la viesan allí sus compañeros. Él tenía razón: la lencería de esa marca es terriblemente cara. Hay sofisticación, sí, encajes, transparencias y combinación de texturas —raso, seda—, todo elegante y refinado, pero aun así ella se pregunta: ¿cómo puede costar un sujetador 185 euros? ¿Y unas bragas 120? ¿Un solo conjunto más de 300 euros? Y tiene tres, de precios similares, más los dos perfumes, también de firma, también caros. Le escribió al instante dándole las gracias con fervor. Él le había contestado de inmediato. ¿De verdad estaba contenta? ¿Cree que le quedarán bien las prendas? ¿Le contaría al día siguiente con detalle? Mientras tanto, ¿podría adelantarle algo esa misma tarde por sms? *Ahhh, mi preferido es el conjunto verde menta con las florecitas bordadas, ese que tiene una pieza transparente justo*

delante de... Ojalá te quede bien, porque es una prenda sublime, de lo más excitante.

Por mucho que ella se sorprenda, la lencería no es difícil de *adquirir*. Ya le explicó que en La Perla no utilizan esas horribles alarmas blancas con tinta, sino unas sencillas etiquetas plastificadas. Sólo hay que ponerles una pegatina encima que invalide la alarma, y listo. Lo que hizo fue coger las prendas y trasladarlas con cautela a zonas sin cámaras. Como se conoce al dedillo los recodos de los centros comerciales, sólo era cuestión de estrategia. La única dificultad era conseguir que las partes de arriba y las de abajo conjuntaran. De hecho, el sujetador color rosa palo lo pilló en otro centro, uno que estaba a seis paradas de metro de allí. *Como si hubiesen sido veinte*, le explica. *Una vez que empiezo ya no puedo parar.*

Sonia apura su cerveza y vacila antes de abrirse otra. Verdú se va a dar cuenta, piensa, pero la saca de la nevera y se promete a sí misma que conseguirá reponerlas antes de que vuelva. Oye el sonido de la televisión al fondo, las risas de su hijo frente a la pantalla, y continúa pensando embotada, confusa. El placer de sentirse obsequiada, agasajada, de ser objeto de la devoción de Knut, todo eso la está cegando, se dice. Él se está construyendo una imagen de ella y ella le está dejando hacer. Al final terminará dañándole. Pero cómo evitarlo. Ella no le ha

pedido nunca nada, musita. Lo dice en voz alta, para sí, como si se defendiera en un juicio en el que los dos estuvieran en el banquillo de los acusados: *No, nunca le pedí nada.*

Mete los botellines en una bolsa de basura, coge la llave y el monedero.

Cielo, voy a bajar un momento a la tienda. Hazme el favor de no moverte de ahí ni un momento. ¿Me oyes? Vuelvo en un segundo.

Fascinado con los dibujos, el niño ni siquiera gira la cabeza. Ella se acerca por detrás. Al agacharse, tropieza con su propio pie, se tambalea y cae. Se levanta con esfuerzo. Se ha torcido un tobillo. Se lo frota con un rictus de dolor.

¿Me oyes?, repite. Mamá estará de vuelta enseguida.

Tras la ducha, con el niño dormido y Verdú preparando ya la cena, se prueba la lencería a toda prisa, encerrada en el cuarto de baño. Los materiales son de una extraordinaria calidad, suaves y delicados, aunque ella sigue prefiriendo el algodón. De los tres sujetadores, dos le quedan un poco pequeños, y uno de ellos incluso le hace rozaduras en la piel. Las bragas tampoco le resultan favorecedoras: le parece que las pretensiones eróticas de

esas prendas resultan ridículas en cuerpos imperfectos. Demasiada carne fuera, demasiada incomodidad. Además, a Verdú todas esas cosas le traen sin cuidado.

¿Te queda mucho?

No, nada, responde ella. Devuelve a toda prisa las prendas a una bolsa que esconde entre la pila de toallas limpias. *Ya voy,* dice, pero aprovecha antes de salir para mandarle un sms a Knut. *Todo perfecto. Increíble. Estoy muy, muy contenta.*

Sin embargo, por la mañana le desliza sus dudas. ¿No está arriesgándose demasiado?, le pregunta. ¿No es muy temerario? No es lo mismo coger un perfume de 40 euros que un sujetador de 200. Le gusta, claro, se siente muy especial siendo la destinataria de su esfuerzo, pero no va a usar tanto esas prendas como para que él se exponga de ese modo. Tampoco debería mandarle más perfumes. Tiene ya demasiados, ni siquiera le da tiempo a gastarlos. Pero estos argumentos no convencen a Knut. Le dice que se perfume más a menudo. *Incluso para estar en tu casa cocinando, por qué no. Eso te diferenciará del resto de las mujeres.* En cuanto al riesgo, no es algo que haya que minimizar: es cierto que está ahí, pero él puede asumirlo perfectamente. Knut se crece en el reto. Sus ganas de

complacerla, de hacerla feliz, son mayores cuando más difícil sea ese reto. *Lo creerás o no, pero estar acechando una prenda para ti me produce una felicidad incomunicable.* De hecho, dice, esos días son los más felices que recuerda en sus últimos años de vida. *Te juro que no estoy exagerando.*

Si vivieras en Cárdenas, quedaríamos esta misma tarde y te lo demostraría. Iríamos a dos o tres centros comerciales, en los que sólo pillaría lo que viésemos a mano y fuese de tu gusto —hay tantas cosas...—. Para terminar, me haría con un par de videojuegos que tú irías a vender a alguna tienda. Con el dinero, merendaríamos opíparamente en un hotel. Antes de despedirnos, te pediría que nos besáramos largo rato. Luego tú te irías a una cita con algún amante. Llevarías puesta alguna de las prendas que yo te habría regalado. Con eso me bastaría para ser feliz. Los dos seríamos felices.

6. COMPRAVENTA

No, responde, no conserva la caja original. Ya lo indicó claramente en el anuncio: «*El artículo se entrega sin su caja original*». Los enviará en una caja, por supuesto, perfectamente embalados para protegerlos durante el trayecto, pero no en la suya originaria. Eso no desmerece la autenticidad del producto. El producto es auténtico, se lo asegura al cien por cien. Puede consultar los comentarios de otros clientes previos; todos han acabado muy satisfechos, puntuación de cinco estrellas sobre cinco.

La compradora, todavía reticente, termina aceptando la transacción. Pero tiene prisa, le dice, los necesita para una boda próxima. No hay problema, responde Sonia. Se los enviará en cuanto disponga del justificante de la transferencia. Al cabo de unos minutos tiene el justificante en su correo.

Sonia mira en el armario de Verdú, ahora ya casi totalmente vacío. No encuentra nada que le sirva. Se

encarama en una silla y rebusca en la balda superior. Descubre una caja de zapatos en buen estado. La baja y se la lleva al comedor.

¿Dónde tienes el papel de seda?

El niño levanta la cabeza y se queda pensativo, con un Transformer medio roto en la mano. Balbucea. *No sé.*

Vamos, acuérdate. ¿Dónde lo has puesto?

No sé.

Sonia resopla. Coge varias hojas de papel de periódico que arruga y mete en la caja para hacer un nido. A la mierda, se dice. Lo importante es el contenido. Los mira unos instantes antes de envolverlos. Unos zapatos de salón negros, aterciopelados, de nueve centímetros de tacón, con un remache plateado en la puntera. Revisa la suela, ligeramente ennegrecida por habérselos probado, y rasca con la uña para quitar una pequeña mancha. Alisa la etiqueta con los dedos. *Satin pump with asymmetric vamp: solid colour, leather sole, narrow toeline, covered heel. Made in Italy. 295 euros.* Los acomoda entre el papel, cierra la caja y la precinta. Luego coge el teléfono.

Oye, voy a tardar un poco en llegar. Tengo que pasarme primero por Correos.

Cierra los ojos mientras escucha la voz al otro lado.

Vale, vale... Escucha, puedo ir antes por ahí. Vemos lo de la abuela. Pero después te quedas con el niño un

momento y me acerco a Correos. Si voy sola tardaré menos.

Otro silencio más. Da golpecitos sobre la caja de zapatos nerviosamente.

Sí, mamá. Es necesario que vaya hoy. Es un envío urgente, no puedo retrasarlo más. Luego te explico.

Cuelga y llama al niño. *Prepárate ya. No hace falta que recojas. Nos vamos enseguida.*

¿Vamos a ver a papá?

No. A papá lo verás otro día.

El niño corre pasillo abajo y vuelve con los zapatos en la mano. Sonia lo sienta sobre sus rodillas para anudárselos.

Listo. Venga, tenemos prisa.

Mira el reloj. Las siete. A las ocho cerrará la estafeta. Apunta la dirección de envío en un papel. Agarra al niño de una mano y con la otra se encaja el paquete en la cadera.

¡Vamos, corriendo!

7. UN AÑO ANTES

Mi conducta no es irracional. Lo que quizá lo sea es la facilidad con que la adopto, cómo sucumbo a ella una y otra vez. Pero la violencia —y mi conducta lo es en estado puro— tiene su origen en el cerebro de reptil que nos queda a todos y del que ninguna evolución ha conseguido prescindir.

Sí, he adquirido ocho conjuntos más de La Perla. ¿Ocho? Sonia ya ha dejado de sorprenderse. Sólo asiste con curiosidad a la nueva carrera en la que se ha metido Knut. Entusiasmado, él le describe las prendas antes de enviárselas. Hay de todos los colores y tipos, le dice: blanco, beige, morado, coral, celeste, negro, con dibujos, con encajes, con blondas... En particular hay uno negro que es maravilloso. Se lo describe minuciosamente. Pertenece a la gama alta de la firma; sólo el sujetador, de doble capa, cuesta 243 euros, pero es que lo tienes en la mano, lo ves y, a poco que te importe el mundo de la lencería, adviertes que es algo muy bien hecho. Ocho conjuntos, repite Sonia. No sabe qué va a hacer con tanta ropa. Usarla, ¿no?, dice Knut. Seguro que te queda maravillosamente. Ella se muestra reticente. No, no va a poder ponérsela así como así. Verdú no se creará que ella se haya gastado de pronto tanto dinero en lencería..., un

dinero que, además, ellos están muy lejos de tener. *Pues cuéntale la verdad*, sugiere él. *Dile que te la ha mandado un amigo*. ¿Está loco?, ríe Sonia. No puede estar hablando en serio. Claro que habla en serio, responde Knut. ¿Por qué iba a sentirse Verdú celoso? ¿Tiene acaso verdaderos motivos? Knut no pretende arrebatarse nada. Sus campos de acción son muy diferentes. Es posible que, visto desde fuera, el asunto de la lencería resulte confuso, pero no hay que ceder al primer pensamiento. Knut no se inmiscuye en el terreno de Verdú, porque él disfruta antes y mejor, desde el momento en que comienza a acechar las prendas. Le gusta ambicionarlas, llevarlas escondidas entre su propia ropa, besarlas al llegar a casa, imaginar cómo se ajustan a su cuerpo, describírselas. En esa fabulación, dice, ese «ser que aún no es», reside toda la maravilla del sexo. *Yo puedo prescindir perfectamente del paso posterior. Ya sabes que no aspiro a f... contigo. ¿Tú crees que mi intención es ésa? No, no lo es. Yo me conformo con un papel muy pequeño en tu vida.*

Dicho esto, ¿aún tiene reparos en aceptarle las prendas? *Claro que te las acepto*, dice Sonia. Es sólo que él ha de ser consciente de que tendrá que esconderlas. Muchas no podrá usarlas nunca, o casi nunca. ¿Merece la pena entonces? Él insiste: no tiene por qué utilizar la ropa si no encuentra el momento. Puede meterla en una caja y

simplemente guardarla. *Igual que yo disfruto preparando el envío, tú puedes disfrutar abriendo la caja, acariciando las prendas, probándotelas con tranquilidad y luego volviendo a guardarlas otra vez. Ya sólo eso me resulta extremadamente estimulante.*

A decir verdad, le hubiese gustado cogerle muchas más cosas. Se culpa de que en esos días su nivel de eficacia ha descendido. Quiso *adquirir* unas *culottes* de raso, pero le fue imposible; la dependienta no le quitaba ojo ni un momento y él tampoco tuvo la habilidad suficiente para esquivar su vigilancia. En otro centro casi lo pillan poniéndole la pegatina a un corsé. Y en un tercero tardó demasiado tiempo en localizar su talla, perdiendo la ocasión de hacerse con un botín mayor. Últimamente no descansa bien, le hormiguean los brazos en la cama o se le tensan los gemelos al más mínimo cambio de postura. Cuando consigue dormir lo hace agarrotado, y se levanta con dolores de cuello y de espalda. Tiene pesadillas continuamente.

Sueña mucho con su infancia, y sobre todo con el pueblo de su madre. Sus sueños, le dice, suelen tener la textura de la pesadilla inicial de Victor Sjöström en *Fresas salvajes*. A él no le gusta demasiado el cine. Se lo

ha explicado muchas veces. El cine, entendido como creación artística, conlleva demasiados peajes económicos y sociales. El cine es una producción grupal, mientras que la literatura es, por defecto, el fruto espiritual del individuo sin más, enfrentado a solas consigo mismo. Aun así, ha visto los grandes filmes del siglo. Evidentemente, todo o casi todo Bergman. Y no lo dice por hacer ostentación de nada. Es sólo porque la última vez, curiosamente, aparecía también un reloj en su sueño: el tiempo detenido como elemento central de la pesadilla. El pueblo se veía en blanco y negro y, aunque había gente, daba la sensación de estar casi desierto. Aparecían — aunque no podía verlos— todos los que solían estar en su infancia: sus primos, los niños que siempre se metían con él los primeros días —luego se iban acostumbrando y lo dejaban en paz—, las viejas vestidas de luto sentadas en el zaguán de las casas. Llegaba el camión de la fruta y el pan. Él distinguía a la gente marchando hacia la plaza para hacer la compra y decidía unirse a ellos, aunque a cierta distancia. El reloj de la plaza marcaba las 9.10, pero según el suyo eran ya las 9.17. Aquello le sumía en un desconsuelo sin medida. *Esos siete minutos tenían la dimensión de lo imposible.*

Cuando tiene ese tipo de sueños se despierta bañado en sudor y con palpitaciones que pueden durarle varias

horas. *Todo esto me afecta a la hora de llenar las alforjas, explica. ¿Y no es posible que sea la consecuencia, y no la causa?, pregunta Sonia. Debe de generarte mucho estrés haber pillado artículos tan caros. Él lo niega. Mira, si algo me produce estrés es que, en medio del proceso, alguna de las prendas se dañe, aunque sea mínimamente. La mera posibilidad de que puedan sufrir cualquier deterioro —mientras las cojo, o durante el envío— sí que me supone un enorme malestar. Imagino que esto es una forma de fetichismo cuyo origen estará probablemente en la infancia.*

Cuando era niño, para poder dormirse, se metía los dedos anular y corazón en la boca, y con el índice se acariciaba el labio superior rítmicamente. Se acostumbró a hacerlo con la ayuda de un pañuelo de tela suave, a poder ser una tela gastada, lo más fina posible. Su madre le reservaba los pañuelos viejos y él los doblaba cuidadosamente bajo la almohada. A escondidas, usaba también la ropa interior de la madre. *Por entonces ella se pasaba el día en el casino, sin hacerme ni caso, le dice. Ahora está enganchada a las televidentes y tampoco me dirige la palabra, pero ya me da igual.* Sacaba las prendas por las noches para acariciarse el rostro y olfatear su aroma. *Sentía que así me tranquilizaba; de pronto el universo encontraba un orden justo en el que se podía*

vivir con placidez. Una vez, cuando tenía diez u once años, la madre se dio cuenta de que Knut tenía oculto un camisón que ella había dado por perdido. Ante el silencio obstinado del niño cuando le preguntó por qué lo había escondido, terminó perdiendo los nervios y, presa de la ira, lo zarandeó y lo abofeteó varias veces. Knut se mordía los carrillos para aguantar el llanto. Sin embargo, no guarda mal recuerdo de aquello. Era la consecuencia lógica de su acto, dice, que incluso con su edad alcanzaba a comprender y aceptar.

En El Corte Inglés de su ciudad no hay ropa de La Perla. Sonia da vueltas por la sección de lencería y curioseas entre las prendas de otras firmas, tan livianas que muchas veces se desprenden de sus perchas sólo con rozarlas. Se fija en ropa en la que nunca se había fijado antes: corpiños, ligueros, sujetadores con encaje, tangas minúsculos. Todo lleva *clavo*. Hay al menos dos cámaras y apenas clientes y en torno a las marcas más caras siempre merodea una dependienta dispuesta a hacer con celo su trabajo. Sonia se pregunta cómo es capaz Knut de robar en esas condiciones. Por mucho que él diga, en Cárdenas no debe de ser muy diferente.

Con el niño cogido de la mano, se marcha al

supermercado. Echa en una cesta una bolsa de manzanas, una bandeja de pollo y un cartón de huevos. De camino a la línea de cajas se detiene frente a los expositores de cosmética. Hay marcas baratas, montones de productos sin embalaje y aparentemente sin alarma. Knut le ha dicho que cuando quiera algo, lo coja sin vacilaciones. *Lo peor es estar dando vueltas. Tú actúa con seguridad, decide qué te gusta y mételo en la bolsa, sin más.* Sonia selecciona un frasquito de maquillaje. Maybelline Superstay 24 H, tono 4, cobertura media, 10,90 euros. Ella nunca ha usado ese tipo de maquillaje; el efecto que crea sobre la piel siempre le ha parecido postizo. Pero podría probarlo; el frasco es pequeño, apenas pesa. Cierra el puño, posa la mano sobre el asa de la cesta y se marcha hablándole al niño en voz muy alta. En el siguiente pasillo, agachada junto a hileras de botellas de amoniaco y lejía, lo deja caer dentro del bolso. Continúa mirando productos en dos o tres pasillos más. Luego enfila el camino de las cajas y se pone en la cola. Se siente sorprendentemente tranquila. Victoriosa. Ufana. El niño no para de parlotear. Ella también le habla. El rítmico sonido del escáner que la cajera pasa sobre las etiquetas pautan toda la escena.

Cuando llega su turno, pide una bolsa y mete en ella la fruta, el pollo, los huevos. Saca la cartera para pagar y se

desplaza hacia las antenas de la caja. Entonces, inesperadamente, un pitido le taladra los oídos y las antenas se encienden de un rojo discontinuo. El ruido estridente. El rojo acusador. La cajera la mira impasible, alza una ceja. El niño también la está mirando con asombro. Ella tartamudea, incapaz de articular una sola palabra. *Como si le estuviera pasando a otra persona*, le dirá luego a Knut.

Pase otra vez el bolso por ahí, dice la cajera.

Sonia lo pone junto a las antenas. El pitido se repite inequívoco. Sonia abre los labios lentamente, mira a la cajera con estupor.

¿Lleva ahí algún artículo que no ha abonado?

Sonia ve de costado al guarda de seguridad que se acerca. La mancha añil de su uniforme, el chisporroteo del walkie. La cajera le hace un gesto con la mano. Que espere, que espere. *La cliente lo va a sacar*, dice. Sonia abre el bolso y le entrega el maquillaje. Se explica entrecortada, jadeante.

Lo metí aquí sin darme cuenta. Son las prisas. El niño. Qué cabeza.

La cajera no le devuelve la sonrisa. Pasa el frasquito por el escáner, le indica el precio.

¿Lo va a abonar o lo dejamos aquí?

Lo pago, claro. Iba a pagarlo.

Le arden las orejas. El niño se ha arrimado a su pierna, enmudecido. Sonia paga la cuenta, lo coge de la mano y casi lo arrastra hacia la salida. Al pasar junto al guarda, con la cabeza gacha, aún puede oír el comentario que hace la cajera a sus espaldas.

Lo que hay que ver... Gente de lo más normal, ¿eh?

Sonia se monta en el coche. Por el retrovisor mira al niño, que permanece extrañamente inmóvil en su silla. Las ruedas de los demás coches chirrían al deslizarse por el pavimento del parking. El reflejo de los faros se entrecruza sobre sus manos, que le tiemblan posadas sobre el volante. Tarda aún un rato en arrancar.

No debe darle importancia, le dice Knut al día siguiente. No ha habido consecuencias, así que no hay nada de lo que preocuparse. La cajera fue discreta, no la avergonzó en público —quizá debido al niño—. ¿Va a desfallecer por eso? Ha conseguido ya pillarse varios libros, ¿por qué no seguir entonces con los libros? *No valgo para esto*, dice Sonia. Admite haberse bloqueado. Debería ser más perseverante, insiste Knut. Pero no desea presionarla. Todo lo que ella necesite puede proporcionárselo él. No debería dejar de pedírselo.

Justo esa misma mañana recibe el paquete con los

ocho conjuntos de La Perla, además de unos perfumes, una crema de Sensilis y los cuentos completos de Katherine Mansfield. Y algo inesperado: un par de zapatos. Armani. Color azul intenso. Tacón altísimo y una pulserita para abrocharlos al tobillo. 229 euros.

No deberías mandarme esto, le dice ella. No sé si lo merezco. Te estás jugando el pellejo por algo que nunca podré usar. ¿Por qué?, responde Knut. ¿No le gustan? Sí, claro que le gustan. Simplemente no ve el momento de ponérselos. Ella va siempre con sandalias, zapatillas y botas; en su tipo de vida no encaja llevar tacones de ocho centímetros. *Pues guárdalos para cuando te encajen. Siempre habrá un día en que los necesites. Aunque sólo te los pongas una vez o aunque sólo te los pruebes cuando te quedes sola en casa, para mí ya será suficiente.*

Sonia vuelca las prendas sobre la cama y se las va probando frente al espejo, con los zapatos de Armani puestos. Al principio se ve grotesca. Luego apaga la luz y deja sólo la de una tenue lámpara de lectura, se suelta el pelo, sacude la melena. La habitación está ahora en penumbra; ella siente el efecto de la transformación. Felina, piensa. Es el adjetivo que escogió Knut para describirla. *A menudo te imagino así. Felina. Simplemente te veo. Veo toda la promesa del sexo. Me excita muchísimo imaginar tu pelo suelto y tu cuerpo envuelto*

en las prendas que adquirí para ti.

Coge el móvil y se fotografía frente al espejo. Después vuelve a ponerse su ropa de estar por casa y amontona la lencería en su caja. Se sienta sobre la cama y mira las fotos que acaba de sacarse. Va borrando primero las que no le gustan. Luego observa despacio las más favorecedoras. Las amplía. Borra otras cuantas más. Se queda finalmente con dos. En una lleva el conjunto negro que tanto seduce a Knut. En la otra, uno de color blanco con el ligero. En las dos, las piernas ligeramente abiertas y la cabeza inclinada hacia adelante. El rostro está oculto por su antebrazo, con el móvil sacando la foto. Apenas se reconoce a sí misma. Pasa de una a otra imagen durante unos minutos. Al cabo de un rato, también las borra.

Y es a partir de entonces cuando todo comienza a precipitarse y la fantasía despierta su curiosidad, y la curiosidad su fantasía. Sonia comprende que nada tiene sentido si él no puede verla de algún modo. ¿No debería darle alguna recompensa? ¿Basta con extender los brazos, abrir las manos y recibir? Ella le escribe a diario, venciendo cada mañana su pereza, pero ¿es eso bastante? Knut la adora. Construye un objeto de culto a través de ella. La venera. Y la manera en que lo hace es única.

Ninguna mujer tiene a un hombre que coja para ella lencería o perfumes con la misma intensidad y el mismo empeño con que lo hago yo contigo. Habrá muchas que reciban regalos increíbles, pero a golpe de talonario. Lo que yo hago contigo es diferente.

Sonia lo sabe.

En los últimos días le ronda una tentación por la cabeza. ¿Verlo? ¿Ir a Cárdenas a verlo? Podría coger el primer avión de la mañana y volver en el último. Entre medias, un cortafuegos de casi ocho horas para estar juntos. Salir y entrar de su vida, como por una hendidura que apenas es visible, sin riesgos y sin compromisos. Olvidar por un día a la madre, a los hermanos, a la abuela, al marido y al hijo. Olvidar el trabajo. Olvidar a sus aburridos cortejadores que le graban cds de música que ella no tiene interés en escuchar o la invitan a tomar algo a la salida de la oficina. No es sólo por la intriga de verlo a él. Es ante todo la necesidad de fingir, aunque sea durante un solo día, que es posible vivir otra vida en la que ella juega el papel de chica distinguida, elegante y despreocupadamente libertina.

Cuando se lo propone, Knut no oculta su entusiasmo. *Me has conmovido*, le dice. *Reconozco que sólo el pensarlo me sume en un estado de nerviosismo sin precedentes, pero deseo tanto verte, hablar contigo...*

Cuando actúas así, sé que todo lo que pueda darte es infinitamente menos de lo que te mereces. Fijan una fecha. Knut le promete que le compensará los gastos del viaje. ¡Ya están suficientemente compensados!, responde ella. No, en serio, te enviaré algo dentro de unos días. Veré qué puedo conseguir. Me encantaría coger para ti alguna prenda que pudieras ponerte cuando vengas a verme. No se refiere a lencería, se apresura a aclarar. Algo de ropa, algo fino, sofisticado. Tiene ya en el punto de mira varios objetivos.

Un par de días después le anuncia su botín. No puede esperar a que lo vea. Necesita contárselo. *Una falda negra de Escada, tres piezas de tela casi independientes superpuestas con delicadeza una sobre la otra, todas diferentes al tacto. Se deleita describiéndosela. Del medio al punto más bajo hay sesenta y cinco centímetros, así que debe quedarte ligeramente por debajo de la rodilla. Tiene unos frunces superiores que le prestan volumen, sin que por ello pierda caída. Había llegado a costar 319 euros, aunque ahora está de oferta especial a 230. Fue todo muy sencillo, le explica, desde desprenderla de su percha de pinzas hasta quitarle el *clavo* en una caja, aprovechando un descuido de la dependienta. Le envía*

unas fotos, tomadas por delante y por detrás. Sonia las mira con detenimiento pero, más que en la falda, repara en lo que hay en torno a ella. Knut la ha extendido sobre una cama —¿su cama?—. La colcha tiene un estampado descolorido y anticuado de flores y peces que se enroscan unos sobre otras. En una esquina se aprecia parte de un cojín marrón de cuadros y un fragmento de pared pintada de amarillo pálido, con restos de lo que parece haber sido una cenefa decorativa de papel. ¿Es ése su dormitorio?, se pregunta. Le resulta extraño el contraste: la falda de lujo extendida sobre la colcha barata. Al contemplar esa fotografía, toma conciencia de que tanta conversación sobre lencería, restaurantes y libros había emborronado sus orígenes. El barrio periférico de Cárdenas. Ella no debe olvidar de dónde viene. Ambos del mismo mundo, él y ella.

El paquete incluirá también otros zapatos de Armani, le anuncia Knut, esta vez de color crema, tacón medio, tipo mocasín, 178 euros. *Éstos sí puedes ponértelos a diario*, le dice. *Me encantaría que te trajeras la falda y esos zapatos, con unas medias finas y transparentes.* ¿Medias en verano?, le dice ella. Claro, por qué no. A él le gustaría que se vistiese siempre como una señora. Que fuese al trabajo con traje de chaqueta, falda, collares de perlas y medias. *Y cuando hablo de medias no me refiero*

a panties, como podrás suponer, sino a auténticas medias, de las que se sujetan a medio muslo.

No debe preocuparse si no tiene medias de ese tipo. Él ya le manda varias, de tallas distintas. Como no sabía bien cuál le correspondía, cogió de varios tipos. En uno de los sitios casi lo pillaron. Cuando estaba a punto de salir vio una cámara que se movía hacia él, pero tuvo la habilidad de esquivarla y dejar la mercancía en otro lado antes de que se le acercase un guarda de seguridad. El guarda lo llevó al cuartelillo y lo registró a conciencia pero, obviamente, no encontró nada. *Todavía recuerdo la cara de asco que puso al coger una servilleta usada que sobresalía de mi chaqueta.* Lo dejó ir y él siguió con su caza por otros sitios. De vuelta a casa vio a un chico tirado en el suelo. Posiblemente había resbalado en una pendiente y se había golpeado contra el reborde metálico de una tapa de alcantarilla que no estaba bien encajada. Rodeado de gente, sin poder moverse, tenía el aspecto de un animal atropellado. Era un chaval ordinario, rechoncho, con gafitas de alambre. *Sentí que Dios lo había querido castigar a él mientras instantes antes me salvaba a mí. Probablemente Él aprueba que yo te haya cogido esas medias. Hay unas en concreto que son preciosas, insuperables, con un sutil brillo nacarado. Las imagino en tus piernas... Frotar la banda, pasar la mano*

por ella para comprobar que está en su sitio y no se mueve, besarte las rodillas. Me dan escalofríos.

¿Le molestan a ella ese tipo de comentarios?, le pregunta. No, claro que no, responde Sonia. Al revés, de hecho. Le gustan. Entonces, dice Knut, dentro de unos límites, ¿podrían planear la realización de alguna fantasía? ¿Qué tal si se prueba, delante de él, una camiseta de Tommy Hilfiger que le ha conseguido? ¿Haría algo así por él? ¿Por ellos dos? Sólo tendría que quitarse la blusa. Le encantaría verle puesto alguno de los sujetadores de La Perla. *Creo que mi preferido es el negro con el adorno que cuelga entre las copas. ¿Podrías traerte ése, la falda, los zapatos y las medias? ¿Cómo lo ves? ¿Te parece que en cuanto ya tengo la certeza de que vas a venir te salgo con fantasías? ¿Se te ocurre algo morboso y poco comprometido para ti? Si no lo tienes claro no pasa nada. No te lo digo temeroso de que por aceptar vayamos a perder lo que ya tenemos, sino para fundamentar el hecho de que yo siento que ya poseo... muchísimo.*

No, eso está bien, dice ella. El plan de la camiseta, piensa. Suena casi inocente. Ni siquiera su amiga —tan recelosa, tan cauta— podría calificarlo de problema.

Cuando ya no lo esperaba, él le envía una foto. Para

que pueda reconocerle cuando se encuentren, le dice. *Me parece ridículo que tengas que adivinar quién soy de entre la multitud. Saltémonos ese absurdo paso.* Sonia escruta la foto, la amplía hasta que los píxeles dejan de representar un rostro humano, la empequeñece de nuevo, una y otra vez. Ante ella, el rostro de un tipo normal, de facciones anchas y todavía con un gesto infantil, moreno, con una buena cantidad de pelo cortado a cepillo. Sonríe levemente hacia un lado. Los labios gruesos, tras los que asoma una paleta partida. Cierta expresión de jactancia en los ojos un poco juntos, en la elevación de la mandíbula. Cejas pobladas, muy negras. Piel cetrina. ¿Tiene acné? Parece que tiene acné o marcas de acné; la foto no ofrece la nitidez suficiente para verlo. Hombros anchos y puede que caídos. ¿Estatura, peso? Sigue siendo un misterio. Da la impresión de estar sentado en un sillón tapizado de color crema. Un sillón viejo, en apariencia. De fondo, otra vez la pared amarilla, rugosa, no muy limpia. ¿Su casa?

La foto no le aporta ninguna información. Hay una enorme distancia entre esa imagen y las palabras que lee cada día en la bandeja de entrada de su correo. ¿Cómo relacionar esos rasgos tremendamente vulgares con los paquetes cargados de regalos que le han estado llegando durante años? No es que no le sea creíble ese rostro: es que no podría serle creíble ninguno.

Traspasa las puertas mecánicas, pero está tan aturdida que es incapaz de distinguirlo allí, apostado tras la cinta de seguridad, erguido, vestido en traje de chaqueta a pesar del calor, con el pelo engominado, impregnado en perfume, las palmas de las manos sudorosas, marcas de rozaduras en el cuello, una pequeña zona enrojecida bajo una de las sienes, las orejas descamadas, cargado de bolsas —dos grandes en una mano y una más pequeña en la otra—, mirando al frente, palpitante, paralizado, sin sonreír apenas, asustado porque ella ya está ahí y no lo reconoce. Las luces blancas, la megafonía, el tráfago de viajeros, las imágenes centrifugadas por el asombro. Ella frena un instante, pero hasta que él no da un paso hacia adelante no consigue entresacarlo de la confusión. Parpadea sorprendida. Sonríe. Se besan en las mejillas y bajan la mirada. Caminan unos metros, se detienen. Sonia no sabe qué decir. No hay asomo de la expresión de la foto —aquel gesto de orgullo desdeñoso— en su rostro. Más bien timidez, inseguridad. Él le pregunta por su viaje, con su voz alta y discordante. Desvía la mirada hacia los lados o ligeramente hacia abajo, sin enfrentarse a los ojos de Sonia. Ella no se siente defraudada, porque no esperó nada. Tiene la impresión de estar con alguien a quien no conoce en absoluto. Frente a ella, un ser que respira, que

suda, que se agita, tiembla, sonríe, la observa de reajo. Era verdad. Existía. Era. Confundida, intentando vencer la sensación de extrañeza, devuelve la sonrisa.  l señala sus piernas.

Has traído la falda.

Sonia la plancha con las manos, hacia abajo.

Pero sin medias... Hace tanto calor...

Te queda muy bien. Tal como imaginaba. Eres muy guapa. Más aún al natural. Luego mira hacia los lados, se frota un brazo. *Vámonos de aquí.*

Avanzan rápidamente, sin hablar. A Sonia le cuesta seguirle el paso. Knut clava la mirada hacia adelante; ella nota que el camino que toma no es improvisado. Suben y bajan rampas, recorren largos pasillos sobre cintas mecánicas. Marchan en dirección contraria al resto de viajeros, sorteando *trolleys* cargados de equipaje. Se paran finalmente en un recodo en el que hay dos bancos enfrentados. Se sientan en el mismo, uno al lado del otro. Sonia estira las piernas, resopla levemente para coger aire. Knut le muestra las bolsas.

Vamos. Mira lo que hay dentro.  No tienes curiosidad?

Hay un ligero temblor en sus manos cuando las abre y saca los zapatos, uno tras otro, cuidadosamente envueltos en papel de seda. Son todos de Armani y, salvo unas

zapatillas de estilo golfista, tienen el tacón alto y la puntera estrecha. En la bolsa pequeña está la camiseta de Tommy Hilfiger, de licra, estampada en tonos grises y azules. Knut la observa con aprensión. Ella deja a un lado la camiseta y mira los zapatos. Todos tienen su etiqueta del precio; todos son de tres cifras.

Hay siete pares. Estaban tirados.

Los hay cerrados, de salón; otros tipo *peep toes*, abiertos por delante; con aplicaciones de *strass*, con pulserita o sin ella, con remaches o vivos respunteados; zapatos de fiesta, de *cocktail*, negros, rojos, azul marino, y unas sandalias marrones con tiras amarillas y el tacón plateado.

No sé si podré andar con esto.

¿No te gustan? Son espectaculares.

Sonia gira las sandalias sin dejar de mirarlas.

Sí, son muy llamativas.

Todos son de tu número. Y las zapatillas puedes ponértelas con vaqueros, para ir a la compra o al parque con el niño. Ésas sí son tu estilo, ¿no?

Sonia levanta la cabeza, se enfrenta a su rostro. Lo ve excitado, tenso, con los ojos lagrimeantes, los labios reseco y pálidos. Se acerca a él y lo besa con suavidad en la mejilla. Le llega un olor a loción de afeitado. *Gracias*, susurra.

Él la examina con perplejidad. Traga saliva.

¿No quieres probártelos?

¿Aquí?

Claro. Aquí no pasa nadie.

Sonia se prueba todos los pares. Lo hace con rapidez, un poco avergonzada al principio por mostrar los pies desnudos, soltándose después, paulatinamente. Knut le pide que se ponga de pie, que camine un poco. Luego que se suba en el banco de enfrente, para verla con mayor perspectiva. A ella le cuesta trabajo mantener el equilibrio. Se ríe al tambalearse. Knut entorna los ojos, la contempla. Sugiere que cambie las sandalias que traía por unos de los nuevos.

Con esa falda pega cualquiera de ellos. Te embellecen las piernas. Fíjate en los gemelos. Se endurecen, se tensan. Es impresionante. Tal como vienes estás preciosa, pero con tacón pasas a ser de otra categoría. Cualquiera que te vea con esos zapatos se dará cuenta de que eres una chica muy especial. No todas podrían ir así.

Sonia titubea.

Pero vamos a andar mucho... Éstos pueden hacerme daño. Creo que prefiero mis sandalias, si no te importa.

Knut baja los ojos, sonríe para sí.

No, no me importa.

Dejan los zapatos en una taquilla y recorren las tiendas del aeropuerto en dirección a la salida. *¿Quieres que entremos en algún sitio?*, le pregunta él. *Puedo pillarte un perfume. O una crema. Me gustaría mucho que vieras cómo lo hago.*

Sonia sonríe. Sí, a ella también le gustaría verlo. Es más estimulante que caminar forzando una conversación que no les sale. Le pide, eso sí, que no se arriesgue. *No me perdonaría que te pasara algo por mi culpa*, susurra sin demasiada convicción. Alentado por su comentario, Knut sonríe y habla aún más alto. *¿Arriesgarme? ¡Claro que no! Pero si está tirado. De verdad, es facilísimo. Vas a verlo tú misma.*

Ella lo mira desde la puerta de una perfumería. Robusto, los muslos gruesos, lleva una americana de lino una o dos tallas menos de lo que le corresponde, polo de manga corta, un pantalón gris también de lino, zapatos negros de vestir. Lo observa dar un par de vueltas, pulverizarse varios perfumes aquí y allá, agacharse para mirar los precios de la balda inferior. En cinco minutos está otra vez fuera. Le hace una seña con la cabeza y se marchan hacia un banco a unos doscientos metros de distancia. Le brillan los ojos. Bajo la luz artificial del aeropuerto su piel parece aún más atormentada:

descamaciones, pequeñas marcas, rojeces que se extienden por las mejillas y por la frente. Se frota con los dedos continuamente, como si se masajeara. Sonia repite el gesto automáticamente. Le pregunta con impaciencia. Él saca de un bolsillo interior de la chaqueta una caja dorada. Sonríe. Se la entrega. Ella intenta quitar el precinto con las uñas; luego con los dientes. Saca con nerviosismo el frasco de perfume.

Es increíble, murmura. ¿Cómo lo has hecho? Ni siquiera yo, sabiéndolo, me he dado cuenta.

Knut la interrumpe. *Espera.* En sus manos hay otra caja de perfume. Más grande aún: 100 mililitros. Acaricia con suavidad los bordes del envase antes de extenderlo hacia ella. Los de Dior estaban muy fáciles, le dice. Ni siquiera tenían alarmas.

Sonia lo coge azorada. *Gracias,* susurra. Mira hacia los lados con inquietud.

¿No nos pueden cazar las cámaras?

Knut ríe. No, claro que no. Esas cámaras cuelgan ahí para vigilar otras cosas, y muchas de ellas ni siquiera funcionan. Se le nota triunfante. Los dos están encantados; se miran fijamente; sonríen. Sonia mete los perfumes en su bolso. Después se marchan en un autobús que los conduce hasta el centro de Cárdenas. Viajan de pie, cogidos de la barra, mirando al frente por la

ventanilla las afueras de Cárdenas: campos yermos, un polígono industrial, los primeros bloques de urbanizaciones de las afueras. De vez en cuando se vuelven, se sonríen.

¿Adónde vamos ahora?, pregunta ella.

Ahora lo verás. Tengo planes.

Knut ha guardado la bolsa pequeña con la camiseta en un bolsillo de su americana. Sobre ella no han hecho, todavía, ningún comentario.

Todo el itinerario ha sido cuidadosamente previsto. Una ruta jalonada de entradas más o menos rápidas en centros comerciales, librerías y grandes almacenes. Ella lo observa actuar con una mezcla de inquietud y de orgullo. Knut coge libros —dos de ellos para su hijo—, un *fular* de Adolfo Domínguez para ella, calcetines de hilo de Escocia para él, zumos y galletas para los dos. Todo asomo de vergüenza ha desaparecido en él ahora; Sonia lo nota cada vez más distendido. Le enseña las etiquetas que utiliza para invalidar las alarmas, el modo en que localiza las cámaras y cómo es posible identificar a los vigilantes de incógnito. *No hay más que ver cómo actúan. No he visto gente que disimule peor que ese gremio.*

En uno de los centros visitan la sección de La Perla.

Está tan concurrida que Knut admite, apesadumbrado, que va a ser difícil pillar nada. Sonia se sorprende de que haya tanta gente que pueda permitirse gastarse un dineral en lencería. Escucha a una dependienta afanándose por atender a una pareja que escoge vestimenta para la luna de miel. Los dos, bronceados y maduros, hablan muy alto, haciéndose notar. La dependienta les va mostrando prendas y ellos ríen señalando las aberturas, manoseándolas y poniéndolas al trasluz. Resulta obsceno y ridículo, piensa Sonia. Otras dos parejas, una de ellas bastante joven, miran camisones con absoluta naturalidad, sin consultar siquiera los precios. Knut le hace un gesto para que se encaminen a otro lado, donde, en dos minutos, se hace con un salto de cama de raso de Lise Charmel. Luego le señala a una mujer de unos cincuenta años que va acompañada de su hija —los mismos rasgos en ella, desdibujados, aún sin terminar de perfilarse—. Knut se centra en la madre, no en la hija. Lleva el pelo muy cardado teñido de rubio claro, un vestido ajustado, zapatos negros de tacón muy alto. Su aire frío recuerda ligeramente al de Tippi Hedren.

Mira qué diferencia con los otros.

Sonia la observa sin disimulo.

No sabría qué decirte. ¿No ves que está operada? Fíjate en su boca. Esos labios hinchados... Y su

expresión... es como si estuviese congelada.

Knut continúa mirándola deslumbrado.

A mí la cirugía estética me parece muy bien.

Sonia se impacienta, se cruza de brazos, mira alrededor mostrando su desprecio.

Lo que tú digas. Pero tengo que ir al servicio.

Merodean un buen rato por la sección de cosmética. Sonia le indica lo que le interesa y él lo va guardando en sus bolsillos: dos botecitos de laca de uñas, una crema hidratante, una barra de labios, mascarilla facial. Hay muchos más stands que en El Corte Inglés de su ciudad, piensa ella, un montón de artículos que de pronto se le vuelven irresistibles. Los va escogiendo con entusiasmo infantil, el mismo con el que Knut se presta a complacerla. *Si vivieras aquí podríamos hacer esto más a menudo,* le dice. *Creo que no seríamos capaces de parar.*

La dependienta de Sephora se les acerca para ofrecerle a Sonia una sesión gratuita de maquillaje. Mientras le explica cómo debe aplicar los productos, Knut deambula entre los anaqueles. Sentada en un taburete alto, con la chica frente a ella extendiéndole polvos con una brocha, Sonia lo ve hacerse con el famoso Strivectin, *la crema de las celebrities*, como indica un vistoso cartel en tono

flúor. Knut coge el bote, le pega la etiqueta y se lo mete en un bolsillo de la chaqueta. Cualquiera que mirase en ese momento también habría podido verlo.

Pero no miraba nadie, le dice él cuando ella ha acabado. Me aseguré bien antes. Yo jamás improviso.

De todos modos ya es suficiente. Llevamos mucho tiempo dando vueltas.

Knut ríe, entrecierra los ojos con ternura.

¿Estás preocupada?

Sí, un poco. Vámonos. Ya tengo de todo. De verdad.

Se desplazan hacia la salida, y entonces Sonia lo ve desviar ligeramente la mirada hacia arriba. Los músculos de la cara se le contraen; enrojece de súbito.

¿Qué pasa?

Él no contesta. Sonia lo sigue con docilidad, sin preguntarle más. Uno de uniforme toma su walkie y dice algo, pegando mucho la boca al aparato. Sonia lo ve de refilón y luego baja la mirada. La cabeza le empieza a dar vueltas. Se le aflojan las piernas, siente náuseas. Desacelera el paso. La voz de Knut la rescata del desconcierto.

No te pares.

A sus espaldas vibra el sonido del walkie, luego un pequeño pitido, un «recibido» seco y cortante. Y sin embargo nadie los detiene. Las puertas mecánicas se

abren suavemente. Las cruzan. Los golpea el aire caliente e inmóvil del mediodía. La acera resplandece bajo el sol. Una explanada se extiende vacía frente a ellos. A lo lejos, un anciano camina penosamente con un andador ortopédico. La agitación ha dado paso a la lentitud. Avanzan unos metros más; luego Knut se detiene, se pone frente a ella.

¿Puedo abrazarte?

Sonia asiente. Se abrazan. Ella lo nota extrañamente relajado. La estrecha entre sus brazos, pero mira con fijeza hacia un lado, en dirección a uno de los aleros del edificio que acaban de dejar. Luego la toma por los hombros, la mira a los ojos, vuelve a acercarse y la besa en la boca. Sonia lo besa a él. Vuelven a abrazarse. Se besan así largo rato. Knut continúa mirando cada poco hacia el edificio. Sonia también está pensando en otra cosa.

Más tarde, en el restaurante donde Knut había reservado mesa, le explica lo que estaba pasando.

Teníamos una cámara encima. Pero no debían de estar muy seguros, por eso ni siquiera nos pararon para preguntar.

Sí, también colocan cámaras en el exterior. Una los estaba enfocando justo cuando ellos se besaban en la

explanada. A él le gustó hacerlo allí justamente por eso. *Debimos dejarlos a todos descolocadísimos.*

Rebaña con la cuchara en su segunda copa de helado y se echa hacia atrás en el respaldo del asiento. Previamente, tras inspeccionar a fondo los cubiertos, se había tomado un brownie y una *crème brûlée*. Y tres vasos de agua que tuvo que pedir uno a uno.

Si pusieran una jarra, como siempre les digo...

Sonia le da otro trago a su cerveza. A su lado está el plato que apenas ha tocado. Mira con disimulo el reloj. El restaurante está atestado; la camarera sorteja las mesas como puede; el servicio es lento y el lugar agobiante. Observa a los demás clientes. Una chica de su edad habla animadamente con un hombre de unos cincuenta años. Más allá, una pareja sola, elegante, seria, come con gran concentración, sin apenas dirigirse la palabra. En la zona de fumadores, cuatro hombres ríen a carcajadas y se interrumpen unos a otros al hablar. Knut llama a la camarera, que atraviesa el salón apurada, murmurando una excusa. Le pide que le traiga unas toallas húmedas para limpiarse las manos una vez más. Sonia lo mira con atención mientras él se las frota, con sus espesas cejas fruncidas y la paleta picuda ligeramente sobresaliendo de los labios —el único rasgo, quizá, que da algo de singularidad a su rostro—. Luego se inclina otra vez hacia

adelante, aparta el plato y extiende el brazo a través de la mesa. Se cogen de la mano. Se las miran durante unos minutos mientras entrelazan los dedos. Las manos de Knut son sólo algo más grandes que las de ella. Tiene las uñas bien cortadas, pulcras. Ella, en cambio, las tiene mordidas, con las cutículas sin sanear, y los dedos cubiertos de padrastrós, pellejitos y heridas.

Síntomas de una naturaleza inestable, dice él.

Sonia aparta la mano.

No te enfades. Yo también tengo la piel estropeada. Ya lo ves, se me descama y enrojece continuamente. Me salen granos y eccemas, y tengo un herpes en el labio que se reactiva cada invierno. Pero lo de tus manos podrías evitarlo con facilidad. Me gustaría ayudarte a que estén bien.

Ella se encoge de hombros.

¿Cuál es el plan ahora? Es ya bastante tarde.

Knut parece considerarlo un momento. Cabecea levemente, se lleva las manos a los labios.

Vamos a ir a un sitio para que puedas probarte la camiseta. Tal como hablamos.

¿A un probador?

No. Cerca hay un edificio de oficinas que conozco. Un tipo al que le vendo videojuegos y perfumes trabaja allí. A la parte de arriba nunca sube nadie.

¿A la parte de arriba? ¿A qué te refieres?

Hablo de la escalera, del distribuidor. El último de todos, el que da a la azotea. Allí no sube ni siquiera el portero.

De acuerdo, dice ella. Se miran en silencio.

Sólo cuando han pagado, él se acerca a su oreja y le pregunta: ¿Llevas puesto algún sujetador de La Perla?

El panel de salidas anuncia que ya puede acceder a la zona de embarque. Se levantan y se quedan el uno junto al otro, sin decir nada.

Tengo que irme.

Knut le roza un brazo. Todo el abatimiento del mundo parece haber caído de pronto sobre él. El roce quema; ella no se aparta, pero mira obstinadamente hacia el suelo. Puede oír su respiración agitándose al lado. Él le quita con suavidad un cabello que tiene adherido en la camiseta. *¿Puedo quedármelo?*, le pregunta. *Claro*, dice ella. Se acerca a él; lo abraza. Nota su cuerpo endurecido por la tensión. Knut emite un leve jadeo intermitente. Se besan una última vez. Ella se retira, coge todas las bolsas y se marcha sin mirar hacia atrás.

Deja en el maletero del coche las dos bolsas con los zapatos, más otra en la que está todo el botín que han pillado. El parking del aeropuerto está casi vacío, al igual que la carretera. Sonia conduce distraída. Las luces de emergencia de un coche en el arcén la sacan del letargo. Vaya faena, piensa, en mitad de la noche. La conductora está parada junto al capó abierto, con su chaleco reflectante puesto, inmovilizada. Su mirada se cruza con la de ella al sobrepasarla. Una expresión desolada, expectante. Sonia intenta no pensar en ello.

Aparca y vuelve a abrir el maletero. Saca los libros para el niño, recoloca las bolsas y extiende sobre ellas una esterilla.

Verdú la recibe somnoliento. La única luz que hay en el salón es la del televisor. En la pared se proyecta un tenue tono verde de una secuencia que está sucediendo en un bosque. A Sonia le escuecen los ojos. Se deja caer en el sofá y apoya la cabeza en el hombro de Verdú. Él le pasa la mano por encima, la besa en la sien.

¿Cansada?

Muerta.

¿Quieres cenar?

Ella niega con la cabeza.

Me tomaría una copa.

Verdú la coge de la barbilla y le gira la cabeza para que lo mire.

Sonia, dijimos que no más copas entre semana. Al menos entre semana. Es lo que dijimos.

Ella resopla, se frota los ojos.

Necesito desconectar. Tú no sabes cómo ha sido el día hoy. Nos han llevado de arriba abajo todo el tiempo. Reunión tras reunión.

¿Y allí no has bebido?

Por supuesto que no. Nunca bebo en las reuniones de trabajo. No es tan difícil de comprender que después de quince horas fuera una llegue a su casa y quiera tomarse tranquilamente una copa. Una puñetera copa. No estoy pidiendo más.

Verdú se levanta, la sondea con seriedad.

De acuerdo. Te prepararé un gin tonic. Pero irá ligerito. Y sólo tomarás uno.

Ella asiente, se tumba en el sofá, cierra los ojos. Se desabrocha la falda y la arroja al suelo.

Vaya, vaya, dice Verdú cuando regresa.

No pienses mal. Estaba deseando quitármela. Es muy incómoda. Me aprieta en la cintura.

Pues ahí va a mancharse. Me temo que el suelo no está muy limpio.

Me da igual. No creo que me la ponga nunca más.

Cuando pasen los años y tenga que recordar lo que fue la felicidad para mí, seguro que pensaré en los momentos que transcurrieron desde que aterrizó tu avión hasta que, de entre toda la multitud que salía, te vi de pronto a ti. Al principio creyó que no le reconocía. Incluso, por un momento, llegó a pensar que le había visto, se había arrepentido y se iba a dar la vuelta para esquivarle. ¡Cómo me latía el corazón! Pero luego ella lo miró y sonrió. Ahora, cada noche, trato de revivir esos instantes.

Sonia cierra el correo. ¿Qué podría contestar? Ya respondió a todas sus preguntas. Ahora toca analizar cada detalle del encuentro, punto por punto. ¿Te gustó besarme? Sí, besa muy bien. ¿Te sentiste incómoda con el cambio de camiseta? No, en absoluto, fue un momento bonito. Intenso. Especial. ¿Fue divertido acompañarme en mis expediciones? Divertido, claro, además de extraño..., no se hace algo así todos los días; ella sabe apreciarlo. ¿Qué dijo el niño de los libros? Le gustaron. ¿Ha visto Verdú algunos de los zapatos? No, todavía no, a ver cómo consigue sacarlos sin que sospeche. ¿Y el salto de cama? ¿Te queda bien? Sí, perfecto. ¿Habrá

algún día, aunque sea aún lejano, en que repetiremos lo que vivimos? Claro, seguro que lo habrá. *¿Querrás repetirlo?* Por supuesto que sí.

Poco después recibe otro paquete. *Es sólo el justo pago por el maravilloso día que me diste. Y ni siquiera alcanzo a compensar una mínima parte,* dice él. Una americana blanca de Armani. Sonia mira la etiqueta ya casi sin sorpresa. 499 euros. *¿Cómo ha podido hacerse con una prenda de ese precio?*, le pregunta. Advierte la progresión de los regalos, esa escalada creciente de la sorpresa que la ha mantenido hasta ahora enganchada y expectante. Primero fueron los libros, a los que se añadieron los discos; después comenzaron los perfumes; cuando eran demasiados mandó un sujetador, a lo que ha seguido todo tipo de lencería, pasando después a los zapatos, las cremas, la ropa de marca... Cuando todo parece desgastarse por la costumbre, llega una novedad. *¿Dónde está el fin?*

No debe preocuparse, insiste él. La americana es una prenda excepcional: *tenía* que ser para ella. A él le gustaría que se la pusiera abotonada, sin nada debajo, ni siquiera sujetador, como la modelo del catálogo del cual le envía una foto. Como el primer botón está bastante bajo, queda a la vista buena parte del pecho de la chica. *La insinuación de una oferta que aún no es nada,* dice

Knut. Pero yo no tengo el cuerpo de esa modelo, dice Sonia. No importa, insiste él. Yo estoy convencido de que te quedará estupendamente.

Ahora Sonia no sabe qué hacer con la americana. Se la prueba como él le ha sugerido, pero el efecto es totalmente distinto al del catálogo: simplemente aparece desvestida, como si se hubiese puesto la americana de cualquier modo para salir un momento a abrir la puerta. Se la prueba también con una camisa negra debajo y una falda. Se mira en el espejo y frunce el ceño. No. De pronto se ha echado encima diez años. Lo intenta con una camiseta de colores, vaqueros y zapatillas. Se vuelve. Se la abrocha. En los laterales se le forman pliegues. Le aprieta en el pecho. Y ese color, piensa. Una americana blanca. ¿Se supone que tiene que gustarle simplemente porque cuesta 500 euros? ¿Por la marca? No. Se supone que tiene que gustarle porque Knut la ha cogido para ella. Porque se ha arriesgado por ella. Porque ha fantaseado con ella y ahora espera que le confirme sus expectativas.

Sonia desiste de convencerlo. Sí, le dice. Le encanta. Le favorece mucho. Intenta guardarla en una bolsa, pero al doblarla se arruga demasiado. No puede colgarla en una percha, no puede ponérsela, ni siquiera puede regalarla — ¿a quién?, ¿qué pensarían?—. Todavía tiene los siete pares de zapatos en el maletero del coche, más los otros

dos ocultos al fondo del armario. Tiene toda la lencería en una caja, los perfumes de tiempo atrás aún sin utilizar, las cremas, las medias... Es demasiado, se dice, es demasiado. Se sienta en el filo de la cama, pensativa. Luego se levanta con brusquedad, agarra la americana y la mete de cualquier modo en una bolsa de basura.

A un metro del contenedor se detiene y se da la vuelta. Acaba de tener una idea mejor.

El precio de salida es de 299 euros. *Americana de Armani de esta temporada, talla 38, muy rebajada. Aprovecha para hacerte con una prenda de alta costura por mucho menos dinero.* Adjunta la foto que Knut le mandó de la modelo y todas las medidas cuidadosamente detalladas. Al principio entra cada media hora en su cuenta, abierta con seudónimo, para consultar el proceso. Pronto comprueba que no va a ser tan fácil como ella esperaba. Pasan los días y nadie puja. Cuando el anuncio está a punto de caducar, rebaja aún más el precio. *199 euros. Gran ocasión. ¡No puedes dejar pasar esta oportunidad!* Tampoco consigue pujas. La vuelve a bajar a 120 euros y es entonces cuando recibe la primera consulta. ¿Es auténtico el producto?, pregunta una mujer. ¿Puede mandarle alguna foto real? Sí, claro que es

auténtica. Puede devolverla si no está satisfecha cuando la vea. La americana es una preciosidad, una inversión que tendrá en su armario para toda la vida. Coge a escondidas la cámara de Verdú y fotografía la prenda extendiéndola con esmero sobre la mesa. También fotografía la etiqueta y la añade al anuncio. Con todo, la mujer no se decide. En ebay, donde abundan las falsificaciones, son muy importantes los comentarios y valoraciones de clientes previos, que Sonia todavía no tiene.

Un mes después, tras sucesivas bajadas, consigue venderla por 49 euros, en los cuales van incluidos los gastos de envío. La americana toma camino a su nuevo destino en un pequeño paquete que Sonia factura, al fin, con alivio. Días después aparece el primer comentario en su cuenta. Entusiasta, la clienta destaca la seriedad y la rapidez del envío. Sonia piensa que al menos eso le hará más fácil futuras ventas.

Mientras tanto Knut le ha estado enviando más regalos: otro lote de libros —*¿cuándo volverás a escribir más relatos?*, insiste—, un nuevo perfume —*estaba facilísimo, ya sé que tienes muchos, pero guárdalo para más adelante*—, un corpiño de encaje de La Perla —*digno de Dita Von Teese*—, unas medias de rejilla de Armani —*ídem*—, un pañuelo de Tous —*seda salvaje, sólo el nombre suena prometedor*—, un paraguas plegable

de Burberry —*para que lo puedas llevar siempre en el bolso*—. Sonia le da el frasco de perfume a su madre y el paraguas a una compañera de trabajo y pone todo lo demás a la venta, por lotes. Muchas personas siguen desconfiando de la autenticidad de los artículos y no se atreven a pujar salvo que ella baje mucho el precio, lo cual, a su vez, les hace desconfiar aún más. Aun así, consigue colocar varios perfumes, cuatro pares de zapatos y algunas medias, por menos de la sexta parte de su precio real. Sin embargo, la lencería es imposible de vender, incluso aunque prácticamente la regale. Pasa mucho tiempo contestando correos, preparando envíos y vigilando los plazos de caducidad de los anuncios. Periódicamente recibe pequeños ingresos en su cuenta, nada que le cambie sustancialmente la vida.

Un día le propone a Verdú que pasen fuera un fin de semana. Podrían alquilar algo cerca de la playa, dice. Al niño le encantará cambiar de aires. Hace demasiado tiempo que no salen de la rutina.

Invito yo, dice sonriendo. He estado ahorrando un poco.

Verdú levanta la vista del periódico, arruga la barbilla. En tan sólo un segundo, ella es capaz de descubrir todo el desdén que encierra el gesto. El batiente de una ventana, impulsado por el viento de fuera —es un día gris,

desapacible—, golpea rítmicamente el marco: ése será el sonido que ella recuerde más adelante, cuando repase toda la escena intentando comprender su sentido.

¿Qué pasa?, pregunta.

Es entonces cuando Verdú le habla del divorcio.

Knut la nota más distanciada. Ella no le explica la razón. *En los últimos tiempos tu actitud es evasiva y huidiza*, le dice él. Son etapas, explica Sonia, rachas que terminarán pasando. Admite que se encuentra desganada, pero no tiene nada que ver con él. Es el peso de la repetición, dice, todos los días iguales, que caen de pronto sobre ella y la inmovilizan. *Deberías dejar el trabajo*, sugiere él. *Sé que puedo resultar insistente, pero tú no tendrías que estar metida en una oficina. Deberías dedicarte a escribir y nada más. A lo mejor yo puedo ayudarte a conseguirlo.*

¿Otra vez lo mismo?, piensa ella. Ahora no le divierte nada de esto. Ni siquiera le sorprende. Lo único que siente es una leve irritación, que no llega a convertirse tampoco en verdadera molestia. Simplemente, no le discute. Le dice que sí, que ojalá pudiera dejarlo todo —y para ella *todo* es algo muy diferente a lo que piensa Knut—, pero jamás se plantea posibilidades reales. Un día Knut le

propone que le haga una lista de los artículos que ella necesita en su vida diaria. Él puede robarlos y enviárselos, con el consiguiente ahorro para Sonia. *Comprendo que esto no cubre todas tus necesidades, pero sí algunas. A lo mejor, con mi colaboración, puedes pedirte al menos una reducción de jornada. Vamos a probar al menos. Déjame que lo intente.*

¿Una lista? ¿Él va a ir tienda por tienda tachando los artículos según los vaya consiguiendo? Debe de ser muy cansado hacer eso, dice Sonia, no cree que merezca la pena. Además, lo que ella necesita es demasiado prosaico: papel higiénico, detergente, legumbres, bombillas, cuadernos, cosas de ese tipo. Él tendrá asuntos mejores que hacer antes que perder así el tiempo con su compra. Knut reitera que no es ningún problema. *Obviamente, pondremos en la lista objetos que se puedan transportar fácilmente, de modo que el coste del envío no te suponga una merma en el ahorro. Las bombillas y los cuadernos, por ejemplo, sí puedo enviártelos. Piensa en artículos caros que pesen poco. Todo se puede conseguir. No me llevará tanto tiempo y, además, de lo que yo dispongo en esta vida es justamente de todo el tiempo del mundo.*

8. LA LISTA

Lápices de colores, los cuadernillos que le han mandado al niño en su primer año de colegio, acuarelas, libretas, diecisiete libros para sus clases de italiano (entre manuales, diccionarios y lecturas), un ratón para el ordenador, una tarrina de dvds vírgenes, tampones, unas tijeras de cocina, dos coladores (de 14 y 18 centímetros), mascarilla para el pelo, trampas antimosquitos, recambios para las trampas antimosquitos, crema de manos, acetona para las uñas, crema protectora para el sol (infantil y de adultos), seda dental, cacao labial, comprimidos de levadura de cerveza, comprimidos de valeriana, jamón envasado al vacío, piñones, figuritas de Playmobil, muñecas Bratz para Elena, limpiador para la plata, videojuegos para Lucas, calcetines, plantillas para las zapatillas, bobinas de hilo de varios colores, brochas de maquillaje.

Además, todo lo que Knut va añadiendo por su cuenta y que Sonia acepta sin poner demasiados inconvenientes.

Unos guantes de piel y otros de lana de Tous. Una bufanda de Donna Karan. Unas bailarinas de Armani. Un tratamiento facial completo de Roc. Un spray autobronceador para las piernas. Un bañador de La Perla. Más medias. Un pijama de raso, con pantalón corto y top de encaje, de Calvin Klein. Una cartera de mano de Purificación García. Un pañuelo corto, para el cuello, de Hugo Boss. Libros (los cuentos de Nabokov, los de Juan José Saer, los de Javier Tomeo, los de Benet). Música (ahora le ha dado por la discografía de Jordi Savall). También un mp3 y un nuevo móvil.

Sonia vende por ebay los guantes de Tous (sólo los de piel), la bufanda (odia el estampado con las letras DKNY), las bailarinas de Armani (que nunca se habría puesto de ningún modo) y la cartera de mano (el *strass* le parece totalmente fuera de su estilo).

9. POR ESAS MISMAS FECHAS

¿Qué roles crees que jugamos cada uno en esta relación? Pienso que, unas veces, el de madre e hijo; otras, el de padre e hija. Ser como hermanos estaría bien si no tuviéramos que preocuparnos por ciertas cortapisas incestuosas. Lo que sí tengo claro es que nuestra relación nunca podrá ser «normal», tanto para lo bueno como para lo malo.

Verdú como impostura. Su irrealidad construye una barrera ante la fantasía que se desboca —que se les desboca a ambos—. También persisten la tristeza y los vaivenes. La soledad, a ratos, muerde con insistencia. Sonia ha cumplido treinta años; puede mirar hacia atrás y descubrir tras ella un camino enroscado, sinuoso, en el que ya no es capaz de atisbar el lugar de salida. El vacío que ha dejado su abuela al morir es mucho más grande de lo que jamás hubiese imaginado. En su familia se ha dicho siempre —y se repitió constantemente en el entierro— que ella es una copia exacta de su abuela. En su aspecto físico, pero también en su carácter, dicen. Sonia conserva ahora la foto de la manta, la antigua fotografía con los bordes quemados. Mira a la joven —más joven de lo que ella es ahora— y se dice: ojalá. En la mirada de la fotografía hay una pureza y una intensidad deslumbrantes,

un destello de asombro que Sonia cree haber perdido hace tiempo. Cuándo empezó todo a torcerse, se pregunta.

La fantasía se expande para ocupar los huecos. Cada uno los suyos, piensa Sonia, pero un hueco es nada al fin y al cabo. Siente que estas ausencias la acercan a Knut. No siempre, desde luego, pero cuando sucede es bajo la ilógica de la desesperación.

La fantasía crece y se los come. La fantasía va ganando densidad y peso.

Fantasear se convierte en una necesidad para los dos. Lo hacen a diario. La diferencia es que Sonia es capaz de olvidarlo al día siguiente. Knut no. Knut no olvida nada, todo se acumula.

Ella se fotografía de nuevo con un par de conjuntos, frente al espejo, imágenes de mala calidad, de una turbiedad atrayente, que esta vez sí le manda a Knut tras editarlas para pixelar su rostro. A él le entusiasma el resultado. Le dice que está arrebatadora. Sin embargo, no es en esas imágenes donde radica el erotismo que le atrae. Lo fascinante anida en lo indirecto. Mucho más que esas fotos, por ejemplo, le excita el recuerdo del trayecto que hicieron en autobús desde el aeropuerto hasta el centro de Cárdenas. Al avanzar por el pasillo, Sonia había levantado el brazo para asirse a la barra y él vio bajo sus axilas un leve rastro de sudor. *Un detalle, ya, pero ¿cómo es eso*

tan bíblico que dice Hamlet de que hasta en la caída de un gorrión está la Providencia? Nosotros nos subimos al autobús sólo para que yo pudiera darme cuenta de todo lo que te deseaba. En particular, de cuánto deseaba besar tus brazos, con sudor incluido.

El cabello que lleva guardado en su cartera. La camiseta que se probó delante de él. El tacto de las prendas recién adquiridas. La cuidadosa preparación de su envío. Insinuaciones y fragmentos de insinuaciones. *¿Qué imaginas conmigo?* Ambos se refugian y se consuelan.

Fantasean con la posibilidad de volverse a ver. *¿Podrían llegar a pasar juntos una noche completa, alguna vez?*, pregunta Knut. *¿Ella lo ve factible? Modestamente, creo que me merezco contemplarte con las medias blancas y los zapatos marrones... y nada, nada más. Con el corpiño negro, las medias de rejilla y los primeros zapatos rojos... y nada más. Con la túnica y esos mismos zapatos... Con el liguero blanco, las medias blancas, alguno de los sujetadores blancos... Con el conjunto de florecitas que dices que te queda tan bien y las medias de topos.* Cuando habla de verla, insiste, es sólo verla. Si fuese más allá de eso, el hechizo se rompería irremediablemente. *No hay que ceder nunca al impulso*

primario. Es así como yo lo prefiero.

Es Sonia quien propone fijar una fecha. ¿Qué tal de aquí a un año?, sugiere. *Así nos probaremos a nosotros mismos que nos sigue atrayendo la idea, que no es sólo fruto de una ocurrencia del momento.* Knut le replica que él no tiene que demostrarse nada. *Tú temes las consecuencias de tu veleidad, y haces bien en ser prudente. Pero, en lo tocante a mí, no tengo la menor duda.* El plazo del año le parece bien. Él prefiere tener todo ese tiempo por delante para fantasear. *Lo más excitante siempre es la propuesta.*

¿Qué podríamos hacer?, se preguntan el uno al otro. *Me gustaría que los dos decidiéramos qué prendas y calzado te vas a traer.* ¿Qué cree ella que le queda mejor? En el hotel podría ponerse aquello con lo que se sintiera más cómoda. Le menciona regalos —una falda, varios pares de zapatos, una blusa— que ella hace meses que vendió. Sonia confía en que se olvide. Hay tanta ropa entre la que elegir, tanta que aún guarda y está sin estrenar, que es absurdo preocuparse por ello. Aún queda demasiado tiempo para que llegue el día del encuentro. Si es que llega, se dice. En ningún momento termina de creérselo.

¿Qué podríamos hacer?, se repiten. Besarse, sí. Ya se besaron la otra vez, y a ambos les gustó, ¿no? Se besarán entonces: en las mejillas, en la boca, en la frente, en el pelo. Ella debe dejar que le bese las piernas, con unas medias puestas, lentamente, subiendo desde los tobillos hasta las caderas. *Posar mis labios en tu pelo, sentir el hueso de la pelvis ceñido por uno de los corpiños, deslizar los dedos entre las cintas, las hebillas...* También le gustaría acariciar los zapatos calzados en sus pies, con suavidad, sin prisa. *Podría pasarme así la noche entera.* Esto no supone quiebra alguna de sus propósitos iniciales. No va a tocarla directamente. No se atrevería. Asegura tenerle un respeto reverencial. *Extremo*, dice. Quiere mirarla, eso sí, mirarla semidesnuda, salvaje, elegante. *Felina.*

A Sonia, el catálogo de fantasías que él le expone le resulta tan atractivo como perturbador. Knut se detiene en los detalles, en la sutileza de la ambigüedad. Le gusta imaginar su aparición en el aeropuerto, el momento en que él vaya a recogerla. *Avanzas hacia mí con la chaqueta blanca de Armani, abotonada y sin nada debajo, ni siquiera sujetador. Tus pechos oscilan levemente mientras caminas. Se te insinúan los pezones.*

Llevas también la falda negra, la misma que te pusiste la otra vez, pero sin ropa interior. Sólo un liguero, las medias y unos espléndidos zapatos de tacón. La seda de la falda se te adhiere con delicadeza al pubis. El triángulo que se forma es de lo más excitante. No se te ve nada, pero cualquiera puede notar que, bajo la chaqueta y la falda, vas completamente desnuda. Si ella lo permite, podrían ocultarse en algún rincón para quedarse a solas unos minutos. Sonia se levantaría un poco la falda, apartaría la tela, quizá se acariciaría mientras él la contempla. Knut fabula la escena dando infinitud de rodeos: es capaz de escribir un largo párrafo para detallar cómo se le tensan los músculos de un muslo, pero despacha, con una simple evocación, el resto. Todo es delicado, vaporoso y, al mismo tiempo, profundamente perverso.

Los dos planifican la cita con una convencida concreción. Barajan, por ejemplo, hoteles donde podrían pasar la noche, discuten precios, ubicaciones, se enfrentan por sus diferentes gustos. Todos los que él propone son caros y sofisticados, pero también fríos y anónimos —la mayoría están en las afueras o en zonas de negocios—. *Reconozco que me excitaría mucho dormir en uno donde*

se esté celebrando al mismo tiempo una convención de empresarios, y encontrarnos con ellos en el desayuno, y sentir que te miran con deseo y que tú les devuelves la mirada con altivez, y que yo pueda ser testigo de todo ese cortejo. Aunque sólo sea por un día, será conveniente que ella lleve al menos una maleta con un surtido de las prendas más apetecibles. O más bien todas las que te quepan, aunque no nos dé tiempo a usarlas todas. No se trata de probárselas allí, con él delante, sino de seleccionar combinaciones entre los dos y que ella se vista en el cuarto de baño mientras él la espera mirando el resto de la lencería extendida en la cama. Incluso preferiría que tardaras un poco, para que la expectación fuese creciente. Le describe posibles variantes, desde el atuendo que ella llevará —el corsé fucsia y unas medias negras... o el body beige de encaje y los zapatos azules... o el corsé con ligas rojas y las medias con lazo— hasta la puesta en escena —ella recostada en un sillón..., ella frente a un espejo..., él de pie y ella sentada..., él tumbado y ella de pie— y lo que harían a continuación —mirarse solamente... o tocarse por separado, mirándose a los ojos... o susurrar obscenidades, sin hacerlas...

Aunque las fantasías suben de tono, Knut continúa utilizando eufemismos. Le dice, por ejemplo, que la única forma de consumación posible sería que él *acabara* sobre

su cuerpo, pero sin rozarla. Luego podría sacar una fotografía del *resultado*, en la que no se verían sus rostros. Dada su evidente incapacidad de *hacerlo* directamente con ella, otra posibilidad sería contemplarla *haciéndolo* con otro, a poder ser uno más joven, casi un muchacho, como si ella estuviese enseñándole. Knut se limitaría a mirar y ella, bueno, ella le devolvería la mirada a él, con ternura.

Enviarle estas propuestas y no obtener respuesta de inmediato le sume en un estado de angustia y remordimientos. Enseguida piensa que ha ido demasiado lejos y que Sonia se ha molestado, aunque ella se apresure a aclararle que no. Entonces, ¿por qué nunca le cuenta lo que le gustaría hacer? No basta con escuchar o asentir para luego no aportar nada más. *Si no me correspondes en mis relatos, me siento desprotegido, no sólo frente a ti, sino ante la totalidad del mundo.* Él nunca había sido capaz de revelar —ni siquiera a sí mismo— ni una mínima parte de estas fantasías: ¿no es eso una prueba de la limpieza de su sentimiento? ¿De todo lo que es capaz de hacer por ella? ¿De todo lo que en realidad la quiere? Hablar de sexo siempre ha sido incómodo para él. Incluso leer sobre él. Joyce y Nora, dice: *me atraían pero los rechazaba.* ¿Qué hay de ciertos fragmentos de Beckett? ¿Y Faulkner? ¿Acaso en Faulkner no están la lascivia, la

brutalidad y el incesto? ¿Recuerda los libros de Agota Kristof? ¿Y los de Jerzy Kosinski? ¿Y los de Elfriede Jelinek? Un escándalo, claro, para la sociedad a la que apuntan con el dedo. Pero ¿qué es el sexo sino una acusación? A ella que tanto le gusta el cine, ¿qué le dice de Bergman, de Buñuel? ¿Y de Pasolini? No, no debería asustarse. Cada palabra tiene su envés. *Mira detrás*, le dice, *y me encontrarás ahí esperándote, temblando e inseguro.*

¿De verdad quiere saber lo que ella desea? En uno de sus días de soledad y de ira, Sonia le escribe con crueldad, sin tener muy claro si busca estimularlo o distanciarlo. Le gustaría que la tratara con desapego, dice, con brusquedad incluso. Que la utilizara para satisfacerse, sin tanta parafernalia, sin sofisticación. Eso es lo que hace con las otras, ¿no? ¿Por qué no puede hacerlo también con ella? Él le replica: precisamente porque lo hace con las otras. Le dice que ese deseo de ser usada, su profundo rechazo a *algo* más que él se atrevería a llamar *respeto* —si es que la palabra *amor* le parece excesiva—, debe de tener raíces en su historia familiar, y particularmente en la infancia, donde, como ella sabe, nace todo. *Quieres ser usada, como la Deneuve en Belle de jour, porque eso te*

permitirá actuar con más frialdad cuando sea necesario. La crueldad de los demás justificará la tuya en el futuro. Para ti es tanto una manera de protegerte como una consecuencia del miedo que te produce mi entrega. Por eso me has contestado así. Sencillamente, no te creo.

Justo por esas fechas Knut conoce a otra mujer, una de cuarenta y tantos, con la que empieza a quedar a menudo. Sonia le pide más detalles. ¿Cómo es? ¿Qué es lo que le atrae de ella? Él le cuenta que vive en otra ciudad, pero no le concreta en cuál. Una que está cerca, dice, a una hora en tren, aunque es siempre ella la que se desplaza hasta Cárdenas. *Yo, ya lo sabes, soy bastante inmovilista.* La conoció por internet. Al principio chateaban durante todo el día, aunque sus conversaciones eran intermitentes e insustanciales, probablemente porque ella también charlaba al mismo tiempo con más hombres. Knut le había reprochado su adicción a internet, que ella negó enfadada hasta que no le quedó más remedio que admitirla. Seis horas al día son muchas, decía, ella como mucho se pasaba cuatro o cinco conectada. Cuando Knut le demostró con un detallado registro de entradas y salidas que eran seis horas e incluso más, le dijo que quién se creía que era para llevarle el control, y que además él

debía callarse más que nadie puesto que también se pasaba allí todo el día. *Aparte de que el consuelo de atenernos a lo que hacen los demás es más bien magro, y en ningún caso nos disculpa a nosotros, mi situación no es como la suya. Con la única persona con la que estoy enganchado es contigo, pero lo nuestro hace mucho tiempo que dejó de pertenecer al ámbito de internet.*

M., como la llama para identificarla, se contradice continuamente, no razona, es perezosa, veleidosa, caótica. *¡Son los mismos defectos que me achacas a mí!*, señala Sonia. No, responde él: son rasgos femeninos que se manifiestan de distinta manera en cada mujer. Así, a diferencia de Sonia, lo que M. le despierta no es veneración, sino un acusado instinto sádico. Quiso quedar con ella no porque le atrajese en absoluto, sino justamente por lo contrario: porque le repelía. Interés científico, añade. Admite que le gusta fustigarla porque es una vía para fustigarse a sí mismo.

Físicamente tampoco es atractiva. *Ella asegura que proviene de una familia muy adinerada, pero que es la oveja negra, la hippie, la rebelde, lo cual la justifica para presentarse con unas pintas... Greñas, ropa barata... Siempre tiene los ojos acuosos, como si acabase de estornudar, y fuma sin parar, lo cual seguramente ha terminado afectando a su piel —amarillenta— y a sus*

dientes —renegridos—. *La primera vez que la vi tenía el pelo como si no se lo hubiera lavado en unas cuantas semanas. Esto no es una crítica contra ella. Si tú, yo, Greta Garbo, Paul Auster, o quien sea, no nos lavamos el pelo en un mes, también se nos pondrá asqueroso. Para concienciarla le indicó que, debido a la falta de higiene, se le estaba cayendo, sobre todo por el medio. Ella le dijo que se equivocaba, que le crecía sin parar. «Mira, mira, toca aquí, el otro día tuve que cortármelo en casa de tanto que me crece», se empeñó en mostrarle, agarrándole del brazo. El día en que se quede calva seguirá convencida de que luce la melena de un león. ¿Es mejor callarse, acomodarse en una falsa compasión, que desvelar estas cosas, aunque sean inconvenientes? Si no tengo razón en mis apreciaciones, no hay riesgo de dañarla. Y si la tengo, debería tomarlas como oportunidades para mejorar, puesto que no le hace ningún mal que alguien le señale lo que ella es incapaz de ver.*

También le había llamado la atención su forma de caminar. *Como si estuviese colgada por los hombros, con un vaivén que, ya al verla de lejos, desagrada. Sus movimientos son parecidos a los de un niño que está aprendiendo a andar, con la diferencia de que en una mujer de su edad el efecto es chocante. Le sugirió que*

quizá debería usar unas plantillas, aunque se teme que esos andares sean más bien el resultado de tanto ansiolítico como toma. *Ojo, que yo también ando torpemente. Pero en el caso de los hombres, andar de forma rara es algo que se corresponde con personalidades fuertes, hasta el punto de que antes se asociaba con el diablo o con la aparición de alguien de una singularidad luciferina, como sucedía con Stalin. Y ése no es, ni mucho menos, su caso.* Siempre da la impresión de que está pensando en algo muy importante, algo que no la deja vivir. *Así que vas con ella y parece que la llevas a un sitio adonde no quiere ir. Le dices algo y sigue fumando o mirando al suelo, con cara de asco, hasta que al cabo de medio minuto le da por contestarte.*

El primer día que quedaron M. le contó que tenía un amante —primero dijo *novio*, luego *amante*, porque a su edad, matizó, ya no se tenían *novios*—. También le dijo que ambos habían elegido ser libres. Knut le preguntó si eso significaba la posibilidad de mantener otras relaciones simultáneamente. Sí, sí, justo eso. Inclina la cabeza al asentir como si le pesara muchísimo. *Debe de tener las cervicales hechas papilla, con tanto vaivén.*

Luego estuvieron almorzando en un restaurante bastante caro. *Pagó ella no de muy buena gana, aunque prometí compensarla de inmediato.* Al sacar el dni junto

con la tarjeta de crédito, Knut constató lo que ya sospechaba: que tenía algunos años más de lo que le había dicho. Se lo indicó, y ella se limitó a sonreír tristemente.

Fueron a varios centros comerciales, donde le pilló tres perfumes, una camiseta, dos cremas y cuatro películas. *Todo junto sobrepasaba con creces el precio de la comida, pero tampoco parecía satisfecha.* En eso se les pasó la tarde. Luego estuvieron cenando sin ninguna prisa, a pesar de que el último tren que volvía a su ciudad salía antes de las once. Según se acercaba la hora, Knut le recordó que convenía ir aligerando. Ella no se apuraba. Quería fumarse el último cigarrillo, y el último, y el último. Unos minutos más tarde él le insistió. M. hizo el ademán de pedir la cuenta, pero el camarero pasó de largo y ella se quedó pensativa. Por fin, justo al límite, salieron del restaurante. Él le dijo que si cogía un taxi hasta la estación aún podía llegar a tiempo. Pero a ella ya parecía darle igual perder el tren. Lo miró con desidia y le propuso que fueran a un hostel. *Cualquiera que oiga la historia pensará que yo alargué la cena a propósito o que la induje a beber, como en los cuentos infantiles.* Knut le dijo que él no se metía en un hostel ni con la mismísima Ava Gardner. Por esa zona uno costaba 40 o 50 euros, mientras que por 85 había un hotel de cuatro estrellas bastante aceptable. A M. le pareció bien. Tomaron el

camino y él, no sin rubor, le preguntó si tenía preservativos. No, respondió ella. Knut tampoco. *Prueba, como puedes ver, de que yo no había planeado nada.* M. entró en un Vips a comprarlos, mientras Knut esperaba fuera. Tardó al menos veinte minutos, y él se dedicó a observar el desfile de lo inalcanzable pasando frente a sus ojos: *americanas increíbles, noctámbulas de exquisito atractivo, en grupos, solas, una chica con varios chicos, parejas...*

El hotel estaba completo. La recepcionista les dijo que un viernes por la noche, a esa hora y sin reserva, les iba a ser muy difícil encontrar algo libre. M. balbuceó de nuevo la posibilidad de un hostel. Lo mismo daba, dijo la recepcionista: los hostales también debían de estar llenos. Ya en la puerta, tiritando de frío, Knut le mencionó uno de cinco estrellas, a 170 euros, pensando que quizá así ella renunciaría. Incluso le dijo que, por menos de ese dinero, podría coger un taxi hasta su ciudad. *Me daba pena rechazarla, pero seguía sin tener ganas.* Los taxis iban y venían; ella no se decidía. Caminaron en silencio. Luego se sentaron en un banco. M. continuaba fumando un cigarro tras otro. Se volvió hacia él y le confesó que en realidad se sentía culpable por su novio. ¿Pero no le había dicho que ambos acordaron tener libertad para estos asuntos?, le preguntó él. Aun así, insistió ella. Se sentía

culpable, se sentía culpable, repetía. Bueno, dijo Knut. Pues no harían nada. Se levantó dispuesto a marcharse. Ella lo tomó de la mano. Le rogó que se quedara a su lado. ¿Ya no iba a sentirse culpable?, le preguntó Knut. Que no, que no, que sólo había sido un ramalazo, que ya lo tenía claro. Knut le pidió que se lo pensara bien, pues él era un hombre y si finalmente ella se echaba atrás, él no iba a poder hacerlo. Le explicó que quienes cambian tan rápido de opinión, lo mismo lo hacen en un sentido que en otro, y que al día siguiente podía estar arrepentida. Ella no respondía. Lo miraba y ya está.

A las cuatro de la mañana estaban por fin en la habitación del hotel de cinco estrellas. Tardaron en empezar. A Knut le gustaron sus pechos, que eran más grandes y mejores de lo que esperaba. Pero tres detalles lo agobiaron: no soltaba el cigarrillo —enseguida el aire de la habitación se hizo irrespirable—, tenía puesta una compresa —*mirar tal símbolo de vuestra aberrante fisiología debería estar incluido entre los ejercicios budistas para alejar la concupiscencia*— y no llevaba depiladas las axilas. En otras circunstancias, esto último podría haberle resultado incluso excitante. Imagina a Sonia, por ejemplo, y se da cuenta de cuánto le gustaría verla con vello. Pero en M. era una muestra de imprevisión y suciedad.

Sólo consiguieron *hacerlo* al cabo de un buen rato.

Antes de dormir, Knut mencionó la tortura de Savonarola, un pensamiento que se le ocurrió de pronto sobre la desesperación y el arrepentimiento. Como ella no respondía, encendió la lamparilla junto a la cama, la miró a los ojos y le pidió que le dijese, con sinceridad, si sabía de quién le estaba hablando. «Sí», musitó M. sin energía. Knut le rogó que le dijese cuanto supiera de Savonarola, para demostrárselo. M. soltó una risita y le dijo que se le confundían los datos, que estaba demasiado cansada y que además ya era hora de dormir. Y durmieron durante dos o tres horas. Por la mañana, Knut se atiborró de dulces y zumos en el buffet, mientras leía la prensa. A ella le sugirió que, si le querían cobrar el desayuno, argumentase que el recepcionista nocturno les había dicho que estaba incluido en el precio. La trola terminó colando. *Seguro que al día siguiente le cayó una bronca a ese recepcionista. Un tipo bastante desagradable, por cierto. Nada que no estuviese previsto entonces en el orden del universo.*

M., de la que ahora le habla a diario, se convierte en la nueva obsesión de Knut. En sus correos alterna los elogios para Sonia con el desprecio hacia ella, como si de

alguna manera las estuviese contrastando. Le describe, por ejemplo, lo mal que le queda la lencería. *En ella pasa de ser sugerente a... plenamente ridícula.* Quizá eso es sólo el resultado de traspasar la fantasía a la realidad, sugiere Sonia. *No creas que conmigo va a ser tan diferente.* Knut pone demasiadas expectativas en ella, tantas que hace que se sienta insegura. Recrea con tanta precisión cada detalle de la lencería y de su cuerpo, que ella teme defraudarle. La lencería le queda como a otra cualquiera, y desde luego mucho peor que a las modelos de las etiquetas. Las fotos que le mandó eran tramposas en tanto que favorecedoras; las escogió dejándose llevar por la coquetería. Nada será tan perfecto como él cree y ella terminará convirtiéndose ante sus ojos en otra M.

Knut trata de tranquilizarla. Le asegura que como él la desea, ningún hombre la deseará jamás. No se refiere a la intensidad, sino al modo. Lo que le atrae de ella es su conducta —indeliborada— ante la lencería, desde que le mandó el primer sujetador. Si se hubiese comportado de otra forma, no le habría mandado ninguna prenda más. Pero ella hizo justo lo que tenía que hacer: recibirlo con entusiasmo, describirle cómo le quedaba, comprender su impulso y no sólo no censurárselo, sino incluso alentárselo. *Así como te dije que me da igual que tus relatos sean imperfectos, ya que con tu talento llegarán*

algún día a ser perfectos, así te digo que lo que me seduce de ti es tu actitud hacia la lencería, la misma que ha dado lugar a que te regale toda esa colección de prendas, y la misma, al fin y al cabo, que te llevó a ti a tomarte las fotos y escoger las mejores —cosa que, por cierto, jamás haría M.—. ¿Recuerdas cuando te cambiaste la camiseta y te mencioné lo de la cicatriz? ¿Crees que me importó? Al revés: no sabes lo que daría por reunir el arrojo de besarla. La coquetería no es el error, sino justamente lo contrario: el logro. Instintivamente actúas justo como más lo deseo.

Como muestra de lo que le está hablando, le reenvía una foto que M. le había mandado a él. Es un autorretrato desenfocado en el que se la ve exageradamente maquillada, vieja, fea, cansada. Los ojos turbios miran directamente a la cámara, pero parece estar pensando en otra cosa. Tras ella se adivina un gran desorden: archivadores de cartón arrumbados sobre una balda, una cama deshecha, trastos inidentificables desperdigados por el suelo. *¿Ves? No exageraba.* No es la imagen en sí lo que le sorprende, sino el hecho de que se la mande, esa absoluta falta de conciencia de sí misma. *¿De verdad esperaba un comentario elogioso? Ni siquiera se había*

preocupado de ordenar un poco la habitación, de recortar la foto o de atenuar con un filtro los brillos que le salen en la cara. Cuando la recibió, Knut sólo le hizo una crítica. Mejor dicho, una pregunta: «*¿Estás satisfecha de esto?*» Nadie está nunca satisfecho del todo, le había respondido ella. «*¿No crees que te has convertido en un despojo, sobre todo anímicamente?*», insistió él. M. se había quedado muy afectada por sus palabras. Le preguntó a qué se refería. A sus cambios de opinión y de ánimo, dijo él. «*¿Eso es ser un despojo?*», preguntó M. Por supuesto. Un despojo es alguien anímicamente confundido. Ella le dijo: «*Mi ciclotimia es la prueba de que estoy viva.*» Él respondió: «*No. Constatas tu ciclotimia porque estás viva, y también podrías luchar contra ella y seguirías igualmente viva.*» Ella le replicó: «*No me conoces para juzgarme así.*» Él le dijo: «*Claro. Ahora empezamos con las frases hechas: nadie conoce a nadie, el ser humano es impenetrable, apenas nos llega una chispa de la luz del alma humana, el tiempo se lo lleva todo...*» Reconoce que fue excesivamente áspero con ella, pero se sentía muy tenso por culpa de un número de teléfono que estaba apuntado en una libreta y que no conseguía identificar. *Ya sabes lo que me afectan los olvidos. Yo había escrito el número, pero no sabía cuándo, de quién era ni por qué lo había anotado. Me esforzaba en recordarlo, sin éxito, al*

tiempo que charlaba con M., lo cual me volvía cada vez más y más brusco con ella.

Sonia le afea su conducta. Su actitud hacia esa mujer raya en la crueldad. ¿De verdad es necesario tratarla así? Sí, él lo cree necesario. La veleidad no radica sólo en el cambio de opinión, sino sobre todo en no percatarse de él. Por eso es preciso que alguien le haga ver a M. sus contradicciones. ¿Y qué importancia tiene que se contradiga?, pregunta Sonia. ¿Qué más le da a él? *Claro, ésa es la otra trampa de la veleidad: hacernos creer que no es para tanto. Pero sí lo es, porque la veleidad se transmite por metástasis. ¿Acaso tú te reconoces en M. en un futuro? A lo mejor era tan guapa o más que tú. Pero en ella está ahora el peso —que no el paso— del tiempo. Yo únicamente trato de reflexionar sobre ello, ya que vosotras no estáis dispuestas a hacerlo.*

¿Dispuestas a qué?, contesta Sonia. ¿A reflexionar sobre qué? Él siempre está dándole vueltas a todo, ¿no se da cuenta de lo agotador que resulta? *De lo mismo me acusa M., dice Knut, pero sois vosotras las que dais vueltas y más vueltas. Yo voy en línea recta: rectitud y dureza, tal como determina la simbología masculina. ¿Y cuál es la simbología femenina?, pregunta Sonia. El círculo, obviamente, donde vosotras estáis atrapadas.*

M. y Sonia, Sonia y M. Un día Knut le desvela otra fantasía. Él podría *hacerlo* con M. estando ella justo al lado, para que él sintiese que en realidad lo está *haciendo* con Sonia. *Ya sabes que a ti te respeto demasiado para intentarlo, pero con esa mediación sí lo veo posible.* No sería una situación tan fría como parece. Podrían compensar la falta de contacto físico con miradas y palabras de amor. Por ejemplo, cuando M. se fuese al servicio, él se acercaría a ella y le susurraría al oído algo tierno, que los acercara entre sí y la excluyera a ella definitivamente. *Decirte, por ejemplo, que te quiero. ¿Te molestaría eso?*

Sonia lo lee y siente un nudo de inquietud en el estómago. Hasta entonces todo se había jugado en el plano de la irrealidad. Ahora, se da cuenta, Knut está buscando la manera de hacer real esa irrealidad. Sonia es consciente de su culpa. Si ni siquiera le gustaron sus besos, ¿cómo se ha metido en esta historia? Fue ella misma quien, irresponsablemente, con ese *no-sé-por-qué* que él tanto le censura, lo ha alentado a llegar hasta ese punto: ella la que finge entusiasmo, la que le ha mandado fotos con la lencería y los zapatos, quien propuso la cita y quien, finalmente, fijó la fecha, aun sabiendo que todo era una farsa. Se siente bloqueada, furiosa consigo misma y, también, ligeramente asqueada.

¿Por qué no me respondes?, le reprocha él. Me haces sentir fatal. ¿Ves hasta dónde nos lleva tu capricho? Me pides que te cuente fantasías para acto seguido asustarte. Me calificas de mojigato porque no escribo ciertas palabras, pero te espantas y huyes a la más mínima. Ella le dice que su silencio no tiene nada que ver con sus relatos. No, no se ha asustado, le asegura. Es que ahora tengo otro problema. Algo que me impide darte una respuesta. Te lo contaré en cuanto pueda. Dame unos días.

Son justo los que necesita para pensar, aunque en su cabeza ya bulle una posible solución para escapar airosa del encierro.

Y la excusa es otra irrealidad más. Mentira sobre mentira, qué más da: Verdú aún puede serle útil para esto. Le cuenta que descubrió el último paquete en el armario, aún sin deshacer. Con las prisas, dice, ella lo había dejado a la vista, sin pensar que podía llamarle la atención, cosa que finalmente sucedió. Lo peor fue su estupor —el de ella—, no tener preparada una excusa: el rubor, los labios temblando, la palabra que no terminaba de arrancar, el balbuceo. Las prendas todavía conservaban puestas las etiquetas. ¿Las recuerda Knut? El ligero, 215 euros. Las

dos bragas, 89 y 119 respectivamente. El sujetador, 185. Los tres pares de medias: 40, 45 y 45. Para desconcertar aún más, estaban también las cremas, un buen montón de *rotrings*, un compás, la nueva carcasa para el móvil, un cortaúñas, varias cajitas de hebras de azafrán. Y las direcciones de la caja. Destino: ella. Remitente: él. ¿Qué explicación podía darle a todo eso?

Al principio le dijo que eran compras que había hecho por internet. «¿Por ese importe? ¿Estás loca?», le preguntó él. No, no, mucho más rebajado. Que había sido un antojo. Él no la creyó. Presionó hasta que Sonia flaqueó y admitió que sí, que eran unos regalos. «¿Regalos de quién?», preguntó él. De un amigo. «¿Qué tipo de amigo hace esos regalos?» Ella le dijo que su amigo trabajaba en La Perla y que podía conseguir fácilmente las prendas con grandes descuentos. «¿Y las medias de Armani? ¿Y las cremas de Dior? ¿También trabaja tu amigo para Dior y para Armani? ¿Y el resto de las cosas? ¿De dónde han salido el resto de las cosas?» «Vamos», dice ella que dijo él, «eso es absurdo.» Y también, refiriéndose a la lencería: «Yo nunca te he visto puesto nada parecido.» Lo curioso, dice Sonia, es que la explicación que ella le había dado se aproximaba bastante a la verdad: ¿no eran al fin y al cabo regalos de un amigo? *Y no me creyó.*

Verdú estuvo fuera de casa un par de días sin decirle dónde se quedaba. *Cuando se enfada conmigo es lo que suele hacer. Evita las discusiones. Me deja sola y yo no sé cómo actuar para apaciguarlo.* Lo llamó al móvil muchas veces, pero le saltaba el contestador. Tampoco respondía a los mensajes. A la tercera noche, en la que por fin consiguió pegar ojo, lo vio entrar de refilón para coger una camisa limpia del armario —ese armario donde ya hace mucho que no hay camisas tuyas, pero eso no se lo dice a Knut—. Sonia aprovechó para rogarle que volviera, para explicarle todo y pedirle perdón.

¿Todo?, pregunta Knut. Bueno, no *todo-todo*, pero sí algo bastante aproximado a la realidad, aunque muy suavizado. No le habló, por ejemplo, de los regalos anteriores. Le hizo creer que era la primera vez que recibía algo suyo. No le dijo que lo conocía desde hace años, desde antes incluso de conocerlo a él, y que, salvo el paréntesis cuando se casó, habían estado escribiéndose a diario todo ese tiempo. Tampoco le contó que le manda relatos y que él la ayuda a mejorarlos. Y, por supuesto, no le dijo ni una sola palabra de sus planes de verse en Cárdenas, ni que ya se habían visto una vez. *Pues sí que es una versión suavizada...*, dice Knut. ¿Y la ha perdonado? Sí, ella cree que sí, aunque le ha hecho prometer que nunca más recibirá regalos tuyos. Es más: le

ha ordenado que corte todo contacto con él de inmediato. Y ella ha tenido que admitirlo. *No me quedaba otra, compréndelo*, le pide.

Knut nunca se había mostrado tan aterrorizado ante la posibilidad de perderla, ni siquiera en su primera ruptura. Entonces, como en las otras discusiones posteriores, prevalecieron la decepción y la ira: era cosa de ellos y de sus respectivos orgullos enfrentados. *Pero ahora dependemos de las imposiciones de un tercero, lo cual me genera auténtico pavor*. Le parece terrible no poder volver a verla nunca más. ¿Tan imposible es que ella vaya a Cárdenas sin que Verdú se entere? ¿Ir y volver en el mismo día, como la otra vez, bajo cualquier excusa de trabajo? ¿No lo cree viable? Ya ni siquiera se trataría de hacer nada con ella, sino de verla, sólo verla. Se conformaría con muy poco: contemplarla quizá con unas medias, o con un sujetador, como aquel día tan perfecto que vivieron. Perder las demás opciones le da absolutamente igual. Incluso el que hayan surgido estos impedimentos le hace ahora dichoso. *No hay forma más placentera de concebir una fantasía que saber que su realización es imposible*. Pero perderlo todo es demasiado.

Ella le dice que no insista. Le recuerda que ni siquiera debería estar escribiéndole. Cada vez que le menciona esta posibilidad, la de no escribirle nunca más, Knut se desespera, le ruega que continúe, que no flaquee, que no tire por la borda una relación tan especial, de tantos años, sólo porque se lo esté imponiendo alguien que no puede —ni podrá nunca— alcanzar a comprenderlos. Paulatinamente va renunciando a sus pretensiones: de acuerdo, no la verá, no le mandará más regalos, pero al menos que sigan escribiéndose de vez en cuando. Pueden quedarse sólo en lo estrictamente literario. *Hablamos de libros, tú me sigues mandando lo que escribes, lo comentamos... ¡Pase lo que pase, no debes dejar nunca de escribir!* Si no se salen nunca de ese ámbito, ¿dónde está el problema? Ni el más celoso de los maridos debería tener inconveniente en una relación así. Incluso podría seguir recibiendo libros, ¿qué hay de malo en ello? *Fíjate: Dios quiso que en el paquete que descubrió no hubiese ninguno, así que no tiene por qué sospechar si te ve llegar a casa con nuevos títulos, ¿no? Él pensará que soy un perverso, alguien que simplemente quiere f... con su mujer, y no le entrará en la cabeza que simplemente soy tu más rendido admirador... literario. Pero es así. No habrá otro como yo. Sólo te pido que lo pienses, que no te precipites.*

10. AUTOBÚS

Y entre parada y parada suben viajeros, bajan, un choque, un codazo, *perdón*, *disculpe*, ceder el asiento a ese anciano, y Sonia piensa.

Continuar. A pesar de todo, continuar. Una espiral sin fondo. Huecos, necesidades, añoranzas. Palabras, etiquetas, cajas, precios. Suben viajeros. Todo siempre en exceso. La expansión. Filtraciones. Colarse hasta en la grieta más pequeña. Pequeña sacudida, alguien protesta. Aparecer en cada resquicio. En lo que lee. En lo que escribe. En lo que viste. En lo que piensa. Su pretensión. Y el fingimiento de sumisión. De aceptación. De amor. Baja el anciano; ella recupera su sitio. Fingir que lee, fingir que escribe, fingir que viste, fingir que piensa. Fingir que Verdú. Fingir que quería verlo. Fingir que alma gemela. Fingir que madre. Fingir que hija. Fingir que hermana. Fingir asombro. Fingir enfado.

Una llovizna suave en los cristales.

Unos zapatos guardados en un armario medio vacío.

Que no quiere ponerse. Que no puede regalar. Que no puede vender. Que no quiere tirar. Que quiere devolver.

Las gotas que resbalan por el vidrio.

Son preciosos, dice Knut. Color crema con una ristra de remaches plateados en el empeine. *Te van a encantar*, dice. Los últimos. Son muy especiales para mí. No. No le van a encantar. Siempre odió ese color en los zapatos. ¿Remaches plateados? No van nada con ella. A ella le dan igual las marcas.

Se lo dijo. Se lo advirtió. Y sin embargo ahora están en su armario.

El reproche: *¿ni siquiera vas a esperar a probártelos?* La acusación: *eres muy ingrata*. La petición: *¿qué te supone?* El argumento: *los cogí para ti y voy a enviártelos*.

Quedándose vacío el autobús, llenándose después, respiración de un pulmón que se hincha, se deshinch, y siempre permanece. *Continuar*. Con qué rapidez pasan los años.

La luz azulada en los zapatos. Una convalecencia moral, dijo él. El rastro de sudor en sus axilas. Cuánta belleza en todas las imágenes.

¿Sabes lo que decía Proust de la mentira?

Se lo ha dicho esa misma mañana. Y es hermoso. Y es cierto.

La mentira es esencial porque la verdad es incommunicable.

Ahora llueve con más intensidad. Ella se bebería quizá una o dos copas.

No puede, no, se dice.

Pero sí puede. Claro que puede.

11. TRES MESES ANTES

Una guerra no es más que esto, pero a otra escala.

En el portal oye los jadeos, la respiración entrecortada por la correa, y un inicio de ladrido, ahogado y angustioso, del perro cuando la reconoce. Ella sonrío al verlo, se acerca a acariciarle la cabeza. La vecina masculla apenas unas palabras; un saludo, supone Sonia.

Es enorme. Necesitará correr mucho, ¿no?

La otra responde con sequedad.

No. Todo el mundo cree eso. Pero las razas grandes son tranquilas. A cualquiera que le interesen mínimamente los perros sabe que las razas más nerviosas son las medianas, no las grandes.

Sonia balbucea. *Ya, dice.* Luego se agacha, pone la caja de cartón en el suelo y se dirige al animal.

Qué guapo eres. Me conoces, ¿verdad? Te veo en el patio a todas horas.

La vecina tironea hacia otro lado. El perro se retira, va tras ella moviendo el rabo y resoplando. Salen a la calle. Sonia se queda agachada unos instantes. Luego se endereza desconcertada. ¿Se ha molestado su vecina?

¿Marcharse así, tan bruscamente, sin siquiera despedirse?

Recoge la caja y la apoya en la cadera mientras sube la escalera y abre la puerta. La deja en la mesa, al lado del portátil, de los libros abiertos, los borradores de relatos que no logra acabar. *Ya no vas a escribir más, ¿verdad?:* la acusación continúa todo el tiempo, insidiosa. Cada vez que Knut se lo pregunta, Sonia contesta con evasivas. Unas veces apela a su cansancio, otras a su falta de confianza y casi siempre a su escasez de tiempo. La familia, el trabajo, dice, ¿de verdad él cree que le quedan fuerzas para escribir?

¿Ves como te contradices? Luego te enfadas si te digo que actúas por impulsos, pero no hace mucho me recriminabas mi visión del trabajo como esclavitud y ahora tú misma admites que es el principal motivo que te impide escribir. Te imagino en tu oficina, rodeada de gente tan trabajadora como tú, orgullosos de vuestra labor, henchidos de generosidad, entregados a la redacción de informes con tanto ímpetu como Lutero ponía en el estudio de la Biblia... y me parece ridículo. Me figuro lo que tus compañeros piensan sobre Hitler, sobre el hambre en el mundo, sobre Bach..., pero míralos..., seguro que ya ni se acuerdan de cuando eran niños. Ni siquiera se han arrepentido ante Dios. Si mañana viniese el diluvio ellos serían los primeros en ser

arrastrados por el agua. ¿Qué haces tú ahí metida? ¿Por qué no me permites que te ayude a escapar? Ni siquiera llegaste a pedir la reducción de jornada de la que habíamos hablado. Ya no consientes que te envíe nada, gastas tontamente el dinero que ganas más tontamente aún. Pero yo te digo: sólo si escribes podrás justificar tu existencia en el futuro.

Sonia mira el paquete sobre la mesa, la etiqueta con su nombre escrito. Siempre esa pulcritud, la tenacidad del trazo en las mayúsculas. Rectitud y dureza: la simbología masculina, como él dice. Piensa en el perro, en la vecina enfadada. Rasca los bordes de la caja mientras la angustia se va asentando en ella poco a poco. Libros. Ahora, como al principio, sólo libros. ¿Cómo ha vuelto a lo mismo? *Vamos a intentar que tú escapes de ahí sana y salva.* Sus palabras le retumban en la cabeza. Sabe perfectamente a lo que se refiere. Siente que Knut hizo planes para ella mucho antes incluso de conocerla, o siquiera de intuir su existencia.

En las últimas semanas no para de insistir en ello: ya que no funcionó lo de enviarle artículos, ¿qué tal si le pasa dinero para que pueda dedicarse a escribir en exclusiva? ¿Cuánto necesitaría mensualmente? Quizá él

pueda conseguirlo. *¿Lo imaginas?*, le dice. *Abandonas tu trabajo y escribes por las mañanas, mientras el niño está en el colegio. Horas y horas para ti, para leer y escribir y corregir, para poder estar más en contacto tú y yo, con el único fin de apoyarte.* De nada vale razonar con él, hacerle ver que es un despropósito, una empresa imposible, o que sencillamente no quiere. Le dice que ella tiene muchos gastos. La hipoteca, las facturas, el niño. *Pero una parte la cubre el sueldo de Verdú, ¿no?* Sí, sí, afirma ella enseguida, porque al fin y al cabo no deja de ser algo muy cierto. *Y el resto lo aportaría yo. Deberías confiar más en mi solvencia. ¿Qué te hace pensar que no tengo bastante?* Como muestra, le cuenta que le había regalado a M. mil euros, así porque sí. *Para que luego digas que la trato mal...* M. le había pedido quinientos de un día para otro. *He aquí lo que te digo de sus contradicciones: siempre me hace ver que nada en la abundancia, que se relaciona con la más alta sociedad de su entorno, que tiene un gusto selectísimo y que ella no va a ser menos que nadie, pero el primer día me proponía ir a un hostel de 40 euros y ayer, sin más explicaciones, me pedía quinientos. Que los necesitaba, que los necesitaba, y que no podía decirme para qué. Y es más: que ni siquiera sabía cuándo podría devolvérmelos. Le he dado mil y le he dicho que no tiene ninguna deuda conmigo. Y*

ella tan contenta.

Él no escatima en gastos. Ahora, por ejemplo, está empezando un tratamiento para inhibir el crecimiento del vello facial. La doctora le recomendó una técnica puntera sin efectos secundarios, recién traída de Estados Unidos, la mejor y también la más costosa. Pero a él, el precio no le frena. Incluso se plantea ir más allá y continuar con el tórax y la espalda. La estética siempre le ha preocupado mucho, ella ya lo sabe. Cuando acabe con esas sesiones se arreglará también la dentadura. Una endodoncia, dos puentes y blanqueamiento: todo lo que pueda hacerse lo hará, por supuesto.

O sea, que tienes para darle a tu amiga, para fotodepilaciones y tratamientos dentales, y también vas a tener para enviarme a mí todos los meses... Discúlpame, pero no te creo. Él discute tan convencido que por momentos Sonia llega a creerle. Piensa que quizá la clave está en la parte de la vida de Knut que desconoce, esa pieza que siempre le ha faltado. A lo mejor su familia es rica, se dice, pero enseguida recuerda las fotos que le envió de la falda extendida en la colcha y el barrio donde vive —estuvo visitando su calle con *google maps*: bloques altos, de ladrillo, con estrechas terrazas y pasajes plagados de *graffiti*—. ¿Y si obtiene el dinero con otro tipo de negocios? En último extremo, sea cual sea el

origen del dinero: ¿nadie se da cuenta? ¿Sus padres ven normal que, sin tener un trabajo, lleve esos trajes caros? ¿Que se eche a dormir a cualquier hora, que acumule libros sin comprarlos, que se pague un tratamiento láser para el vello? Alguna vez ella se ha atrevido a preguntarle. *No, no dicen nada*, le contesta él. O: *No se fijan*. O: *Qué manía la tuya con ver como anormal lo que no encaja en tu vida*. ¿Por qué crees que deberían estar extrañados? A él le parecería mucho más extraño que su hija, después de haber estado estudiando durante años y años, se pasara ahora más años y años encerrada en unas oficinas que no le dejan ni dinero ni tiempo para hacer lo que realmente le gusta. ¿O consideras que lo que tú haces es normal simplemente por hacerlo tú, dado que nunca harías nada anormal? *La vida no se puede juzgar bajo esos criterios. No, no es normal lo que hago yo, pero eso me da igual. Las creaciones artísticas nacen de la anormalidad.*

Y claro que va en serio. ¿Ella no ha oído hablar nunca del mecenazgo? Por supuesto que sí, dice Sonia, pero no se hace de esa manera. ¿Ah, no? ¿El mecenazgo ha de ser siempre institucional? ¿Acaso no han existido mecenazgos privados en la historia? *Pues anda que no*

hay pocos... ¿No te sabes la historia de Ezra Pound y James Joyce? Lo que pasa es que ella desconfía de él. Seguro que si un ministerio o una fundación le ofreciese una beca similar, no sólo aceptaría encantada, sino que lo pregonaría orgullosa por todos lados. ¿Cuál es la diferencia con su propuesta? ¿Que se la está gestionando él? Las garantías son las mismas, o incluso más.

¡Pero si peleamos cada dos por tres!, dice ella. ¿Cómo voy a saber que no me dejas tirada en algún momento? Knut le recuerda que cuando pelean es siempre a instancias de ella, que es ella quien quiere cortar la relación, quien se niega a escribirle o a seguir recibiendo su ayuda. Nunca, nunca, ni en las peores broncas, me he querido separar de ti. Sonia admite que es cierto, pero aun así, le dice, no quiere deberle nada. ¿Y qué pensaría Verdú de ese trato? ¿Cree que no sospecharía? También para esto Knut cuenta con respuestas. No, no tiene por qué sospechar si ella le dice que ha obtenido una beca de la Escuela de Escritores, por ejemplo, o del Ministerio de Cultura, qué más da. Y no, no me deberás nada. No habrá peajes ni facturas. Esto no es un favor que quiera hacerte. Es sólo ser coherente conmigo mismo y con lo que he sido para ti durante todo este tiempo.

¿Y luego qué? ¿Cree que porque ella esté escribiendo uno o dos años habrá solucionado su vida? ¿Que podrá

volver al trabajo cuando le plazca? Las cosas no son tan sencillas como él cree. Si ella deja su puesto, no la estarán esperando con los brazos abiertos cuando pretenda regresar. Pero Knut está convencido de que, una vez que empiece a despegar, no necesitará jamás volver a una oficina. Su literatura es lo suficientemente buena —y lo suficientemente comercial— como para que pueda vivir de ella más adelante. Hasta que eso suceda, lo tendrá a él. Los años que hagan falta. Si se queda más tranquila, pueden firmar un contrato. Anual y prorrogable, de mil euros al mes. Ante notario, con todos los avales necesarios. ¿Cómo lo ve? Y no, su planteamiento no es idílico. *Al revés: pongo a Dios por testigo de que tengo precisamente esa certeza, cada día de mi vida desde que te conozco. ¡Jod...! Si no, ¿para qué haría todo esto?*

Tras días y días de dar vueltas en torno a los mismos argumentos, de una parte y de otra, Sonia está exhausta. Le amenaza con dejar de escribirle si no descarta de una vez el asunto. Es lo que hay, le dice, o lo toma o lo deja. *¿Ves? Al final, siempre te sales con la tuya,* le reprocha él. Más decepcionado que triste, más desconcertado que enfadado, afirma no comprender su actitud. *Vale que te niegues a recibir más regalos, aparte de los libros, por*

culpa de esa especie de Barbazul que vive contigo, pero que rechaces esta oportunidad, eso sí que no puedo explicármelo. Le pide que le dé una razón, una única razón. ¡Pero si ya te he dado miles!, dice ella. No, eso eran sólo excusas. No hay ninguna razón válida que justifique su negativa. Sonia le advierte que no piensa seguir discutiendo. Ni una palabra más, insiste. Y como él sigue, ella calla. Cuando se te ofende un poco despliegas una gran dignidad. Cuando se te ofende medianamente, tratas tú de ofender. Cuando se te ofende mucho, sueles callar. Así es como funcionas. Le ofusca que ni siquiera se plantee discutir el asunto. Es no, y no, y no. ¿Qué más da discutir? Sonia es hermética ante todo lo que propone él. Es porque piensas que tu ego queda afectado. Pero deberías ser consciente de que el ego no existe, que cuando discutimos, no somos tú y yo en concreto los que discutimos. Dejarse afectar por una pelea tendría algún sentido si la vida fuese eterna. Pero el yo no existe. Lo que existe es una voluntad universal en la que los individuos se disuelven. Por eso no debería ofenderle nada. Las ofensas son otra ilusión del yo. El día que entiendas todo esto será tarde y habrás dejado escapar esta oportunidad. Como haces siempre conmigo: dejar que escape todo.

¿Puedo pedirte un último favor? Por supuesto, responde Sonia. *¿Me aceptarías unos zapatos?* Ella no puede creerlo: *¿otra vez?* Knut le manda un enlace de internet para que pueda verlos: zapatos de salón de color crema con una ristra de remaches en el empeine. De una colección limitada de Armani. 369 euros. A Sonia le parecen espantosos, pero se guarda su opinión. Le recuerda, eso sí, que habían acordado que se ceñirían a los libros. *Prometiste que no nos saldríamos de lo estrictamente literario, ¿no?* Esto es distinto, dice él. En primer lugar, no está tan claro que el calzado —o al menos ese tipo de calzado— no pertenezca al ámbito de lo literario. *¿Los ha mirado bien?* No basta con un rápido vistazo. Si se detiene en los detalles se dará cuenta de que son unos zapatos espléndidos. *Pero no vamos a divagar conceptualmente sobre lo que es literario o no.* En segundo lugar, ya le ha dicho que se trata de hacerle un favor. Pedirle un favor a alguien implica que el aludido salga de su comodidad. El que hace un favor ha de renunciar a algo a cambio. En este caso, ella renunciaría —aunque sólo por esa vez— a su decisión de no recibir de él más que libros. *Si no supusiera una ruptura del acuerdo, no sería un favor, sino un simple dejarse llevar..., yo te los enviaría y punto, no tendría ni que pedirte permiso.* Como ella aún se muestra reticente, él

cambia el tono argumentativo por uno más suplicante. *Si he sido algo para ti, si alguna vez sentiste el más pequeño aprecio por mí, te ruego que me los aceptes. Por orgullo, rechazaste justo lo que más quería hacer por ti. Esto es muchísimo menos. Es el único favor que voy a pedirte hasta mi muerte. No te haces una idea de lo que significa para mí.*

Le cuenta que los *adquirió* una tarde en la que había quedado con M. *Me había pasado todo el día cogiéndole cosas, una muestra más de que no me porto tan mal con ella como tú juzgas.* Todo tipo de artículos, lo que a M. se le iba antojando. Excepto lencería, matiza. *Eso sólo podría hacerlo contigo.* Los zapatos los descubrió justo al salir de un Corte Inglés. Estaban en un expositor y eran de su número. Se frenó al verlos; le pidió a M. que lo esperara fuera. No tardó demasiado en conseguirlos. Desactivar las alarmas cuando el dependiente se fue al almacén le llevó apenas unos minutos. Luego, se metió uno en el bolsillo de la chaqueta y el otro en una bolsa. Y listo. M. al principio pensó que eran otro regalo para ella. No, le dijo él. *¿No veía que no eran de su número? ¿Para quién eran entonces?* Lo miraba fijamente, con sus ojos acuosos, las comisuras de los labios llenas de las miguitas de un bollo que acababa de zamparse. Para una amiga. *«Qué suerte tiene tu amiga»,* le dijo. *Yo le indiqué que a*

ella también le había pillado un montón de regalos. Pero así es el ser humano: nunca tiene bastante.

En el hotel, se tumbó en la cama y sostuvo uno de los zapatos en alto para mirarlo. Debió de pasarse más de una hora así: soltándolo y cogiéndolo, soltándolo y cogiéndolo. M. no decía nada. Sólo fumaba y dejaba la colcha cubierta de ceniza. Al rato se durmió y comenzó a roncar; Knut tardó mucho más que ella en dormirse. Caía un violento chaparrón que golpeaba en la contraventana. Intentó concentrarse en el ruido de la lluvia para dejar los ronquidos de M. en segundo plano; el ejercicio le supuso tal esfuerzo que fue el dolor de cabeza lo que terminó de vencerlo. Por la mañana se despertó antes que ella. En el suelo, a su lado, estaban todavía los zapatos. Cogió uno y lo alzó a la luz azulada del nuevo día. El cielo estaba muy limpio tras la lluvia. Se imaginó el zapato en sus pies, pensando que era la única que sabía llevar unos tacones así. *Me imaginé tus maravillosas piernas enfundadas en unas brillantes medias transparentes. Me excité muchísimo y se lo hice a M. sin preámbulos, estando ella dormida, figurándome que su cuerpo era el tuyo.*

Para él, son posiblemente los zapatos más estimulantes de cuantos le ha cogido. *Si te los mando a la oficina, Verdú no tiene por qué enterarse.* Le pide que un día en que él no esté se los lleve a casa y se fotografíe con

ellos puestos. Sólo las piernas. Las piernas con unas medias y esos zapatos. *Aunque si te animas, ya que nunca podré verte otra vez, podrías subir un poco más y sacarte una foto de cintura para abajo... Desnuda, sólo con las medias y los zapatos. ¿Podrías hacerlo para mí? ¿No crees que me lo he ganado después de todos estos años?*

Abre la caja y sostiene un zapato entre las manos, quizá el mismo que él sostuvo en su habitación de hotel. El paquete contiene también algunos libros que no se preocupa siquiera de mirar. Huele a piel nueva. El zapato es rígido y llamativo, pesa bastante. Lo guarda otra vez en la caja y, de una patada, desliza el paquete al fondo del armario. Luego se marcha corriendo a coger el autobús.

En el trayecto, se le agolpan las palabras en la cabeza. Unos zapatos guardados en un armario medio vacío. Que no quiere ponerse. Que no puede regalar. Que no puede vender. Que no quiere tirar. Que quiere devolver.

Llueve con violencia. Las gotas resbalan por el vidrio. No puede, no, se dice. Pero sí puede. Claro que puede. Agarrada a la barra del autobús, sacudida por los que entran y buscan asiento a empujones, siente de pronto el peso de la determinación. Cuando llega a su oficina, lo primero que hace es escribirle. Lo hace con furia, con

rencor. Sabe que, si lo deja pasar, dentro de unos días llegarán otros zapatos, y luego más perfumes, y cremas, y lencería, y al final volverán a estar en la misma situación que antes. El hartazgo —pura desidia incolora, insabora y neutra— ha terminado convirtiéndose en una espesa sustancia maloliente. Quisiera decírselo así, con esas palabras u otras similares, pero no busca hacer literatura. Le dice, simplemente, que los zapatos le parecen horrorosos. Que ya da igual el acuerdo o la ruptura del acuerdo: es que son horrorosos, y no los quiere. Si al menos fuesen bonitos, pero no. Se complace en repetir la palabra: *horrorosos*. Le advirtió que no se los mandase. Pero él, empecinado, sordo, no se molestó en averiguar por qué. Ahora tendrá que devolvérselos. *A ver si así lo entiendes de una vez. ¿Una foto con ellos puestos, dice? ¿Desnuda de cintura para abajo, sólo con medias y zapatos? Ahí está la cuestión: nada de lo que le da es gratuito, siempre ha querido cobrarse su precio. Y ella ya está cansada de formar parte de sus proyectos de maniático. Cansada, harta, dice. Maniático, loco, repite.*

Jamás le había hablado con tanta dureza.

La respuesta llega a los pocos minutos. *Ni que te hubiese enviado una caja de medusas putrefactas. ¿Cuál es el motivo de tu enfado? ¿Que te he regalado unos zapatos que no te gustan? No te he amenazado de muerte,*

ni te he insultado, ni te he maltratado, para que te pongas como te pones.

Eso sí, le duele que cuestione la gratuidad de sus regalos. ¿Le pareció que durante su visita a Cárdenas anduvieron mucho? Pues debería multiplicar por diez la caminata, y por cinco el peso de las bolsas, para tener una cualquiera de sus tardes. *Salir de casa, ir a un centro, no está el libro, ir a otro, tampoco está, pasarme por un supermercado, ir al siguiente centro, volver a las taquillas del supermercado, ir a otro centro más, dejar el artículo en una papelera o en un contenedor, volver, recoger todo...* Eso sólo en lo que se refiere a la magnitud del proceso, sin contar los posibles inconvenientes imprevistos. También llevar la mercancía a su casa o a casa de otra persona, pelearse con ella, reunir los objetos, coger cinta adhesiva suficiente, buscar una caja, preparar el paquete toda la noche, levantarse temprano, cargar con el paquete hasta la oficina de Correos... *Pues anda que no es trabajo sólo para conseguir una foto, cuando las hay mucho más estimulantes por todos lados. ¿O crees que tengo tan escasa conciencia de mí mismo? Puesto que tampoco es algo que haga por nadie más, habremos de ceñir el asunto a tu personita, más allá de la foto que, en efecto, podrías o no mandarme sin que nada cambiara para mí. Si yo fuese buscando «eso» solamente, no habría*

estado años detrás de ti. Puedes considerarme extravagante, exagerado o loco, si te place, pero, por Dios, ¡no me trates como a un imbécil!

Que piense en su mejor amiga. ¿Se la imagina yendo en busca de los diecisiete libros para sus clases de italiano que ella le pidió a él? ¿De los coladores, las tijeras de cocina o los comprimidos de valeriana? No habla de la hipótesis de mangar artículos y regalárselos, sino simplemente de ir por ellos, hacer el mismo trayecto que hizo él, incluso con el dinero de Sonia en los bolsillos. *Al tercer sitio al que tuviese que ir estaría más que harta, y te diría que pidieses tus compras por correo.*

Lo más patético, dice, es que haya tenido que pasarse varios años —no unos días, ni unas semanas, ni un par de meses, sino nada menos que varios años— entregada a un miserable como él. *Eso sí que debe de ser duro para ti, con todos los que hubieras podido encontrar. Y, finalmente, ¿para qué? Para esto. Para nada.*

Sonia cumple su palabra y le envía de vuelta los zapatos. En sus planes está también no hablar más con él, le diga lo que le diga, no entrar más en su provocación ni ablandarse con sus ruegos. Lo que no espera es su reacción cuando los recibe. Knut la acusa de habérselos

devuelto en un estado *deplorable*. Las suelas están rayadas de caminar con ellos; en uno de los casos ni siquiera se aprecia el logo de la marca, de tan difuminado que está por los rasguños. Les ha aplicado una crema reparadora, pero ni por éstas. ¿De verdad no los ha usado? ¿O se los devuelve sólo para quedar por encima? ¿Qué va a hacer con ellos así? Ni siquiera puede venderlos o regalárselos a otra mujer. Cuando Sonia le dice que no le cree, él le envía unas fotos para que pueda ver los desperfectos. *Siendo como eres, seguro que te parece que exagero, pero estas fotos hablan por sí mismas*. Sí, exagera, responde ella. Lo que se ve en las imágenes es probablemente el roce de habérselos probado otras mujeres en la tienda. Ella no ha dado ni dos pasos con ellos, puede asegurárselo. *Eres un neurótico, le dice. Un perfeccionista insoportable*.

Knut lo admite. *Y fetichista, añade. Y a pesar de lo que te conté sobre la importancia de estos zapatos para mí, me haces esto. Sabes perfectamente que, infligiéndole daño a los zapatos, me lo estás infligiendo a mí. No me extraña que junto con los zapatos hayas querido hacerme llegar una impronta del asco que ahora sientes por mí. Es el sentimiento natural de alguien que, como tú, siempre quiere quedar por encima*.

Sonia hace esfuerzos para no responderle, pero él

continúa escribiéndole. *Todavía me cuesta mirar esos zapatos, aunque tarde o temprano tendré que ver qué hago con ellos. Por tu parte, haces bien en callarte. ¿Qué puedo esperar bueno de ti? Nada, porque eres caprichosa, egoísta, perezosa, vengativa y muchas cosas peores. Pero yo seguiré aquí, te guste o no, me leas o no. Le cuenta sus nuevas incursiones —para adquirir, por supuesto, cosas horrorosas—, sus visitas a la clínica estética, los enfrentamientos que tiene con las enfermeras, sus encuentros con M. Le manda también fotografías de ancianos decrepitos que ella no sabe bien cómo interpretar, y fragmentos de noticias sobre descubrimientos científicos. En una revista, dice, leyó una teoría según la cual los artrópodos —los seres más primitivos que hay, como sabes— han sobrevivido a todas las catástrofes ecológicas debido a su escasa evolución. En el ser humano el equivalente de esa elementalidad sería la indiferencia moral —un asunto de dimensiones trágicas, según Proust—. Es evidente que tú eres una chica muy sensible. Por eso, me asombra que tomes tan tranquilamente el camino de la nada.*

Y después, el mutismo. Parece que ya, al fin, llega la calma. Una calma mortecina y triste. Insuficiente para

Sonia, que abre el armario y revisa los restos de la batalla. Bolsas amontonadas al fondo de cajones. Prendas desperdigadas, sueltas, mezcladas, envejecidas antes incluso de haber sido usadas. Knut tiene razón, se dice: es descuidada y su descuido revela un ambiguo desprecio. Asco, ha dicho él. Organiza lo que aún puede vender o regalar. Lo demás lo tira, ya sin pena. Una vez, junto al contenedor, ve a sus vecinos cargando cajas, maletas, muebles desmontados, un enorme colchón no demasiado limpio. Meten todo con rapidez —ella diría que casi con enfado— en una destartalada furgoneta de mudanza. ¿Dónde está el perro?, se pregunta. Se asoma al patio en los siguientes días. Continuamente. Venciendo la tentación de beber, una y otra vez, se asoma. Silencio alrededor. Es obvio que no está. Tampoco lo llevaban con ellos. ¿Lo han regalado? O, aún peor, ¿se han deshecho de él, lo han abandonado?

Una madrugada, poco antes de las seis, suena el teléfono. Sonia lo descuelga somnolienta, sin tiempo aún de haberse sorprendido o asustado. Al otro lado está la voz de él, sus gritos, su desesperación, envolviéndola a ella y arrastrándola también a la confusión del que no entiende, o del que no quiere entender. *¿Qué pasa?*, balbucea, a pesar de que Knut se lo está diciendo, pero de forma tan embrollada, tan oscura —la mezcla de ira, de

dolor, de estupor y de odio—, que ella tarda un poco todavía en comprenderlo.

Entonces mira la pared de su habitación. La mira fijamente —una mancha pálida, más clara, de un cuadro que estuvo colgado allí una vez y que ahora no está— y se queda sin habla.

No era tan improbable, y, sin embargo, ni siquiera pensó que pudiese llegar a suceder. Su imprevisión, dice él. Sus impulsos, esa espontaneidad maligna, repentina. Su irracionalidad, le dice. Ahora quiere saber. *¿Por qué?*, pregunta, *¿por qué?* Qué oculto resorte, qué tipo de maldad la llevó a hacerle eso. A él. A él, que ha estado sus últimos años viviendo para ella, pendiente de cada paso de ella. A él, que la quería, que la quería verdaderamente, como nunca quiso a nadie, y que ahora descubre el monstruo que latía encerrado en ella. *Como Edward G. Robinson en Perversidad, el día que cae el telón de su fascinación*, le dirá esa misma mañana, por escrito, cuando continúe demandándole una explicación.

Sonia no sabe responderle. Carece de respuestas.

12. LIBRO

Te diría que me ha sorprendido la noticia, pero no es cierto. Yo ya sabía que tarde o temprano iba a suceder. Claro que me gustaría que me mandaras el libro. Acuérdate de hacerlo a la nueva dirección que te indico más abajo. Ahora vivo en la misma avenida donde está el edificio en el que, hace ya casi cuatro años, te probaste aquella camiseta. Supongo que lo recuerdas. Contigo es difícil de saber: ¿te enorgulleces de ser desmemoriada!

Cuando me mandes el libro, ¿puedes estamparle una dedicatoria? «A mi mejor lector». O: «A mi único lector». O: «A mi lector». O todo junto: «A mi mejor y único lector, a mi lector». ¿No me merezco algo así?

¿Querrás que te diga mi opinión? ¿Mi opinión sincera?

A tu pregunta te respondo: estoy bien. Ha pasado el tiempo suficiente para asumir que nunca fui el tipo de hombre, ni de persona, que a ti suele agradarte. Al revés también ha ocurrido, no creas. Sobre todo con la ropa.

Cuando yo te mandaba sin parar medias, blusas, lencería, zapatos, guantes, bufandas, chaquetas..., estaba vistiendo a un personaje. Tú me decías muy discretamente que no era tu estilo de ropa habitual, pero mi contumacia no tenía fin. Me empeñaba en verte con arreglo a mi imaginación, ciego a la realidad. Y ahí sí que aguantaste mucho, porque si alguien, por bien que me cayera, comenzara a regalarme a mí vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas, o quisiera que me dejase barba, me resultaría muy fastidioso.

¿Qué pasó con el resto de zapatos, de lencería, todo lo que me dijiste que ibas a conservar? No me importa en absoluto que lo hayas vendido al ropavejero, o que lo hayas tirado todo. Te lo digo en serio. Cómo serán las cosas que, al final, lo que de verdad tendré que agradecerte toda mi vida, lo que me dejaste realmente valioso, fue lo de ebay. Sólo lamento que no se te ocurriera antes. Era una idea excelente. Por mi parte, no creo que nunca vuelva a coger nada de lencería ni de ropa. Ah, qué pereza me produce ahora recrear tan sólo una de aquellas tardes en las que recorría durante horas centros comerciales para adquirir cosas que pensaba que te gustarían o que tú directamente me habías pedido...

Ahora estás sin compromiso, ¿no? Hablas de tu ruptura con Verdú con un desapego extraño. Te confesaré

que yo siempre pensé que habíais roto mucho antes, sin decírmelo a mí. En los últimos tiempos ya casi no lo nombrabas, salvo como una excusa frente a nosotros. Un día, bastantes meses antes de que descubriese tu traición, llamé a tu casa y lo cogió tu hijo. Fue algo inesperado. Su voz infantil y tú, no sé, supongo que estarías en la ducha. La sospecha ya debía de estar rondándome hacía tiempo, porque espontáneamente le pregunté por su «papá». «No vive aquí», me dijo. A ti no te pregunté nada. Ya ves que, cuando quise, supe ser discreto.

Yo a M. sí la veo de vez en cuando, sobre todo cuando ella necesita dinero, que es cuando me llama. Todo lo que estaba en ella en germen ha aflorado ya completamente. También veo a otras mujeres. Cada vez a más, aunque tú no lo creas.

Por simple curiosidad: ¿vendrás a Cárdenas para presentar el libro? ¿Para conceder entrevistas o para participar en alguno de esos clubes de lectura que ahora están tan de moda? Tranquila, no te lo pregunto para verte. No creo que tú quisieras verme a mí. Puedes decírmelo sin problemas. Ni siquiera iré a mirarte en la distancia. Aunque si tú quisieras...

¿Te meterás en el mundillo literario? Te imagino actuando en esos lares con bastante solvencia. Van a halagarte, sin duda. Te piropearán. No serán pocos los

que aspiren a acercarse a ti mediante el elogio. Y tú ni siquiera recordarás que el primero que destacó tu talento fui yo.

Mi recomendación es que te alejes de toda esa farsa lo antes posible. ¿Te imaginas a Joyce o a Kafka en un club de lectura?

No quiero dar la impresión de estar enfadado. Ayer, cuando recibí tu sms y te contesté tan bruscamente, quizá lo parecí. Acababa de salir del gimnasio y de perder (créeme) cuatro mil euros en unas acciones fallidas. El cielo estaba encapotado; eso me produce siempre dolor de cabeza. Y tengo un juicio de aquí a dos días por (ríete) haber adquirido tres cds. En circunstancias anímicamente normales nunca te hubiera escrito una frase como esa de «tanto en lo que se refiere a la noticia como a tu reaparición», ni siquiera con la rémora de estar utilizando el móvil. Me atormenta fallar en eso, sí. En esto no he cambiado.

Sí hay algo que me gustaría que comprendieras, aunque mucho mejor lo sería sin mi apremio. Mi exhaustividad no era buena, pero tu liviandad tampoco. Ambas se acercan bastante a lo que podría llamarse «problema mental». Con todo, yo no me tengo por bueno, sino por muy bueno, incluso mucho mejor de lo que tú nunca has podido llegar a pensar. Si no fuera así, no

habría consagrado toda mi vida al robo y tantos años a tu agasajo. Mi exhaustividad acaba derivando en un sentido del honor casi calderoniano, pero si las cosas no terminan saliendo como yo esperaba, no me duelen prendas en reconocer mi derrota...

Ni siquiera me mandaste los frascos de perfume vacíos que te pedí, y que me prometiste guardar. Ni siquiera eso.

Y, aun así, sí, supongo que aún te quiero.

13. TRES AÑOS ANTES

Si pienso en ti y en mí, siempre me viene a la cabeza esta frase: «Una vez en la vida.» No, no te quedes con la explicación más sencilla. La expresión anda conmigo desde hace mucho tiempo. Algo debe de haber detrás, supongo que una lógica parecida a la de los actos fallidos, o a la de los olvidos inconscientes.

Sonia lo imagina con precisión. Lo ve y es capaz de atisbar —en parte: un filo, un sobrante— el dolor de él, pero prevalece la incomodidad por encima de cualquier otro sentimiento. Sabe que ha actuado mal, pero al mismo tiempo se pregunta: ¿qué podía hacer? ¿Había acaso más opciones? ¿Ha errado en el hecho en sí o en la escasa planificación del hecho? Sacude la cabeza. Ya no tiene sentido bucear en esas disquisiciones, se dice.

Imagina a Knut frente al ordenador, entrando por primera vez en su vida en el portal de ebay. El dormitorio en sombras, la luz verdosa del portátil iluminándole el gesto apremiante, la piel marcada por los nervios. Ha tenido los zapatos guardados en su cuarto —cuidadosamente, él sí— hasta que consiguió reparar algo mejor los rasguños de las suelas. Esto le supuso la visita a varias zapaterías para preguntar cuáles eran las cremas

reparadoras más efectivas y luego otras tantas a centros comerciales para *adquirirlas*. En total, varios días atareado. El tesón, la paciencia de siempre. Dejar actuar la crema. Volver a aplicarla. Cabecear con decepción frente a los zapatos que habían sido una promesa —fantasía, libertad y belleza— y que ahora no son más que unos zapatos caros destinados a mujeres lejanas con las que no le apetece soñar. Los fotografía sobre un cartón oscuro, desde varios ángulos. Descarga las imágenes y las corrige para darles mayor nitidez. Que se vean bien los detalles, el buen hacer de la marca. Costuras, remaches, hebillas, el brillo del empeine: todo lo que Sonia desdeñó. Navega por ebay con el vientre encogido por el desengaño. Con desgana, pero con la misma profesionalidad con que acomete todo en la vida. Zapatos de Armani, murmura. ¿Por cuánto podrá venderlos, sin la caja, y todavía con unos rasguños ligeramente visibles? Debería consultar para ver qué hacen los demás vendedores. ¿Alguien más ha puesto a la venta zapatos así? Hace una búsqueda. Y sí, encuentra varios. Todos ya vendidos. A precios muy bajos. ¿Auténticos, falsificaciones? Imposible saberlo en un primer vistazo. Entra uno por uno en los anuncios y amplía las fotos. Con los primeros, todavía persiste el escepticismo. Qué casualidad, piensa. Estira las piernas, aguza la vista, se acerca a la pantalla. El mismo modelo,

el mismo número. Una descripción amena, de tono alegre y vivaz. *¿Quieres llevarte a tu casa unos auténticos Armani a un precio de risa? Taconazos para lucir con Él y para provocar la envidia de Ellas. Estos magníficos zapatos de salón pueden ser tuyos por sólo 40 euros.* El vendedor —un seudónimo inidentificable— ha estado ofreciendo más zapatos de Armani y también otros artículos cuyas imágenes caen sobre Knut como piedras. Uno tras otro los anuncios de perfumes, guantes, bufandas, medias, lo dilapidan en el desconcierto. Incluso aunque la huella de Sonia es ya del todo clara, tarda todavía un poco en comprenderlo y mucho más en admitirlo. Va de un anuncio a otro, leyendo los textos de la venta, fascinado. Ya no le cabe la menor duda, pero a la vez se siente mareado, incapaz de detenerse para analizar los hechos.

Sigo sin recordar el momento exacto en que tuve conciencia de tu traición, le cuenta. Fue todo tan confuso, tan... nebuloso. Es curioso: en aquel momento, lo que más me dolió fue leer los halagos que te hacían los compradores en sus votaciones. Todo eso de que Sonia es genial y que resulta un placer hacer negocios con ella. Se me aparecía de pronto una Sonia desconocida y lejana. Ahí estaba la mayor mentira. Demasiado dolor. Demasiada estupefacción. Se mete en la cama, se cubre

con el edredón hasta taparse la cabeza. Ahoga un sollozo. Al rato se levanta, enciende de nuevo el ordenador y continúa mirando los detalles. Quiere llamarla de inmediato, pero se encuentra paralizado frente a la pantalla. Se pasa cuarenta y cinco minutos en el salón, sentado como una estatua, mientras se carga la batería del móvil. Cada vez se siente peor, y peor, y peor, hasta pensar que no va a ser capaz de soportarlo. Teme que ella lo niegue todo, o que le cuelgue, o que ni siquiera responda a su llamada. Teme recibir una carcajada, teme los insultos. *Fue como si de pronto descubriera que estoy en la cárcel y que eres tú quien ha decidido mi encierro, sin yo haberlo sabido hasta ese instante.* A las seis de la mañana no puede aguantar más. Le tiemblan las manos. Algo le arde por dentro. Tiene retortijones. Va al baño tres o cuatro veces. Luego toma el teléfono y la llama.

Ella dice estar avergonzada. No había pretendido hacerle daño, él debería creerla, le dice. No quería que se sintiera despreciado, casi se sintió forzada a hacerlo, como única opción antes de ir al contenedor de la basura. Cada vez que ella le insinuaba que no necesitaba nada más, o que las prendas que le mandaba no eran de su estilo, o que ya tenía suficiente, o que no podía acumular

más, él se negaba a escuchar sus señales. Se empecinaba hasta la extenuación, le dice. Sí, la opción que tomó no era la más correcta. Ahora es capaz de verlo. No le pide perdón porque sabe que no lo merece, pero le dice: si su intención hubiese sido la de enriquecerse, no le habría pedido que dejara de enviarle regalos, sino al revés, lo hubiese alentado cada vez más. ¿No es capaz de ver eso? Sea como sea, el mal ya está hecho. ¿Cuál podría ser la manera de compensarlo?, le pregunta.

Hablan de dinero. Él le exige que le pague lo que consiguió acumular con aquellas ventas. Sonia no sabe la cantidad con exactitud. No llevaba los cálculos, le explica, han sido unos dos años de ventas esporádicas y descontroladas. Aun así, hace las cuentas por aproximación, intentando ser justa. Salen algo más de mil euros, por bienes que probablemente superaban los seis mil en su precio original. *Pues ya sabes, dice él, mil euros a mi cuenta de inmediato.* Sonia saca el dinero de sus ahorros —tiene que pedirle un poco a una amiga— y le hace el ingreso. Pero eso no sofoca el incendio. En Knut persisten los rescoldos, todavía caldeándose, quemándole. Él los mueve día tras día, los aviva con dolor y tristeza. Sonia ha de tragárselos. Cómo no hacerlo.

Ella le ruega que no se detenga en los detalles. Se da de baja en su cuenta de ebay para que él no pueda acceder

más a su historial, pero es demasiado tarde. Knut recuerda perfectamente lo que vio. *Tus anuncios, cómo te expresabas*, le dice. *Esas letras tan grandes, de colores, signos de exclamación, fondos floreados, un tonillo halagador hacia el hipotético cliente —como de publicidad antigua—, un alborozo y una desenvoltura que yo no te conocía*. A él jamás se le pasaría por la cabeza expresarse así, le dice amargamente. No porque le parezca bien ni mal, sino porque demuestra una espantosa comunión con el asunto. *Estabas ahí, urdiendo tácticas de venta a la vez que mantenías la ficción de nuestra correspondencia. Por mucho que me empeñe, no puedo hacerme a la idea de que sois la misma persona: la que me escribía a mí y la que se lucraba vendiendo mis regalos sin decírmelo...*, si bien es cierto que ya te había hablado alguna vez de la dualidad que observo en ti. Una acción como ésa no la imagina ni siquiera en los que apretaron el botón de la cámara de gas: tan continua y desapegada, tan fría, tan impasible.

No, sabe que no debería naufragar en ciertos pensamientos, pero no puede evitarlo. *Recuerdo algo que te dije en Cárdenas, cuando habíamos terminado de almorzar: «Quiero que tus manos estén bien.» Que no pases frío, que las tengas bonitas y cuidadas. Tú me confesaste más tarde que eso te emocionó. Él le regaló las*

cremas de Roc. Lacas de uñas de un montón de colores: todos aquellos que ella le pidió. Y por último los guantes de Tous. *Nunca habías tenido unos guantes de piel. Te parecían perfectos, calentitos, tan cómodos y elegantes, me dijiste. Ahora veo que los vendiste.* Y la chaqueta. Aquella americana blanca de Armani, tan cara, tan exquisita, que tanto les gustaba a los dos. También la vendió. Se deshizo de ella por 49 euros, lo cual evidencia la dimensión de su falsedad. Mejor la hubiera regalado, le dice.

Y la camiseta. *Era algo simbólico. ¿No te importó tampoco? ¿Tanto ocupaba una camiseta en tu armario, que tenías que venderla por... nueve euros?* Él recuerda cada día la escena. La luz del distribuidor, sutil, amarillenta, envolviéndolos. El polvo en suspensión. La belleza en medio de la sordidez, deslumbrante y desafiante, consiguiendo vencer la suciedad, con todo lo que a él le asquea. Aquel silencio: sólo el rumor del tráfico, amortiguado, en la distancia. Ella estirando los brazos para cambiarse. Sus brazos tan blancos, las axilas tentadoras. La curva del pecho, sostenida por aquel sujetador de encaje, las copas con tres telas diferentes, el brillo de la seda. *También estaba la cicatriz, tu fea cicatriz. Te la vi, te lo dije, luego me arrepentí. Ahora me doy cuenta de cuán significativa era esa señal. Ni más ni*

menos que la constatación de una realidad que yo me empeñaba en disfrazar.

Si yo no te hubiese conocido a ti, mi vida habría sido más o menos igual. Esta relación falsa y ficticia que he tenido contigo la habría tenido con otra, que probablemente no atesoraría las cualidades que tú tienes, pero que a mí me habría parecido encantadora. En cambio, si tú no me hubieses conocido a mí... Iba a hacer una lista de todo lo que tienes gracias a mí, más allá de lo que hayas vendido, pero sería larguísima. Tú ya sabes de sobra qué es lo que has conseguido gracias a mí que no habrías conseguido por otros medios. ¡Pero si el primer perfume que oliste en tu vida te lo mandé yo! Todavía recuerdo cómo en el aeropuerto le quitabas al de Dior el precinto a dentelladas...

Si de verdad estuviese tan arrepentida, le dice, habría pasado directamente a la expiación de sus pecados. Afirmar que la confianza está irremediablemente rota, que la culpa es tuya, que careces de credibilidad, y todo lo demás, está muy bien, pero ¿de qué vale? Una persona demuestra su arrepentimiento por un daño causado cuando se aviene a pagar por ello. Todo lo demás es palabrería. Deberías probarme con actos tu verdadero

arrepentimiento. Sí, dice Sonia, pero ella ya le pagó un dinero, ¿qué más puede hacer?

Venir, le dice él. Venir a verme y satisfacerme en todo lo que yo te diga. Un día. Un solo día de tu vida. Un día entregada a mí por completo. No es mucho teniendo en cuenta que yo he estado entregado a ti durante años. ¿A qué se refiere?, pregunta ella. Puedes imaginarlo. Querría acostarme contigo sabiendo que estás deseando que acabe. Con la absoluta certeza de que te estoy dando asco. Te lo digo en serio. Me encantaría humillarte, verte después, al terminar, sabiendo que tengo algo tuyo y que ya no vas a poder hacer nada para recuperarlo. Así sabrías cómo me he sentido yo contigo.

¿Por quién la ha tomado?, dice ella. Pedirle eso es poco menos que considerarla una fulana. Una muestra más de tus contradicciones, responde Knut. No hace tanto eras tú la que sugería que te utilizara sexualmente, que te lo hiciera con desapego y con brutalidad. Si yo entonces te hubiese afeado tu conducta, diciéndote que te comportabas poco menos que como una p..., entonces también te habrías enfadado. ¿Qué problema hay en que ella haga lo que él le pide? La única expiación posible es ésa: hacer justo lo que ella no querría hacer. Si el castigo consiste en algo cuya realización no le perturba, no es entonces un castigo. Para compensar su falta ha de sentir

lo mismo que él sintió. Es más: ha de entregarse sin reservas a la petición de la víctima. *¿Quieres un ojo por ojo y diente por diente?*, le pregunta ella. No, dice Knut. Sería imposible obtener algo así. La molestia —asco, disgusto, esfuerzo o como quiera llamarlo— que le está exigiendo es mucho menor que el sufrimiento que él carga en sus espaldas. *Vienes un día, lo haces y te marchas. Conociéndote como te conozco, lo habrás olvidado todo en un par de semanas.*

Confundida, Sonia llega a considerar la posibilidad de ir, pero dentro de ella hay un obstáculo que no es capaz de vencer. No es miedo. No es ni siquiera una firme consideración moral. Es una profunda repulsión hacia Knut, arraigada en ella desde el principio. Se da cuenta de que el foco de atracción radicaba justo en ese rechazo: el coqueteo con lo antagónico.

Knut nunca quiso acostarse con ella. Todas sus fantasías se basaban en no tocar y no nombrar. Y, ahora, exige el sexo como degradación. Un castigo. *La única expiación posible*, ha dicho. Sonia mira por la ventana. Los coches diminutos, ordenados disciplinadamente en hileras que avanzan con lentitud, desembocan en una glorieta en la que giran y giran como agua en un desagüe.

Vistas de lejos, piensa, las cosas nunca cambian.

No, no tiene que hacer nada. *De ninguna manera*

puedo aceptar algo así, le dice. Sabe que su actuación estará avalada por la impunidad. Sabe que no puede pasarle nada.

En la balanza, ella está en el plato más fuerte.

¿Qué sentido hay en remover con un palito en la mierda, continuamente, día tras día?, le pregunta. ¿Por qué no lo dejan ya, de una vez para siempre? Está claro que ella no es digna de él. No ha sabido estar a la altura de lo que le ha estado ofreciendo durante tanto tiempo. No merecía su atención ni su afecto. Pero, entonces, ¿por qué ese empeño en continuar escribiéndose?

Precisamente por lo que ha sucedido, le dice Knut, es por lo que han de seguir haciéndolo. *No, no deberías cortar sin más. Ahora es justo cuando debes permanecer, aunque te desagrade. Soy yo, y sólo yo, quien como agraviado he de elegir el resarcimiento que merecen los agravios que aún sobrellevo. Cuando te dije lo de que vinieras para acostarte conmigo y humillarte, no lo decía en serio. Estaba preso del dolor. Pero ahora estoy tranquilo. Tranquilo y triste. Fíjate: me colocas en la tesitura del ofendido, del dolido, pero a la vez no haces nada para que salga de ella, no me proporcionas lo que necesito. Y lo que necesito es ni más ni menos... que me*

sigas escribiendo.

Sonia le pregunta por qué. Para qué. Qué saca él de ella. Por qué se aferra a ella. ¿No le ha demostrado ya que es incapaz de valorarlo? ¿Quiere que se la vuelva a jugar otra vez, más adelante? *Lo que yo obtengo, sólo Dios y yo lo sabemos. Cuando me preguntas mis motivos, ¿de verdad quieres que me ponga a explicártelos? ¿Los vas a tomar en consideración? ¿O una vez que yo me haya desgañado en divagar y divagar, me vas a replicar que bueno, que da igual, que sigues pensando lo mismo que al principio? ¿Te lo pensaste antes de preguntarme? ¿No te das cuenta de que me pones a tus expensas una vez más? ¿Cuando me haces una pregunta así, has llegado a pensar que quizá haya una respuesta?*

Le pide que se ponga de su lado. Que se imagine haciendo por un hombre lo que él ha hecho por ella: agasajarla durante años, escribirle a diario, compartir lecturas, opiniones y experiencias... ¿Cómo debía haberse comportado para no llegar nunca al nivel del hartazgo? ¿Debía haber sido más paciente, escribirle y ya está, sin llevar aquello ni un milímetro más allá de una frontera que jamás definieron? Al detectar en ella el prurito de alejarse un poco, ¿despegarse él también, hasta que ella decidiera volver a estrechar lazos? *Yo reconozco mis fallos, mis defectos, esa fatal conjunción de mi paranoia y*

de mis obsesiones. Pero no se me ocurre cómo hubiera podido salvarme. ¿Puedes decirme tan sólo qué hubiera debido hacer yo? Mi único interés ahora es el de saber. Me interesa tu psique en estos momentos. Nada más.

Ella insiste en que continuar es absurdo. Es echar más dolor sobre el dolor. Siempre permanecerán la duda y los reproches. Knut le dice que igual que las cosas cambian hacia un lado, pueden cambiar hacia el contrario. Si hace poco más de un mes estaban bien, ¿por qué no pueden volver a conseguirlo en el futuro? *Yo hacía que te sintieras bien, ¿no? ¿No crees que podría suceder otra vez? ¿Y si me aplico en mejorar? Lo que no te guste de mí, lo cambiaré,* le dice. Le pide otra oportunidad. Nacieron el mismo día del mismo año. *¿Cómo es posible entonces esa desconfianza? ¿Ya no merezco nada? Despreciarme a mí es despreciar también parte de tu vida..., despreciar en el sentido de devaluar.* ¿Por qué no intenta al menos que toda su relación tenga un sentido, aunque sea al final? ¿No le entristece lo contrario? *Estoy seguro de que esos que se deshacen de sus perros cuando llega el verano se lo piensan mucho más que tú y les remuerde más.*

Conserva aún algunos libros para ella. Los libros no

los vendió, ¿verdad? ¿Ninguno? ¿Los guarda todos, desde el principio? Al menos, dice, le queda ese consuelo. No cree que pueda regalarle nunca más un perfume, ni una crema, ni por supuesto zapatos o lencería. Pero si ella no tiene inconveniente, le mandará esos libros. Sonia no dice nada. Sabe que es inútil negarse. Él se los enviará de todas formas. Al día siguiente, Knut le pide un ingreso de 18 euros por los gastos. *Van de camino*, le dice.

La caja pesaba tanto, le cuenta, que casi no podía con ella. Tenía que pasársela de un brazo a otro continuamente. Cuando llegó a la estafeta y vio que todavía faltaba media hora para que abriese, le asaltó la conciencia —brutal, directísima— de que llegaría un momento en que echaría de menos todo aquello. *Ya sabes: echar de menos un instante es echar de menos a aquel que éramos entonces.* Por la tarde, cuando ya habían pasado varias horas, todavía le volvían los calambres al flexionar el brazo. Empapado de esa especie de nostalgia anticipada, se preguntaba si a Sonia no le sucedería lo mismo más adelante. *¿Echarás de menos esto algún día? ¿Volverás a tener otra relación como la que has tenido conmigo, incluidos sus inconvenientes? ¿Crees que hasta de un tío forrado de dinero podrías recibir regalos como los que has recibido de mí? Si me hago millonario, puede que regale mucho más de lo que*

te he regalado a ti, pero nunca, nunca, nunca de la misma forma. Simplemente las circunstancias serán otras y, me temo, peores. Menos dignas de ser recordadas.

Sabiendo que era el último paquete que iba a hacer en toda su vida —*sobra decir que nunca los haré para nadie más*—, aprovechó para *adquirir* unos volúmenes que cree imprescindible que ella tenga. Su talento literario lo agradecerá, asegura. Ello no tiene ninguna relación con nada de lo que ha pasado entre ellos, sino con sus capacidades, en las que sigue creyendo firmemente. Insiste en que debería escribir a pesar de todo. Algún día, quizá, pueda escribir sobre su historia. La historia de ellos dos como la muestra irreversible del poder del destino. El mundo es injusto, dice, pero la vida no lo es. *Seguro que en ese reloj tan perfecto que es el universo nuestros desencuentros —o el que ni siquiera haya llegado a verte con alguna de las medias que te regalé— han tenido su razón de ser. Así pues, no te atormentes.*

Aprovecha para hacerle una última petición. *La última, de verdad*, le dice. De los perfumes, ¿cuáles vendió, cuáles no? ¿A qué precios? ¿Conserva los frascos vacíos? ¿Hay alguno que aún tenga a medias? Le gustaría que le enviase los envases a medida que los acabe. De aquellos que aún tenga, si es posible, si a ella no le molesta. *No, claro que no me molesta*, responde Sonia.

Pero soy lenta gastándolos. Recordarás que era una de las razones por las que te decía que no me regalaras más. No hay prisa, dice Knut. Que se los mande cuando los termine, a su ritmo. Una manera como cualquier otra de mantener abierto el hilo de la conversación, piensa Sonia. Y, además, las preguntas. Que no olvide responderle a las preguntas, pide Knut. ¿Cuáles vendió, cuáles no? ¿En qué fechas? ¿A qué precios?

Continúan escribiéndose aún un poco más. Los últimos coletazos agonizantes.

Sonia saca los libros de la caja, los hojea con la certidumbre de que si son los últimos no es más que porque ella lo ha elegido así. Le da las gracias con melancolía. *Tienes razón*, le dice. *Nunca tendré con nadie lo que tuve contigo. Como tú ya dijiste, «una vez en la vida»...* Le sabe mal que finalmente lo que persista sea esa amargura. Pero comprende que es inevitable.

No te preocupes, responde él. *Aún te sigo apreciando. Tolstói dijo: cuando quieras vengarte de alguien, piensa que un día fue un niño, y que un día habrá de morir.* Esa sentencia, dice, la ve en ella más nítidamente que en nadie. La Sonia que le traicionó también fue un día una niña, y también un día, tarde o temprano, habrá de morir.

Eso sí: si antes te consideraba un personaje salingeriano, ahora te veo uno dostoievskiano.

El daño ha sido para él. A Sonia, dice, le ha tocado el hastío. *No pienses que estoy quejándome, porque es justo lo contrario: tu cruz es peor que la mía.* El dolor espiritual es tan terrible como absurdo, dice. Él ha pasado unas cuantas semanas espantosas, probablemente las peores de su vida, pero dentro de unos meses no quedará nada de ese dolor. *En cambio, la fatiga que yo te he causado a ti la llevarás aparejada por mucho tiempo cada vez que te enfrentes a un pensamiento que se refiera a mí.* La diferencia es fundamental.

Te he regalado de todo, sí, pero no lo que tú querías. La unión entre los dos, sus nexos, sus afinidades, tenían lugar en su terreno, no en el de Sonia. Más que encontrarse a medio camino, ella se desplazaba hasta donde él estaba para luego regresar a su sitio, intocada.

En cambio, lo que tú me diste... Lo creas o no eres la única persona que —aunque haya sido sólo a ratos— me ha tratado como... como a todos nos gustaría ser tratados, como yo deseaba ser tratado. Quizá te digas a ti misma: cómo habrá sido con el resto. Sí. Eso mismo digo yo.

¿Entonces se acabó todo? ¿Definitivamente sí? Bueno, responde Knut, él siempre estará dispuesto a reanudar la relación, pasen los años que pasen. Le haya hecho lo que le haya hecho, le haga lo que le haga, él siempre la perdonará. *No sólo por ser tú, que también, sino porque en el fondo todo eso da igual. ¿Qué es lo peor que se te ocurre que podrías hacerme? Pues ello no es nada, absolutamente nada, que no merezca ser perdonado.*

Sonia teclea lenta, cautelosamente. Aún no ha amanecido. La oficina está silenciosa; sus compañeros aletargados, fríos, no despegan los labios. Levanta la vista sin detenerse a mirar nada. Su ansiedad es de origen incierto. El alivio del fin, unido a esa añoranza, inseparable. Le escribe una vez más. Casi puede sentirlo al otro lado, allá dondequiera que él esté conectado, su respiración expectante, pendiente de la pantalla. *Me olvidarás muy pronto, le dice. Cuídate. De verdad, cuídate.*

Llega la respuesta inmediata de Knut: *Ahora mismo no creo que pueda olvidarte, pero el olvido actúa solo,*

igual que lo hace el paso del tiempo. Más difícil será que tú me olvides a mí. Ya te darás cuenta en el futuro.

Si la muerte no me concede el deseo de desaparecer de la manera más impersonal posible, me gustaría que mi epitafio fuera: «Sólo quería escapar.»

Sólo eso.

14. EPÍLOGO

Salen de la librería y ella mira discretamente alrededor. Ha anochecido y no distingue bien los rostros de la gente en la calle atestada de comercios, de puestos de comida, tenderetes, stands de publicidad, bancos, cartones, papeleras, *gente, gente*. El bullicio. Las luces, la confusión, el ruido. Claro que ha estado en Cárdenas más veces desde entonces, pero la que recuerda ahora es la noche de la cena, idéntica luz, idéntica hora, cuando aún no conocía a Knut, su aturdimiento de entonces mientras se encaminaba al restaurante, la fascinación por el grupo, el tedio —apenas consciente— con que lo contemplaba todo.

El editor la observa de reojo mientras le habla. Espera una reacción, quizá una señal sobre su estado de ánimo, pero ella examina con aprensión a los viandantes, preguntándose dónde, cuál, si no está agazapado en la tienda de enfrente, si no es aquel que espera junto a la farola, si no es ese otro que se aleja de espaldas,

encorvado, los muslos gruesos, los zapatones, no, demasiado informal en su vestido, ese otro es demasiado alto, ese de allá es calvo pero ha pasado el tiempo y nunca se sabe, dentro, en la librería, no estaba, dentro ha mirado bien y no lo ha visto, no desde luego en la presentación, imposible no haberlo descubierto entre tan poco público, no está, no ha venido, a pesar de todo no ha venido.

Estas cosas son así, le dice el editor. *A veces hemos tenido que suspender el acto porque no había nadie. No debes preocuparte. No es por ti.*

Sonia sacude la cabeza. *No me preocupo,* responde secamente.

Sigue mirando sin saber lo que busca. La imagen de Knut, como si acaso existiera una imagen dentro de ella. ¿Cómo era? Pasó un día con él. Un día entero. Se besaron incluso. Se besaron en tres momentos, durante largo rato. Se abrazaron. Algo debió de quedar de aquellas horas, y sin embargo... ¿cómo era? ¿Lo reconocería si lo viera? Knut es una amalgama de palabras, paquetes, etiquetas escritas en mayúsculas, sujetadores, zapatos de tacón, fotografías, espejos, cámaras de seguridad, vigilantes de incógnito, clínicas de cirugía estética, libros, más libros, mensajes, presiones, mentiras, sueños. Ahora está en Cárdenas y hay gente, hay rostros, una hora y un sitio. Demasiada concreción para encontrarlo, y la áspera voz

del editor que la rescata de su ensimismamiento.

¿Qué te apetece hacer? Podríamos tomar algo con los chicos en un bar más arriba.

Los chicos son los dos encargados de la librería, que se han quedado atrás mientras echaban el cierre. Se han vendido tres libros. *Aceptable*, suscribe el editor.

Sonia se encoge de hombros. *Está bien, dice. Vamos.*

En el bar pasan un par de horas. Beben cerveza en la barra. Piden un par de raciones que comparten con timidez. Sobra incluso comida, que se enfría en los platos hasta que un camarero, sin preguntar siquiera, la retira. En el momento de pagar, el editor saca la cartera, ondea un billete. *A esto invita la editorial, dice. ¡Más arruinado ya no puedo estar!* Todos ríen. La conversación ha estado todo el tiempo centrada en el dinero. La ruina. Los derechos de autor. Ventas, subvenciones y crisis.

Sonia está cansada. Quiere irse.

Al salir los golpea el frío. Apenas queda gente por la calle. Los adoquines brillan por la humedad. Ha estado chispeando mientras ellos cenaban. De lejos se oye sonar un organillo. La melodía triste y cansina de siempre, como un lamento desafinado. El editor se acerca a Sonia para despedirse. Tiene restos de comida entre los dientes. Afilados, amarillentos. Se dan dos besos con cordialidad, sin afecto.

¿Quieres buscar un taxi para ir al hotel? Se ofrece a acompañarla a la parada. Cárdenas, a esa hora, empieza a ser un tanto peligrosa. Demasiados inmigrantes, dice. No es racismo, se apresura a aclarar. *Pero la miseria trae inseguridad, ya se sabe...*

El taxi surca la ciudad ya casi vacía. Sonia mira por la ventanilla. Una chica con una minifalda y un abrigo corto de pieles avanza desorientada entre las filas de coches aparcados. El taxista hace un comentario que Sonia no oye bien. Algo sobre el alcohol, sobre la juventud. Sonia se impacienta. El taxi se salta un semáforo, gira hacia otra avenida. Y ella la ve. Reconoce la avenida. El edificio. El bloque viejo y rojizo, con sus alerones y las ventanas diminutas, negras, como oquedades que no conducen a nada, ahora ya completamente abandonado, con una malla de obra que cubre la fachada. Andamios. Estructuras cubiertas por la bruma de la noche, como en una película de ciencia ficción.

Pare aquí, dice.

¿Aquí? El taxista la mira por el espejo retrovisor. *Todavía estamos muy lejos del hotel.*

Da igual. Pare aquí. Me bajo aquí.

¿He dicho algo que te haya molestado? El tono del taxista es desafiante, más rencoroso que incrédulo.

Sonia niega. *No, no, dice. Quiere bajarse, eso es todo.*

Paga apresurada. Cierra con suavidad la puerta. Sin dejar de mirar hacia el edificio, oye circular el taxi calle abajo, hasta que su rumor se pierde completamente en la distancia.

Echar de menos un instante es echar de menos a aquel que éramos entonces.

La avenida solitaria. Sonia comienza a andar. Knut ahora vive allí, aunque ella no recuerda el número. Bloques altos de apartamentos y oficinas, luces tras las ventanas, una persiana que se cierra, personas que se dirigen apresuradas a algún sitio, el fugaz retumbar de los neumáticos, y finalmente un autobús que tiene su parada diez metros por delante. Las puertas se abren con un chirrido, suena un soplo de aire comprimido, se baja un tipo. Podría ser él. Por detrás, sí, podría ser él. Sonia se detiene. La voz se queda congelada en su garganta. Lo ve caminar. Va cargado de bolsas, va trajeado. Podría ser él. Sonia avanza unos pasos, se detiene de nuevo. Él continúa andando al mismo ritmo. Se empequeñece mientras avanza. Se difumina. Desaparece.



SARA MESA (Madrid, 1976) desde niña reside en Sevilla. Ha publicado las novelas *Un incendio invisible* (Premio Málaga de Novela) y *El trepanador de cerebros*, y los libros de relatos *No es fácil ser verde* y *La sobriedad del galápago*. Con su poemario *Este jilguero agenda* ganó el Premio Nacional de Poesía Miguel Hernández en 2007. En Anagrama ha publicado *Cuatro por cuatro*, finalista del XXX Premio Herralde de Novela.